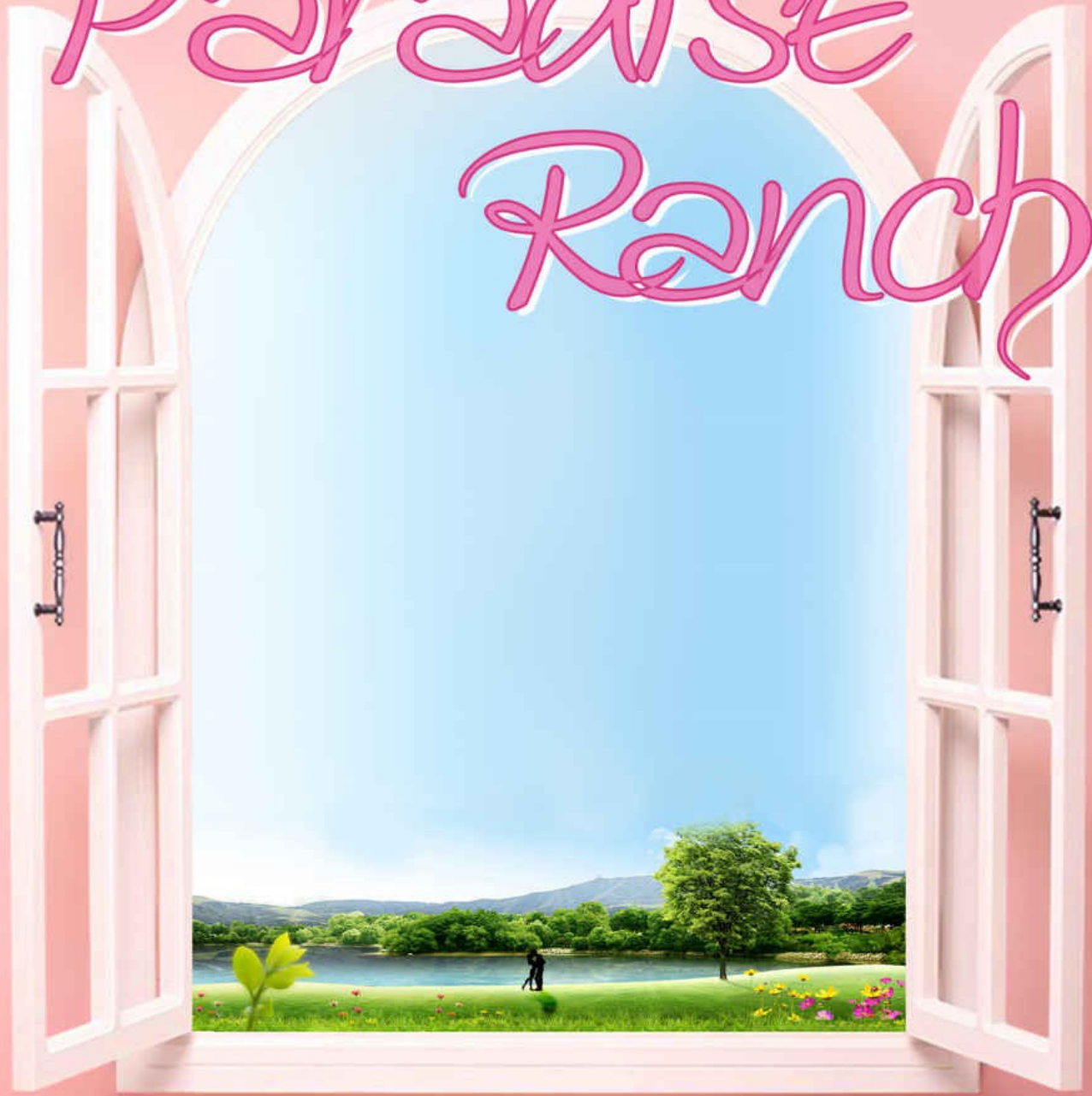


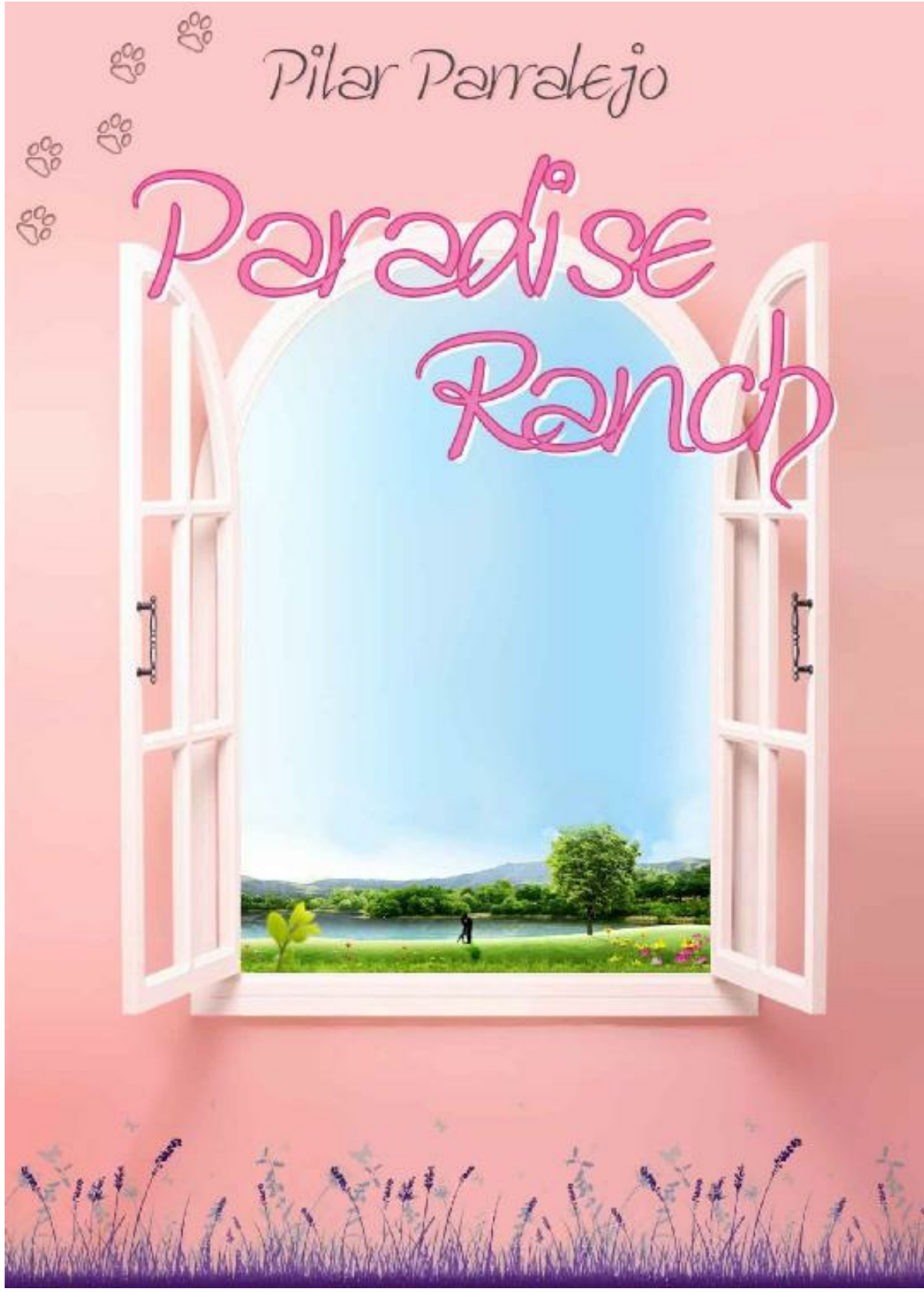
Pilar Parralejo

# Paradise Ranch



Pilar Parralejo

Paradise  
Ranch







Paradise Ranch

Pilar Parralejo









Título original: Paradise Ranch  
Diseño de la cubierta: Ediciones Infinity  
Maquetación: Ediciones Infinity  
Primera edición: Julio de 2019  
Copyright: Pilar Parralejo, 2017  
ISBN: 9781718636002

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.







En memoria de Bruce, Sushi, Adanel y Ella,  
los peludetes que me dejaron  
mientras escribía esta novela,  
y a los que siempre llevaré en el corazón.



### Sinopsis:

Tras la muerte de su tío, Şenay hereda un rancho a las afueras de la ciudad. Un rancho enorme y precioso, al lado del mar, y con miles de metros cuadrados. Un lugar que se asemeja más a un pequeño paraíso que a un lugar de la tierra. Pero hay un pequeño problema: para poder quedarse con él, necesita pagar cierta cantidad que su tío percibió como fianza por la venta de esa finca.

Howard Shaw, el comprador de aquel lugar, está realmente interesado en que Şenay acepte el cheque millonario y se largue de la finca, para poder llevar a cabo sus planes de negocio. Pero ella está decidida a devolver, como sea, los doscientos mil dólares de la fianza, por lo que el comprador decide enviar a su hijo para extorsionarla, para molestarla, para obligarla a aceptar el dinero y a marcharse de allí.

Cuando Calvin llega al rancho con intenciones de presionar a la nueva propietaria, se encuentra ni más ni menos, que con Şenay Miller, alguien que está muy lejos de ser una desconocida para él.

# Capítulo 1

## *Una noticia inesperada*

Había amanecido y el cielo resplandecía con un agradable color azul, algo inusual en las últimas semanas. Şenay sonrió con la sensación de que aquel sería un gran día. Se levantó, descolgando las piernas por el borde de su cama y tras girarse ligeramente dio un par de palmadas en el trasero de su sexy e irresistible novio, quien había pasado con ella la noche.

—Vamos, despierta, dormilón. —Sonrió cuando él estiró el brazo y, rodeándola por la cintura la llevó de vuelta a su lado.

—¿Y si hoy nos tomamos el día libre? —Propuso, levantándose ligeramente y apoyándose, justo después, sobre uno de sus codos. Levantó la sábana ligeramente para ver si seguía desnuda y sonrió pícaro.

—Tentador... Muy tentador... —Sonrió antes de morderse el labio inferior. Tuck se inclinó sobre ella y la besó, primero en los labios, luego en el cuello, luego en la clavícula.

—Entonces... ¿Te apetece hacer novillos?

—Me apetece mucho, pero yo puedo recuperar mi trabajo mañana. Apuesto a que tú tienes citas pendientes que no puedes aplazar por gusto.

Tuck resopló, dejándose caer contra el colchón, boca arriba. Şenay gateó hasta quedar sobre él, le besó levemente y salió de la cama mientras él sonreía travieso al mirarle el trasero.

Después de una ducha rápida y de tomar un succulento desayuno, Tucker se marchó, como ella había dicho, tenía clientes a los que atender. Era dueño de

un importante estudio de arquitectura, pequeño, pero tan interesante para clientes VIP, que incluso esperaban meses para poder reunirse con él. Le apetecía quedarse en la cama con Şenay, hacía ya dos años que estaban juntos pero cada vez le costaba más separarse de ella.

Cuando su imponente novio salió de casa, corrió a la ventana para ver cómo se iba. Le encantaba ver cómo sonreía al saberse observado por ella, pero más aún cuando antes de subir al coche corría de vuelta al apartamento para besarla otra vez. Por desgracia ese no era uno de esos días. Volvió a dejar la cortina en su lugar y estiró los brazos en cruz, relajándolos mientras soltaba un suspiro. A diferencia de su novio ella no tenía un trabajo importante, de hecho, ni siquiera tenía un trabajo. Sobrevivía, como podía, con las regalías que ganaba de sus libros y, el pequeño extra que ganaba, de vez en cuando, haciendo de canguro para sus vecinos de al lado o cuando cuidaba a los perros de los Hamilton, lo que tampoco le daba como para tirar cohetes. Aun así no se podía quejar, era dueña de su tiempo y de su vida, podía salir cuando quisiera, volver cuando le diera la gana, siempre y cuando no se fuera a dormir sin terminar su tarea asignada cada día.

Arrastró las zapatillas hasta la habitación que hacía de estudio, un lugar con un orden caótico donde toda visita tenía total y absolutamente prohibida la entrada. Dejó las zapatillas junto a la puerta y, pisando la alfombra de lana verde se acercó hasta el escritorio. Encendió el ordenador y, después de regar una pequeña macetita que decoraba su mesa con el resto de agua del día anterior, se sentó, pensando en su tarea del día. Estaba a punto de poner su móvil en silencio para que nadie la molestase cuando de pronto empezó a sonar. Miró la pantalla con el ceño fruncido ya que no conocía el número, aun así deslizó el botón verde y respondió.

—¿Şenay Miller? —Preguntó una voz masculina.

—Sí. Soy yo. ¿Quién es?

—Me llamo Gary Garton, soy abogado en el bufete de Goldman & Silver. Le llamo por el tema de la herencia del señor Sanborns.

—Perdone, ¿Cómo dice?

—Henry Sanborns era su tío, ¿me equivoco? —Ella respondió con un sonido nasal—. Murió hace dos semanas y está haciéndose la repartición de sus bienes. Señorita Miller, ¿Podría usted pasarse por el despacho a lo largo de la mañana para hablarlo personalmente?

—¿El tío Henry ha muerto?

—Hace dos semanas, sí. Lamento su pérdida. —El hombre hizo una pausa



creyendo que Şenay había empezado a llorar, pero no pretendía alargar una llamada que únicamente era para citarla—. Le enviaré un mensaje con la dirección. Le ruego que me avise si no va a poder venir.

—Iré. Adiós.

Aquello había caído sobre ella como un jarro de agua fría. Ya no tenía un trato especialmente cercano a su tío, lo había tenido, muy, muy cercano, pero ya no lo tenía. Seis años atrás se había alejado de todos, incluso de Henry, además, hacía cuatro años que él se había mudado a Hawai'i, con su recién estrenada esposa. Pese a las distancias, siempre recordaba los momentos felices que pasó cuando ella era pequeña, cuando la alzaba en brazos y la colgaba en su cuello, diciéndole que era la niña más alta del mundo y que llegaría a tocar el cielo. Recordaba cuando, haciendo de canguro para ella trató de cocinarle algo y terminaron yendo los bomberos a casa. Recordó cuando era adolescente y pasaban horas viendo películas y series, y que, a diferencia de sus amigas, a él le contaba todos sus secretos. Recordaba... Ahora ya no tenía un trato tan especial, de hecho, desde cierto acontecimiento, que se negaba a recordar, se había distanciado enormemente de toda su familia, aunque seguía manteniendo el contacto con ellos de vez en cuando. Le dolía profundamente que nadie le hubiera mencionado la muerte de su tío hasta ahora.

Dejó el aparato sobre la mesa y lo miró, pensando que aquella era la primera vez que recibía una noticia semejante. Volvió a coger su teléfono con intención de llamar a su tío, para que él le dijera que aquello no era más que una broma de mal gusto, pero no se atrevió.

Ella no era una chica de lágrima fácil, sentía todo igual que cualquier otra persona, pero era de pensar que las lágrimas no solucionan las cosas y que, lo que hubiera podido hacer por él, debía haberlo hecho en vida, no ahora que estaba muerto.

Cubrió su cara con las manos y apoyó los codos sobre la mesa. Tomó una respiración profunda pensando lo equivocada que estaba solo unos minutos atrás, cuando despertó creyendo que aquel sería un gran día. Se levantó sin saber muy bien qué hacer. Definitivamente, sentarse a escribir no era posible, porque no podía dejar de pensar en su tío, porque no podía obviar lo que aquel hombre le había dicho y porque no lograba entender por qué nadie le había contado lo que había pasado dos semanas atrás, ¡dos semanas!

Un sonido en su teléfono le dio una idea de qué hacer, probablemente se trataba de un mensaje del abogado, donde le daría la dirección a la que tenía que ir, de forma que salió de su pequeño despacho y cruzó el salón hasta la

habitación. De pronto unas irrefrenables ganas de llorar la hicieron agacharse de rodillas, apoyarse en el borde del colchón y empezar a llorar amargamente. Henry era, de sus tíos, su favorito, con el que mejor se había llevado desde que nació y el que más muestras de cariño le había dado de toda su familia.

«Vamos, Seni, no llores. Te pones muy fea cuando lloras». Recordó. Se incorporó respirando hondo y con las manos se secó la cara. A su tío nunca le gustó que llorase, aun cuando se hacía daño hacía cualquier payasada para hacerla reír, así que, imaginando lo que estaría pensando de verla, se serenaría y trataría de no volver a llorar.

El mensaje era, efectivamente, del bufete de abogados, así que fue a lavarse la cara, se vistió con su ropa habitual y salió de su apartamento.

El edificio del bufete no quedaba muy lejos de su piso, por lo que decidió ir a pie, al menos, ir caminando, ayudaría a despejar su mente. Goldman & Silver estaba ubicado en un edificio que mezclaba ladrillo rojo con ventanales de vidrio, algo que combinaba clásico con moderno. Por un segundo quiso esbozar una sonrisa al imaginar a Tuck analizando con atención las líneas de aquella construcción. Pero ella no estaba allí para pensar en su novio, sino para enterarse de lo que había pasado a su tío, para saber qué era eso de la herencia.

Con una nueva respiración profunda, se aproximó a las puertas automáticas y, cuando las dos alas de cristal se desplazaron para darle paso, se adentró, acercándose al mostrador tras el que había una chica de más o menos su edad, que vestía sexy y provocativa.

—Buenos días —saludó de forma amigable.

—Buenos días. Soy... Soy Şenay Miller. Me llamó Gary Garton hace algo más de una hora por...

—Ah, sí, sí. Lamento su pérdida.

—Yo... Gracias.

—Siéntese un momento en esa salita. En este momento Gary está ocupado, pero será breve.

Şenay obedeció a la secretaria y se dirigió a los sofás de cuero negro, pero ni siquiera llegó a sentarse. La muchacha de la recepción le avisó inmediatamente.

—Señorita Miller. —Dijo una voz que había reconocido de inmediato—. Soy Gary. Encantado de conocerla, al fin.

—¿Al fin?

—Sí, bueno... Pasemos a mi despacho.

El hombre, en apariencia, más joven de lo que había imaginado por su timbre de voz, le hizo un gesto con la mano para que le siguiera. A diferencia de lo que habría hecho en otra situación, no reparó en los detalles, ni en la decoración, ni siquiera en la distribución de aquel sobrio despacho. Simplemente caminó hasta una de las dos sillas de madera que había frente a la mesa y se sentó en ella después de que el abogado hiciera lo mismo en su sillón de ejecutivo marrón.

—Conocía a su tío. —Soltó de pronto, con la mirada fija en un retrato que tenía sobre la mesa—. Era de las mejores personas que jamás he conocido. —Ella lo miraba sin saber muy bien qué decir—. Teníamos quince años cuando me convenció para que estudiara lo que yo quisiera y, en contra de la decisión de mi padre de que me convirtiera en médico, me hice abogado.

—¿Erais muy cercanos? —Gary asintió con la cabeza—. ¿Puedo saber de qué...?

—Fue una enfermedad de esas raras. De esas con nombres impronunciables que solo padece uno entre mil millones. Empezó teniendo unas décimas de fiebre, era a diario. Luego empezó a sentirse cansado, ni en vacaciones podía disfrutar haciendo lo que más le gustaba. Luego...

—¿Por qué nadie me dijo nada?

—Porque nadie lo sabía. Kailani y yo fuimos los únicos a los que nos permitió acompañarle, y nos pidió que no dijéramos nada a nadie hasta que no estuviera todo listo para repartir sus bienes.

—¿Tenía bienes? —Preguntó sin saber qué decir. Estaba aturdida por la información y temía quedarse callada y ya no saber cómo volver a hablar.

—Pocos. De hecho se van a repartir sin que nadie sepa nada de los demás. También tengo esto —dijo sacando algunos sobres en los que había nombres escritos a bolígrafo—. En ellas os daba sus últimas palabras. —Şenay tomó el sobre y se fijó en la débil y temblorosa caligrafía que dibujaba su nombre—. Léela, te dará intimidad. —Gary se puso en pie con intención de salir del despacho, pero ella le frenó.

—No es necesario que salgas. Está bien.

Después de una muy sutil sonrisa, abrió el sobre con determinación. Se fijó en la letra, pero le costaba reconocerla, era la de su tío, no había duda, pero los trazos, que siempre eran fuertes y gruesos, parecían haber sido escritos sin fuerza. Cerró los ojos un instante antes de empezar a leer.

“Mi pequeña Seni (nunca te olvides de que ese nombre te lo puse yo), no tengo

mucha energía para escribir, de forma que, aunque me pese, seré breve.

¿Recuerdas que siempre decías que te encantaría tener un lugar tranquilo en el que perderte y en el que encontrar inspiración para tus novelas? Creo que ese será el rancho que compré para ti. Mi buen amigo Gary te contará todo lo que necesites saber, y si aceptas las condiciones, espero que te traiga tanta felicidad como deseo para ti.

Quiero que sepas que siempre has sido para mí más que solo mi sobrina, eras una excelente maestra y mi mejor amiga. Dios, aún me río cuando recuerdo ese día en el que quise prepararte la cena y tuvieron que venir los bomberos. Fue un gran susto para tus padres pero unas risas tremendas para nosotros.

Siento mucho que tengas que enterarte de mi ausencia de esta manera, pero créeme que es mejor así. De esta forma es como si me hubiera tomado unas largas vacaciones y te escribiera desde el paraíso. Sabes que no me gustan los dramas, y por eso he preferido evitarlos.

Ati por encima de todos seguiría escribiéndote durante todo el día, hay tanto que me hubiera gustado contarte, tantos recuerdos que recordar, tanto de todo... pero estoy realmente cansado y mis fuerzas no dan para más.

No cambies nunca y como haces siempre, quédate solo con las mejores cosas de la vida.

Cuídate mucho y sé muy feliz.

Te quiere, Henry”

Tragó con fuerza, tratando de pasar el nudo de su garganta mientras doblaba el papel y lo metía nuevamente en el sobre. Lo acarició despacio mientras lo soltaba sobre la mesa y miraba al techo para que las lágrimas no se salieran de sus ojos. Permaneció en silencio unos segundos antes de mirar al abogado.

—Me cuesta mucho creerlo... Es tan... —Hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas para describir lo que sentía, pero no las encontró—. ¿A qué se refiere con lo del rancho?

—Unos meses antes de casarse con Kailani encontró un rancho del que se enamoró a primera vista... Lo compró pensando en ti.

—Antes de casarse con Kailani... ¿Eso significa que hace más de cuatro años...?

—Sí, lo compró hace algo más de cuatro años. Yo le ayudé con todos los trámites.

—¿Ya estaba enfermo? —Su tono de voz estaba lleno de angustia y el abogado no quiso añadir más dolor a su dolor.

—No. Empezó con las fiebres hace algo más de seis meses. Empeoró gravemente solo unos días antes de sus... vacaciones, así le gustaba decirlo. — Ella movió la carta, como dándole a entender que sabía a lo que se refería—.

¿Quieres saber las condiciones? —Ella asintió dubitativa—. El rancho tiene más de treinta mil hectáreas, unos trescientos kilómetros cuadrados. Por un lado da al mar, por el otro tiene zonas de bosque espeso. Cuenta con cuerdas, zonas de cultivo, graneros, una casa principal, casas para el servicio, tiene un silo, un almacén, pozos de agua y de petróleo, pero éstos últimos no están en funcionamiento... Ahora mismo no tiene empleados, ni animales, aunque sí cuenta con dos pequeñas reservas con bisontes, coyotes, pumas... Esas zonas no están contabilizadas en las treinta mil hectáreas, aunque pertenecen al rancho. Salvo por eso, solamente es el terreno y las construcciones —Gary seguía explicándole detalles sobre aquella propiedad sin que supiera siquiera por qué su tío habría comprado un rancho pensando en ella—... para lo que tendrías que pedir una hipoteca.

—Perdón, me he perdido. ¿Una hipoteca? Me he perdido después del terreno sin animales y sin empleados.

—Te repito. No hay problema. Un empresario se había mostrado interesado en uno de los proyectos de resort de Paradise Ranch cuando Henry compró la propiedad, estando en la clínica le ofrecieron un tratamiento experimental, pero costaba una suma importante de dinero así que se le ocurrió ofrecerle la finca a ese empresario, pero tú tío no aceptó el total, sino una fianza de doscientos mil dólares. Aquí tienes dos opciones, o aceptas la venta del terreno y te quedas con el dinero, o te quedas con el rancho pero devuelves la fianza, para lo que tendrías que pedir una hipoteca. —Şenay lo miró inexpresiva—. El cheque por la venta te dará once millones ochocientos mil dólares. El rancho te daría la posibilidad de cumplir el sueño de tu tío de que tuvieras un lugar inspirador en el que ser feliz.

—No hay mucho que pensar... Pero no sé si me darían una hipoteca. Lo que gano con mis libros no siempre me llega para terminar el mes...

Gary sonrió satisfecho. Esa muchacha había hecho la elección que Henry sabía que haría aun sin ver el lugar. Cualquiera se volvería loco si de repente se presentase la posibilidad de ganar, sin esfuerzo, una suma de dinero tan grande como para tener solucionada la vida, sin embargo Henry sabía que ella no apreciaba lo material tanto como lo sentimental y que, si ése era su deseo, ella lo cumpliría, costase lo que le costase.

De repente se escuchó a la secretaria gritar a alguien y cuando Gary se puso en pie para ver qué diablos estaba pasando fuera, la puerta del despacho se abrió.

—Es una lástima que con solo cuarenta y dos años haya tenido que pasar por

esto —dijo la voz de una mujer adulta.

Al principio Şenay no supo quién era, pero no tardó en darse cuenta de que esa mujer era la madre de su madre y de su tío, alguien que los abandonó cuando ambos eran pequeños. La miró ceñuda, tentada de ponerse en pie y pedir a esa mujer que se fuera, pero sabía que a lo que iba no era para otra cosa que para ver con qué podía beneficiarse de la muerte de su hijo.

—Buenas tardes, Señora Perry —saludó el abogado. La joven pudo darse cuenta de que había disgusto en su voz, pero fue amable con sus palabras—. Creo que usted no tiene cita. Le ha dicho a mi secretaria que era heredera de Henry Sanborns pero usted no aparece en los documentos.

—Henry era mi hijo —afirmó la mujer, acercándose a la mesa y sentándose al lado de Şenay después de mirarla de reojo y con actitud altiva—. Tú debes ser la mujerzuela con la que se casó...

—No señora. Henry no era mi marido, sino mi tío. Además, aquí no veo a otra mujerzuela más que a la que abandonó a sus hijos de dos y cinco años para irse con uno y con otro, a aquella que se ha divorciado siete veces y que tiene al menos media docena de hijos más. ¿La conoce usted?

Gary, que era amigo de Henry desde hacía muchos años y quien conocía bien la historia de esa mujer, tuvo que contenerse a sí mismo para no echarse a reír por la respuesta de la muchacha.

—Tu tío... ¿Eso quiere decir que eres hija de Minerva?

—Lo soy. Y ahora permítame pedirle que se marche. Éste no es mi despacho, no trabajo aquí ni tengo autoridad para hacerlo, pero se están tratando asuntos de familia y necesito privacidad.

La mujer la miró con el ceño fruncido. Abrió la boca para decir algo pero la volvió a cerrar. Desvió su atención al abogado, esperando que éste le dijera a esa niña que estaba equivocada, pero lejos de lo que imaginó se acercó a ella y, educadamente, la guió hacia la salida.

—Como le dije hace un minuto, usted no aparece en los documentos. En el caso de que tenga alguna consulta legal, pida cita a mi secretaria, ella encontrará la fecha que mejor nos convenga a los dos y la atenderé encantado.

—Henry era mi hijo. Estoy en todo mi derecho de reclamar parte de su herencia —gritó, golpeando la puerta, cerrándola de nuevo.

—Se equivoca, señora. —Volvió a abrir—. Él tenía un testamento legal en el que ni siquiera se la menciona, por lo que puede gritar todo lo alto que quiera.

—Se colocó frente a la mujer y, por grosero que pudiera resultar, se acercó aún más a ella, obligándola a retroceder hasta salir del despacho.

—Esto no se va a quedar así. Era mi hijo y... —Gary cerró la puerta, dejándola fuera.

No hablaron mucho más después de la visita de aquella despreciable mujer. Şenay, le dio al abogado todos los datos que éste necesitó y firmó todos los documentos que él le ofreció.

Pese a haber leído la carta de su tío con sus últimas palabras, pese a haber escuchado por parte de su amigo, todo lo que había ocurrido y la forma en la que había sucedido, aún no terminaba de encajar que Henry hubiera muerto.

Finalizada la reunión, estrechó la mano del abogado, acordando volver a verse en unos días, cuando hubiera que firmar frente al notario para tomar posesión de la herencia. Salió del bufete con la sensación más extraña del mundo, con un vacío en el corazón que solo había sentido una vez años atrás. Caminó por las calles sin querer ir a casa, pero entonces pensó en su madre, quien estaba muy apegada a Henry. No hablaba mucho con ella, pero creyó conveniente ir a verla y consolarla del mismo modo en que ella la consolaría también. Al llegar encontró una nota sobre la mesa en la que decía que estaban en Hawai'i para mostrar su apoyo a Kailani, que no sabían cuando volverían y que, si había ido por algo urgente, que les llamase por teléfono. En cierto modo estaba aliviada de que estuvieran de humor como para volar hasta O'ahu, y aún más porque estarían acompañando a su tía, quien debía sentirse devastada. Al entrar en su apartamento se apoyó contra la puerta de la entrada y se deslizó hasta el suelo, con todo lo que había sucedido esa mañana retumbando como ruido en su cabeza. Trató de poner la mente en blanco, pero las palabras del abogado se aglutinaban resonando en su cabeza de forma inentendible, entremezclándose con los gritos de aquella mujer... Era un día digno de olvidar pero, le quedaba un consuelo, podría sonar algo frívolo e interesado, pero se moría de curiosidad por saber cómo era ese rancho que su tío había comprado pensando en ella. La conocía mejor que nadie, así que seguramente sería un sitio increíble. Sin poder evitarlo sus ojos se llenaron de lágrimas, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para evitar que éstas rodasen por sus mejillas.

## Capítulo 2

### *Paradise Ranch*

Habían pasado cinco veces por el mismo sitio, buscando “Paradise Ranch”, pero lo único que encontraban por allí eran unas enormes puertas metálicas, una verja que parecía la entrada a una mansión de lujo y desde la que se divisaba un camino perfectamente pavimentado, cuyos perfiles estaban bordeados con flores y arboles hasta donde se perdía la vista.

—Tiene que ser aquí, pero... ¿De verdad crees que tu tío habría comprado esto? —Preguntó Tuck, mirando por la ventanilla.

—Es imposible que hubiera mentido con eso. Además, todo ha sido legal. Desconfiado.

—No es desconfianza, es solo que esto parece algo por lo que solo podrían pagar multimillonarios.

—Bueno, ya sabes que mi tío no era pobre en absoluto. Era diseñador de videojuegos. Ganaba una fortuna que se multiplicaba con cada lanzamiento nuevo.

—¿Cómo para pagar por algo así?

—Probablemente.

—Pero lo vendía para usar el dinero en su tratamiento.

—Quizás compró muchas cosas y gastó en ello todos sus ahorros. Henry era muy derrochador. —Sonrió con tristeza.

Sin querer recordó la vez que pretendía gastar miles de dólares en una Harley Davidson sólo para que ella tuviera la mejor motocicleta de toda su



universidad, o cuando en uno de los cumpleaños de su madre le llenó la casa de flores, incluso recordó la vez que le pidió que le acompañase para comprar algo para Kailani y terminaron yendo a New York solamente para comprar una joya. Sí, su tío era un tipo derrochador, pero siempre, siempre, siempre, gastaba el dinero para hacer sonreír a alguien, nunca lo malgastaba en banalidades o en fingir ser alguien que en realidad no era.

Hacía algo más de una hora que le había pedido a Gary una foto de la entrada. Le había dicho que estaría entre los papeles de las escrituras y demás, pero no la encontró, y tampoco quería bajarse del sedán plateado de Tuck y empezar a probar llaves en la enorme puerta de hierro, y menos, si esa entrada era de otra persona que le denunciaba por intento de allanamiento.

¡Justo a tiempo! Tucker ya empezaba a insistir con volver a casa cuando su móvil sonó. Abrió el mensaje y sonrió ampliamente antes de poner la pantalla frente a los ojos de su novio. Éste sonrió, paró el motor y abrió la puerta, rodeando el coche para ayudar a Şenay a bajar. Señaló el manajo de llaves y, entrelazando sus dedos con los de ella, la guió hasta la entrada.

—Vamos, señorita Miller. Abra las puertas de su inmenso y precioso paraíso. Ella seleccionó, de entre todas, la llave más grande. Una dorada y llamativa que tenía todo el aspecto de ser de esa puerta. Pero esa no abrió.

—La pequeña no puede ser —sonrió ella.

—Prueba con ésta otra —Tuck le señaló una llave mediana, completamente negra y plana. Como si hubiera sido adivino, un mecanismo eléctrico se puso en marcha inmediatamente y la puerta empezó a abrirse de forma automática.

Regresaron al coche y se adentraron, por el camino empedrado, hasta una explanada que había a varias decenas de metros más allá. Frente a ellos apareció de pronto, una casa de tamaño medio, con enormes ventanales y una gran terraza en la parte superior. Ambos se miraron boquiabiertos antes de bajar del vehículo.

La grava del camino resonaba a cada paso que daban hasta que se situaron frente a la puerta de la entrada. Şenay miró el llavero repleto de llaves y luego a Tuck, quien le hizo un gesto para instarle a abrir. Él también se moría de curiosidad por ver cómo era aquella casita que, aunque no era grande como una mansión, parecía muy lujosa. Esta vez Şenay probó con la primera llave, la dorada que no había servido en la puerta principal, creyó que no se abriría, pero lo hizo, y ella y Tuck se miraron con una sonrisa al empujar la puerta acristalada y adentrarse hasta el espacioso salón.

—¡Wow! —Exclamaron al unísono.

La casa tenía el diseño de las típicas mansiones de costa: espacios amplios con muebles minimalistas, ventanales desde los que podían verse los inmensos árboles, la explanada de grava... Tenía una cocina sin paredes, con una larga barra que la separaba del salón. Mientras Tuck observaba todo con cuidado, Şenay corrió a las amplias escaleras de mármol y se dirigió a la planta superior. Se llevó las manos a la boca al encontrarse con un pasillo/distribuidor con techo de cristal en el que había solo tres puertas, dos que presupuso que eran dormitorios y otro que parecía una sala de estar con terraza, acristalada y desde donde se veía parte del rancho y el mar. Sus ojos se llenaron de lágrimas no solo por la emoción de saber que aquello lo había comprado su tío pensando en ella, sino por un agradecimiento que jamás podría mostrarle.

—¿Estás bien? —Preguntó Tuck desde atrás, rodeándola por la cintura y apoyando la barbilla en su hombro.

—Sí. Es solo que esto es una maravilla...

—Y no hemos visto ni una décima parte. Tu tío debía quererte mucho.

—Era el mejor. Era como un padre, un hermano, un tío, un primo y un mejor amigo, todo en uno. Era como un protector, como un confidente, como... — Şenay se cubrió la cara con las manos, pero Tucker se las apartó y se rodeó la cintura con ellas, llevándola contra su pecho y estrechándola en un abrazo—. Me muero por verlo todo.

—Supongo que lo verás. En el plano dice que hay lagos, y un río...

—Sí. Y hay zonas reservadas en las que hay animales, hay coyotes, hay pumas...

—Habrá que mantener las distancias... ¿Ya has visto las habitaciones? —Ella negó con la cabeza, apartándose despacio y dirigiéndose, acto seguido, a la puerta que tenía más cerca: la de la izquierda.

Era un dormitorio grande, muy grande, tan grande como la mitad del apartamento en el que vivía. En la pared de la derecha había una enorme vidriera corredera que daba a la terraza desde la que se veía el mar, en la pared del frente una cama gigante, con dos mesitas que la acompañaban, una banqueta larga a los pies y dos alfombras a los lados. En la izquierda había una pared divisoria tras la que había un vestidor, desprovisto de ropa, y seguido de éste había un cuarto de baño. Éste no era tan grande como cabía esperar, visto el tamaño de la habitación. Tenía un par de lavabos de cristal sobre un mármol de piedra fósil precioso, una ducha con un tamaño superior a la media, con chorros de hidromasaje y un chorro de lluvia en la parte de

arriba, un inodoro y un bidet, lo que le llamó la atención. En aquel baño podían moverse seis personas sin chocar, pero no era tan grande como lo que imaginó.

La otra habitación era exactamente igual, solo que con una distribución invertida.

—Aquí se inspiraría para escribir hasta el ser más inexpresivo y aburrido del planeta.

—Creo que podría hacerlo hasta yo —rió Tuck antes de agarrar la mano de su novia y guiarla a la planta inferior.

El abogado le había mencionado algunos proyectos para ese rancho: un resort con casino cerca de la playa, una piscina, una pista para carreras de caballos... Nada de eso se ajustaba ni con Henry ni con ella, por lo que eran proyectos que quedaban descartados. Quizás la piscina no era una mala idea, pero no donde marcaban en los planos, sino detrás de la casa, y de un tamaño lógico, y... Lo bueno era que tenía todo el tiempo del mundo para pensar qué haría y cómo lo haría.

Rodeó la cintura de Tucker con ambos brazos y caminó con él por el jardín mientras él analizaba la construcción.

—Es sencilla pero está muy bien hecha. Me gusta la forma en la que se aprovecha el espacio y la forma en la que se reparte la luz. —Como arquitecto sabía de lo que hablaba.

—A mí me gusta todo. La luz, el aire, la energía... Mira —sonrió, mirando hacia un grupo de árboles gigantes que había al otro lado del camino.

—Secuoyas... Deben tener por lo menos un centenar de años... Fíjate en su altura y en el grosor de esos troncos... Increíble. ¿Vamos por ahí? —Preguntó él, señalando el camino, que se adentraba en la finca, ella asintió.

Por más que lo pensase, le parecía imposible que su tío hubiera comprado algo así y que lo mantuviera en secreto. Se arrepentía enormemente de no haber mantenido un contacto cercano con su tío, no le importaba haberlos hecho a todos a un lado en el momento más crítico de su vida, pero sí le pesaba haberlo hecho con su tío. Se arrepentía de no haber respondido sus llamadas cuando las hubo, y de no haber asistido a su boda cuando se casó; se arrepentía de no haber seguido siendo para él lo que siempre fue, de no haberle escuchado cuando tuvo sus discusiones o sus reconciliaciones con Kailani, de no haber escuchado sus aventuritas cuando fueron de luna de miel o cuando dejó todo para irse con ella a Hawai'i... Se arrepentía de no haber sido su apoyo cuando supo que estaba enfermo y de no haber estado a su lado

cuando... Encima, después de lo que le había hecho, él había comprado ese rancho pensando en ella y pensando en ella se lo dejó en herencia. De pronto Şenay se arrodilló en el suelo y empezó a llorar amargamente.

—¿Estás bien? —Preguntó Tucker, agachándose frente a ella y poniendo las manos en sus muslos.

—Es que esto es... Le echo de menos. Preferiría no saber jamás nada de este rancho pero que él estuviera aquí.

—Tú eres la persona más positiva del mundo. Siempre buscas las cosas buenas en todo lo malo.

—Eso decía él...

—Ahora es normal que estés dolida, cariño, apenas hace unos días que supiste de su fallecimiento, pero apuesto a que poco a poco encontrarás pequeños detalles que te hagan sonreír al recordarle, esas cosas por las que lo malo no parezca tan malo. —Dijo secándole la cara con las manos y acercándose para darle un beso en la frente. Şenay le rodeó en un abrazo y hundió la cara en su pecho—. ¿Estás mejor? —Preguntó minutos más tarde, cuándo sus hipidos se detuvieron, dando paso a un suspiro y a una respiración más pausada, ella asintió y un instante después se apartó de él con una sonrisa.

—Siento mucho que me hayas visto llorar.

—Admito que me he asustado. En dos años nunca antes te había visto así. ¿Quieres volver o prefieres seguir paseando por aquí?

—Prefiero pasear un poco más. Ya no lloraré más, pero necesito que se afloje el nudo que tengo aquí —se tocó la garganta.

Tuck la rodeó con fuerza sintiéndose mal por todo lo que debía estar pasando, pero no iba a dejar que tuviera tiempo de pensar en lo malo, en cuanto notó que sonreía empezó a hablar para distraerla, le contó todas las ideas que se le ocurría que podían hacer allí. Le señaló una explanada enorme de tierra que estaba perfilada por una valla de troncos y sugirió que podían comprar unos caballos, le señaló otra zona un poco más allá, cerca de un almacén y un silo, y le sugirió poner unos invernaderos y cultivar un huerto. En la zona había ranchos con explotaciones petrolíferas, imaginó que tal vez, si había petróleo, se haría millonaria con un pozo de crudo. Pronto el pesar de Şenay se esfumó, siendo ella la que empezaba a tener ideas locas que les hacían reír a carcajadas.

Pasearon un rato más por los alrededores, comentando cada cosa que veían, las flores, los árboles, los cuidados caminos y las construcciones con las que se iban cruzando de tanto en tanto. Entraron en uno de los establos, en los que,

como el abogado le había dicho, no había animales, sino cuerdas vacías en las que, en alguna aún quedaban restos de paja de cuando allí habitó algún caballo. Siguiendo el mapa llegaron hasta uno de los lagos más cercanos, concretamente el más pequeño, y se sentaron en la orilla a contemplar la puesta de sol.

—Creo que voy a mudarme aquí —soltó Şenay de repente.

—¿Aquí...? —Preguntó él horrorizado—. Pero entonces no nos veremos tanto. No puedo venir y volver a la ciudad a diario... Esto queda a cuarenta y cinco minutos...

—Lo sé. Llevo mucho meditándolo. Dudaba más por el estado en el que estuviera, imaginaba que estaría abandonado pero es... es perfecto, Tuck. Creo que es lo mejor para mí. Es un sitio tranquilo, no es que mi apartamento no lo sea, pero me ahorraría los mil doscientos dólares del alquiler... Con eso podría vivir un poco más cómoda de lo que lo hago ahora.

—Yo... No puedo decirte que te quedes en tu apartamento, no puedo ser tan egoísta, pero no puedo dejar de verte.

—Podrías mudarte conmigo. Podrías usar un trozo del terreno y construir un edificio alucinante y traer tu oficina aquí. Incluso podrías dejar las casitas del servicio a tus empleados...

—Es una idea maravillosa, cariño, de verdad, pero...

—Vayamos a casa ahora. Encontraremos la forma, no te preocupes —sonrió ella—. Además, es sábado y te quedas todo el fin de semana, ¿no?

Pese a la noticia que Şenay acababa de soltar al arquitecto, éste hizo un sonido grave y ronco, la levantó en brazos, colgándosela del hombro como lo hacía siempre en los juegos previos a hacer el amor y, haciéndola reír por las cosquillas, empezó a caminar con dirección al coche. Se las arreglarían. No importa como pero lo harían. Se querían, se llevaban bien y llevaban dos años de relación idílica que no podían tirar por la borda por culpa de un poco de distancia entre medias. ¡Tampoco es que se mudase a otro país! ¿Qué eran cuarenta y cinco minutos en coche a cambio de vivir en el paraíso?

A pesar de haber sido un fin de semana increíble, el lunes terminó llegando y como muchas otras mañanas, Şenay despertó a su novio dándole un par de palmadas en el trasero.

—Vamos dormilón...

—No quiero. —Se quejó él—. Hoy no quiero ir al trabajo. Es lunes y cuando me vaya seguro que empiezas a preparar tu mudanza. Si no me voy no harás

nada.

Tuck no había querido separarse de ella ni un solo momento en ese fin de semana, únicamente le dio algo de libertad cuando ella tenía la necesidad de ir al baño, el resto del día la seguía a la cocina, donde la abrazaba y la besaba en el cuello mientras ella preparaba algo, la seguía a la ducha, donde se metía con ella, la seguía a la cama, donde hacían el amor hasta quedar dormidos.

—Entonces... ¿Traerás tus reuniones a casa? ¿He de preparar café de más y comportarme como una secretaria? —Preguntó traviesa, cruzándose de brazos de tal forma que se marcaba su escote.

—No me des ideas... —Tuck la estiró de nuevo en la cama y se colocó sobre ella, inclinándose para besarla—. Sé que te encanta el rancho de tu tío, y créeme que a mí también, pero ojalá pudiera hacerte cambiar de idea y que te quedases aquí. Me gusta despertar así contigo. Me gusta saber que me miras por la ventana cuando me voy y me gusta saber que te tengo al lado cuando tengo un mal día.

—Tuck...

—Soy egoísta, lo sé. Lo siento. Tampoco está tan lejos.

—No, no está tan lejos —sonrió ella, levantando la cabeza lo justo como para besarle.

A regañadientes, el arquitecto salió de entre las sábanas. Rogó porque se pensase el mudarse, aun sabiendo que no hacía bien.

Se marchó como otros días, después de un romántico desayuno y siendo observado por ella mientras se dirigía a su coche. Antes de abrir la puerta se dio la vuelta, corrió al apartamento de su preciosa novia y cuando ella abrió con una sonrisa la besó intensa y apasionadamente, la estrechó entre sus brazos, hundió la cara en el hueco de su cuello y volvió a besarla.

—Ojalá hubiera hecho esto todas y cada una de las veces.

—Vas a hacerme sentir mal...

—No lo hagas. Soy un egoísta. —Sonrió, apretando sus mejillas de forma que sus labios se fruncieron, luego se acercó a ella y la besó nuevamente—. Me voy, no puedo llegar tarde.

—Ve, no llegues tarde por mi culpa. ¿Quieres cenar conmigo?

—Ni lo dudes.

La miró unos segundos antes de darse la vuelta otra vez. No quería no volver a experimentar eso, le gustaba demasiado, pero debía admitir que el rancho era mil veces mejor que ese apartamentito.

Cuando Tucker se marchó, después de volver dos veces más para besarla,

para abrazarla y para pedirle que se lo pensase de la forma más graciosa, llegaba la hora de ponerse manos a la obra: preparar una mudanza no era algo de cinco minutos. Se vistió con ropa cómoda y después de ponerse una cinta de tela elástica que le sujetaba el pelo hacia atrás, se marchó a unos almacenes que había a las afueras. Necesitaba algunas herramientas con las que desmontar los muebles que se llevaría —a pesar de que en el rancho no faltaba detalle alguno—, y cajas en las que meter sus pertenencias, muchas, muchas cajas, para ropa, para libros, para objetos de decoración, para utensilios de cocina... Por un instante tuvo una sensación de angustia, hacía seis años que había tenido una mudanza precipitada y luego se vio a sí misma sumida en la más profunda tristeza... Sacudió la cabeza como siempre que pensaba en ello, aquello pertenecía a un pasado que ella no quería recordar. Por suerte llegó antes de lo previsto a los almacenes y su mente se distrajo rápida y fácilmente.

La semana pasó increíblemente rápido. Había estado tan entretenida ordenando y guardándolo todo que no se había dado cuenta del paso de los días pero ahí estaba, frente al montón de bultos que debía llevarse y con las llaves que debía devolver apretadas en una mano. En realidad no era mucho lo que tenía que llevarse: una veintena de cajas con su ropa y cosas personales, el mobiliario de su estudio con su ordenador y el equipo de altavoces y demás, y algunas cosas de la cocina. Todo cabía de sobras en el pequeño camión de mudanza por lo que, prácticamente, no necesitó ayuda para cargarlo todo ella sola. Se despidió de su casero tras darle el contrato de cese y las llaves y subió a su coche con el corazón acelerado por lo que estaba haciendo.

Llegó a Paradise Ranch siguiendo las instrucciones del GPS. Ahora le parecía mucho más lejano de la ciudad de lo que le había parecido la primera y única vez que estuvieron allí, pero el entorno le parecía tan increíble cómo le pareció días atrás. Al detener el coche para abrir se sorprendió de ver que la verja de la entrada estaba abierta, pero supuso que al marcharse días atrás no cerraron debidamente y se había abierto con el aire. Cogió una caja mediana del asiento de copiloto y el manojito de llaves y bajó del coche, cerrando la puerta empujándola con la cadera. Hizo un gesto al camionero para que se detuviera tras su pequeño deportivo y se adentró en el rancho. Caminando por el sendero de la entrada que daba a la casita, se encontró con un hombre trajeado, éste tenía cara de pocos amigos y en la mano portaba un maletín de

cuero negro. No pretendió ignorarle y de hecho se moría de curiosidad por saber qué hacía él allí, por saber cómo había entrado, ya que era obvio que la verja la había abierto él. Se acercó a él con paso firme para ver qué era lo que buscaba en su propiedad.

—Buenas tardes...

—Buenas tardes. ¿Es usted la dueña de esta propiedad?

—La misma —del mismo modo en que ese hombre no se había presentado ella tampoco lo hizo, pese a parecer maleducado o descortés.

—¿Podemos entrar en la casa para hablar más cómodamente?

—Lo siento pero no. Si tiene algo que decirme puede hacerlo aquí.

—Bien... —Ayudándose torpemente con una rodilla abrió el maletín, de ahí sacó un sobre de papel marrón y del bolsillo interno de su americana sacó otro sobre, uno más pequeño—. Tenga.

—¿Qué es esto?

—Necesito que firme los documentos de compra-venta. —Şenay lo miró con el ceño fruncido, negándose a coger esos papeles—. Esta propiedad estaba apalabrada antes de que usted la heredase, mi cliente entregó una buena suma como fianza y vengo hacer efectivo el contrato.

—Lo siento, pero la propiedad no está en venta. Devolveré el dinero de la fianza, por eso no se preocupe.

—Señora, mi cliente no es alguien con quien se pueda jugar. La finca se vendió hace...

—Tampoco tengo intenciones de jugar con nadie —interrumpió—. Devolveré la fianza, las advertencias están de más.

El abogado la miró con el ceño fruncido y acto seguido entreabrió el maletín para volver a meter en él el documento. Luego empezó a caminar hacia la entrada de la finca.

—Por cierto —dijo ella viendo como aquel hombre se alejaba—. Es usted abogado, ¿verdad? —Él permaneció inmóvil unos segundos, escudriñándola con la mirada pero terminó asintiendo con la cabeza—. No sé cómo ha entrado pero supongo que sabe lo que pasa cuando se entra en una propiedad privada sin autorización. Es allanamiento de morada y lo sabe, ¿no? Sabe que está penalizado por la ley...

El hombre retomó la marcha hacia la salida sin decir nada en respuesta y ella no pudo evitar soltar la caja que portaba en las manos justo donde estaba, llevándose las manos al corazón y suspirando aliviada al verlo marchar. Un par de minutos más tarde y un poco más tranquila avisó al camión que llevaba



sus cosas para que entrase.

Tal vez el cliente de ese hombre no era alguien con quien se pudiera jugar, pero ella tampoco iba a dejar que la pisoteasen, había dicho que devolvería la fianza y lo haría, pero mantendría el rancho, costase lo que le costase.

## Capítulo 3

### *Un reencuentro con el pasado*

Aquella era la primera mañana que amanecía en el rancho, la primera en su nueva cama, en su nueva habitación, en su nueva casa. El barullo de las calles, el ruido de los coches, el vocerío de la gente había sido sustituido por el canto de los pájaros y el sonido del viento moviendo las hojas de los árboles, y no podía haber mejor despertar que aquel. Su primer pensamiento del día fue directamente hacia su tío, para desearle lo mejor dondequiera que estuviera su alma. Se sentó en el borde de la cama mirando hacia la vidriera y acto seguido corrió hacia allí para ver el mar. El sol invernal hacía brillar la superficie del mar como si estuviera bañado en diamantes. Sonrió imaginando que tal vez alguna vez viera delfines saltando en el horizonte.

Bajó las escaleras de mármol con los pies descalzos sin importarle el frío del suelo y corrió al jardín delantero, había escuchado un coche llegar y quería recibir a Tuck, decirle lo extremadamente cómoda que era su cama, lo maravilloso que era despertar allí... Pero al salir descubrió que el coche que había allí no era el deportivo rojo de su novio, sino uno grande y blanco. La tarde anterior se había encontrado con un hombre allí, alguien que había tratado de presionarle para aceptar la venta del rancho, ahora se encontraba en una situación similar y corrió hacia él para preguntarle qué demonios querían

ahora, ya había dejado claro que no tenía intención de vender. Bajó la velocidad a medida que se acercaba, sintiendo como se le paraba el corazón al ver quién era ese hombre.

—¡Calvin...! —Exclamó entre sorprendida e incrédula.

—Şenay... —Murmuró desganado—. ¿Puedo saber qué haces aquí?

Cuando su padre le envió a presionar a la propietaria de la finca a que aceptase el cheque no preguntó siquiera el nombre de aquella mujer. Cuando salió del todoterreno y fijó la vista en ella se vio tentado de subir de nuevo al coche y marcharse de allí. No había cambiado nada desde la última vez que la vio, seguía siendo esbelta, seguía siendo elegante en sus movimientos, seguía teniendo un aspecto delicado y seguía siendo preciosa. Su cabello ya no era largo y rubio, sino corto —más por la nuca que por delante—, con un tono lavanda pastel que hacía resaltar el gris de sus enormes ojos.

—Vaya, ¡qué afable!

—¿Y qué quieres que te diga? ¿Qué hay? ¿Qué es de tu vida desde que...? Eso no es lo mío. —Respondió hosco—. No estoy aquí para verte a ti, sino para ver a la propietaria de... —Ella se cruzó de brazos y ladeó la cabeza—. Eres tú...

—Soy yo. —Afirmó—. Henry murió y me dejó esto como herencia. —Explicó tras una pausa.

—¿Henry? ¿Tu tío? —Preguntó confuso frunciendo el ceño, ella asintió con una expresión triste—. Vaya. Lo... lo siento mucho. —Se lamentó sinceramente—. Sé de primera mano lo cercanos que erais.

—Gracias, supongo. Aún me cuesta encajarlo. Pero dime, ¿qué es exactamente lo que querías decirle a la propietaria?

Por un momento pensó en subir al coche, ir a la oficina de su padre y proponerle olvidarse de sacarla de allí. Sabía lo mucho que Şenay quería a su tío, sabía que ese rancho sería importante para ella. La conocía bien y sabía que el dinero no era importante para ella, no al menos como lo sería para cualquier persona materialista. No pretendía obligarla a aceptar el cheque y a marcharse, pero en ese preciso instante un coche entró en el recinto, aparcó a un lado del camino y de él bajó un hombre alto, moreno y bastante atractivo que, sin dudar, se acercó a ellos. Sin mediar palabra ese tipo rodeó a Şenay por la cintura y la besó en los labios, haciéndola reír. Calvin la miró un momento antes de darse la vuelta y meter el brazo en el coche, de donde sacó algo.

—Tu tío vendió esta propiedad a mi padre antes de morir. —Şenay abrió la

boca horrorizada pero no pudo decir nada, Calvin siguió hablando—. No cobró la totalidad de su precio de venta, pero sí aceptó una fianza y parte de pago de doscientos mil dólares. —Soltó, abriendo el portafolios de cubiertas duras y mostrándole la firma tanto de Henry como de su padre.

—No tenía ni idea de que tu padre era el... Sé que aceptó una fianza, Calvin, pero voy a devolverla. No voy a deshacerme de este rancho.

—Lo supusimos cuando el abogado vino con el cheque de vuelta. No sé si sabes de plazos pero la fianza tiene un plazo de devolución de tres meses y una multa de un veinte por ciento. Tienes algo menos de dos meses.

—¿Cómo puedo conseguir semejante cantidad en tan poco tiempo?

—¿Una hipoteca? ¿Prestamistas? ¿Vendiendo un riñón? No lo sé. Pero tampoco es asunto mío. Yo solo vengo a informarte personalmente de las dos opciones que tienes: o aceptas la venta y te conviertes en una nueva rica o aceptas las cargas de la propiedad y devuelves la fianza con el incremento de la multa. —Calvin miró a Tuck con una expresión seria y acto seguido subió en el Maserati Levante con el que había llegado.

Arrancó el motor sin dirigir una palabra a la pareja y aceleró, haciendo resonar la grava bajo los gruesos neumáticos.

Tanto Şenay como ese hombre se habían hablado como si se conocieran desde hacía tiempo, pero Tucker no preguntó de qué. Al empezar a salir acordaron que el pasado no era importante en su relación y no mencionaron nada que no quisieran recordar, aun así encontró extraño verla tan contenta a pesar de las malas noticias. Ella siempre tenía buen humor, siempre sonreía por cualquier cosa, pero aquella mañana estaba extrañamente feliz, no pensó que pudiera ser por el cambio de aires, por haber estrenado su nueva casa, o que pudiera ser por el mero hecho de estar él allí. No era celoso, era muy seguro de sí mismo y confiaba en ella, pero aquel tipo le había transmitido un algo que no podía describir, y luego estaba la mirada hostil que le había dirigido. Sus pensamientos se vieron prontamente interrumpidos cuando Şenay se colgó de su cuello y rodeó su cintura con las piernas.

—Me moría de ganas de verte —murmuró, rozando sus labios con los suyos.

—Yo también estaba loco por verte. Estos días han sido un infierno. Pero dime... ¿Qué tal tu primera noche aquí?

—¡Increíble! He dormido como nunca y el silencio es... Ya lo verás —sonrió, besándole.

—¿Me está invitando a pasar la noche con usted, señorita Miller?

—A menos que no quieras porque tengas algo mejor que hacer...

—¿Algo mejor? Déjame pensar... Por suerte no me has invitado a dormir, solo a pasar la noche contigo, así que ve preparándote. —Şenay echó la cabeza hacia atrás, riendo por la ocurrencia y le estrechó aún más fuerte mientras caminaban hacia el interior de la casa.

Desayunaron juntos, haciéndose un pequeño planning antes de ir a la ciudad a por algunas cosas que faltaban en la casa y a hacer la compra que llenase la despensa y los muebles de la cocina.

Ir a la ciudad sabiendo que ya no tenía un lugar en el que quedarse allí resultaba raro, pero más raro era saber que los sitios a los que antes le llevaba solo unos minutos llegar ahora le llevaría una hora. No era algo malo, la tranquilidad y el silencio que se respiraba en el rancho era algo difícil de igualar incluso en la calle más silenciosa de la metrópolis, y el olor a naturaleza, y el canto de los pájaros, y las vistas al mar desde su ventana no eran equiparables con nada de lo que había en la urbe... A pesar de tener a su novio a un centenar de kilómetros, y a pesar de no poder estar con él tanto como necesitase, era algo que podía soportar a cambio de una vida en el paraíso.

Prácticamente no hablaron durante el trayecto de ida, él había entrelazado sus dedos al entrar en el coche y no los había soltado en todo el trayecto, se miraban, se besaban, sonreían, pero no dijeron nada.

Las compras se alargaron más de lo que ambos imaginaron, después de un millón de vueltas, de caminar de un lado a otro y de gastar más de lo que Şenay podía permitirse, terminaron llevando tantas bolsas que incluso el maletero se quedaba pequeño.

—Esto y esto no cabe... —Murmuraba Tucker, mirando el montón de bolsas del suelo y el maletero lleno.

—Puedo llevarlas a los pies.

—Sí, quizás una o dos, pero ¿y ésta? ¿Y esto? —Señaló la caja mediana que había en la parte inferior del carro. Ella frunció el entrecejo y apretó los labios mirándolo todo con expresión pensativa—. Creo que tendremos que dejar algunas cosas en mi apartamento y llevarlo en un segundo viaje.

—También puedo pagar a un taxi con un maletero un poco más grande que este... —Rió.

—O podemos dejarte en tierra. Yo llevo esto al rancho y luego vengo a por ti. Podríamos cenar y luego... —Dijo atrayéndola por la cintura y besándola en el

cuello.

—Suena interesante, pero...

Soltándose de su agarre sacó el móvil del bolso y llamó a un taxi. Habían comprado demasiado por su culpa y no podía obligarle dar dos viajes o a tener que guardar sus cosas en su apartamento, y menos aun siendo éste compartido. El taxi se encargaría de llevar sus cosas y ellos podrían ir delante sin la preocupación del exceso de bultos.

Y así fue.

A pesar de haberse hecho realmente tarde con las compras, aun no era hora de cenar, así que Şenay no dudó en pedir a su novio que le acompañase a dar un paseo por el rancho.

La última vez habían caminado hacia la derecha de la casa, se habían adentrado en el camino que se hacía entre las enormes secuoyas y llegaron a uno de los lagos, Şenay propuso esta vez caminar hacia el mar. Había visto algunas fotos que el abogado le había dado con los papeles y sabía que a la playa se accedía bajando un tramo de escalera de troncos y que la playa estaba protegida por una pared de piedra a modo de acantilado. Le había encantado y necesitaba ver en persona como era, deleitarse de cerca con las vistas que aquel paraíso le ofrecía, pero Tucker había encontrado algo mejor para ver, algo que no iba a poder dejar de visitar. Se acercó a ella y le agarró una mano, entrelazando los dedos con los de ella, luego la atrajo, cubriéndole los ojos con la mano libre.

—¿Qué haces? —Sonrió, dejándose hacer.

—Tengo un sitio mejor al que ir. No me has dicho nada, por lo que deduzco que no lo has visto.

—¿Un sitio mejor? —Él asintió, con un sonido nasal que le provocó un agradable cosquilleo en el estómago.

Apoyada en su pecho siguió los pasos que Tucker le marcaba y no mucho después se detuvieron.

—Me encanta ser yo quien te enseñe esto... —antes de soltarla la hizo girar, poniéndola de espaldas al lugar que quería mostrarle, ella movió la cabeza intentando ver algo, pero él se adelantó, bloqueando su cara con las manos y acercándose para besarla—. Ahora puedes verlo —dijo al apartarse despacio. Ella rodeó su cuello con los brazos y volvió a besarle.

Lentamente Şenay se dio la vuelta expectante, muerta de intriga por saber qué era lo que su novio quería enseñarle, pero de pronto su radiante sonrisa desapareció. El sol del atardecer bañaba un extenso campo de lavandas, cuyo

color púrpura se veía realzado por la luz anaranjada. Largas hileras violetas dejaban estrechos caminos por los que fácilmente se podía caminar. Tucker le empujó levemente, instándole a que se acercase a las que sabía que eran sus flores favoritas.

—¿No te vas a acercar? —Preguntó al ver que no hacía nada.

—No me lo esperaba. Ni siquiera habría imaginado que pudiera haber algo así aquí... ¿Cómo lo has sabido? ¿Cómo lo has visto?

—Lo he visto desde tu nueva cocina... Sé que no tenías ni idea de que esto estaba aquí porque no habrías podido evitar contármelo.

—No... no tenía ni idea. ¡Gracias tío Henry! —Susurró con los ojos llenos de lágrimas antes de empezar a correr como loca por los caminos, acariciando las flores, acercándose a olerlas continuamente, agachándose para abrazar las redondeadas matas de lavandas.

Tucker no podía evitar sonreír al verla. La adoraba, ella era la chica más tierna que había conocido jamás y esos momentos infantiles, cuando jugaba, cuando corría, cuando reía, parecían alimentar a su corazón. Caminó lentamente siguiendo sus pasos, sin apartar la vista de ella, riendo cuando sus miradas se encontraban y rodeándola para besarla cada vez que Şenay se dejaba atrapar.

Después de disfrutar como loca en ese precioso campo de lavandas, caminaron hasta la casa cogidos de la mano. Al entrar Şenay se colocó frente a él y metió las manos bajo su camiseta, levantándola lentamente hasta deshacerse de ella. Dejó caer la prenda a un lado y, tras meter los dedos por el borde de su pantalón tiró de él hasta la escalera. Ella había hablado de darse una ducha nada más llegar, por lo que no le costó intuir que él entraría en el baño con ella, de modo que, con una sonrisa traviesa y unas ágiles manos, se deshizo de su ropa, aprovechando cada movimiento para besar cada palmo de su piel.

Tras una más que placentera ducha, se estiraron en el enorme sofá de cuero del salón, él boca arriba, ella sobre él, entre sus piernas y con los codos apoyados en su pecho. Ella le miraba con sonrisas pícaras, sin decir nada, tenía los pies levantados y los agitaba de arriba a abajo de forma traviesa, como si estuviera jugando. Tucker la contemplaba distraído, llevaba rato pensando en el chico de la mañana, recordando la hostilidad de su mirada.

—¿Lo conocías? —Preguntó, tomando un mechón de su pelo entre los dedos y fingiendo desinterés.

—¿El qué?

—Al chico de esta mañana. Hablabais como si os conocierais.

—Sí. Lo conocía. —Respondió sincera—. Hacía años que no sabía nada de él. No hemos hablado de nada prácticamente. No sabía que Henry había muerto, ni que yo era la propietaria ahora.

—Supongo que mi llegada os ha interrumpido.

—¿Interrumpido? ¿Qué iba a interrumpir? En realidad dudo que hubiéramos hablado de algo más de a lo que él venía. Nuestra relación no acabó en muy buenos términos.

—¿Vuestra relación? ¿Estuvisteis juntos? —Ella asintió.

—Sí. Pero terminó cuatro años antes de conocerte. No hemos vuelto a vernos ni una sola vez desde entonces. Ya te lo he dicho, no terminó muy bien. — Sonrió, deslizándose sobre él e inclinándose lentamente para besarle, con el claro propósito de empezar uno de esos juegos que tanto les gustaba.

Tucker trató de resistirse durante unos segundos, pero le fue imposible. Sonrió travieso y, rodeándola con fuerza rodó por el sofá, consiguió dejarla justo donde quería: debajo de él. Hundió la cara en el hueco de su hombro, aspirando su aroma, luego, trazando una senda de besos, bordeó su mandíbula y se detuvo en sus labios. Mientras la besaba con intensidad y pasión, con la otra mano acariciaba sus muslos, separándolos para colarse entre ellos. Aquella era la primera vez que iban a hacer el amor en el rancho y quería que fuera inolvidable. Se sentó en el sofá y la atrajo, sentándola sobre él. Posó las manos en su cintura, metiendo los dedos bajo la camiseta de ella y, de forma juguetona, fue subiendo hasta sus pechos, deleitándose con el calor que desprendían y la firmeza de sus pezones entre los dedos. Şenay gimió de placer, echando la cabeza hacia atrás, llevando sus manos a las de él, luego, siguiendo la línea de sus músculos clavó los dedos en sus hombros y se ajustó más contra él, sintiendo su miembro endurecido en su intimidad. Aún estaban vestidos, pero no sería por mucho tiempo.

Antes de poder llegar a nada, el teléfono de Tucker empezó a sonar en el bolsillo de su cazadora. Se detuvieron un momento, esperando que el teléfono dejase de sonar, pero tan pronto como lo hizo empezó de nuevo el estridente tintineo. Şenay se apartó, pidiendo a su novio que atendiera la llamada. Él se levantó del sofá a regañadientes, quejándose por que no hubieran llamado en todo el día pero tuvieran que hacerlo en el momento más inoportuno. Frunció el ceño al ver que el número era de Sean, uno de sus compañeros de piso, alguien que no llamaba nunca. Para darle intimidad Şenay fue a la cocina



buscando algo con lo que preparar algo ligero de cenar, pero Tucker le dio alcance, rodeando su cintura y apoyando la frente en su hombro.

—¿Ha pasado algo?

—Nada grave, es Sean. Pero he de irme.

Şenay giró en el círculo de sus brazos para tenerle de frente.

—¿No te quedas el resto del fin de semana? —Preguntó decepcionada.

—Creo que no voy a poder. ¿Me perdonas?

—¡Claro que no! —Respondió ella con el ceño fruncido en una expresión graciosa—. Yo quería... No quiero estar sola... Además esta mañana me dijiste que me preparase... —Rió.

—Entonces no es solo que no quieras estar sola. La niña traviesa quiere jugar... —rió Tuck, besándola en el cuello y apretujando su trasero mientras la atraía con fuerza—. No puedo, si sigo no querré parar —dijo apartándose—. Tengo que irme. Ven mañana. Puedo pedir a los chicos que nos den un poco de intimidad.

—La intimidad la tengo yo aquí. Aquí no nos molestaría nadie aunque lo hiciéramos en el jardín.

—Lo sé... —el móvil empezó a sonar y él resopló nuevamente.

—Ve.

Tucker sujetó su cara entre las manos y la miró fijamente unos segundos, luego se acercó a su boca y después de decirle que le quería la besó, despacio pero intensamente. Con los ojos fuertemente cerrados dio un par de pasos atrás y se marchó, dejándola completamente sola.

Por alguna razón Şenay pensó que volvería después de resolver el asunto que le llevaba a marcharse, creyó que, como le había dicho esa mañana, pasaría la noche con ella, sin embargo no volvió y pasada la medianoche decidió irse a dormir.

La mañana empezaba ajetreada, aún no se había levantado cuando fuera de la casa empezó a sonar bullicio, ruido de gente, el sonido del motor de un camión. Salió de la cama prácticamente de un salto y bajó para ver qué era esta vez. La visita del abogado no le había resultado demasiado traumática, alguien había comprado el rancho y la quería fuera, pero la visita de Calvin la dejó asustada. Estaba tan convencida con devolver la fianza que ni siquiera se había preocupado en mirar quién había sido el comprador. Estaba claro que Howard sabía que era ella y estaba aún más claro que no iba a permitir que se pusiera cómoda. Salió al jardín tras ponerse una chaqueta y miró, atónita,

como un camión con un contenedor enorme vaciaba la carga a pocos metros de la puerta.

—¿Calvin? —Preguntó al verle bajar de su todoterreno—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué es esto?

—Mi padre ha creído conveniente ejercer un poco de presión.

—¿Presión? ¿Presión para qué? ¿Para que me vaya? —Calvin se encogió de hombros—. ¿Y qué se supone que es eso? —Señaló el contenedor.

—Espera y verás. Apuesto que a la hora de la comida ya estará listo.

—¿Listo?

—Listo.

Tan pronto como entraron las furgonetas con hombres uniformados y empezaron a desmontar el enorme cajón de madera, en el que estaban grabadas a fuego las letras “Platinum furniture”, supo lo que Calvin pretendía. Y lo que pretendía no era, ni más ni menos, que construir una casa en su jardín. Estaba claro que si pretendía extorsionarla con aquello, podía seguir soñando. ¿Quería poner una casita de madera en su jardín? Adelante. Pero a ella no iba a sentirse amenazada en lo más mínimo.

Por un momento, la horrible idea de que esa casita fuera para Howard le provocó un escalofrío. Sintió como si todos los músculos de su espalda le apretasen la columna vertebral y antes de darse cuenta, estaba temblando como un flan. Recordaba con todo lujo de detalles la última conversación que hubo entre ellos, recordaba sus gritos, sus ojos desorbitados y sus puños cerrándose y golpeando con un estruendo atronador la mesa tras la que siempre estaba en su despacho. Recordó todo lo de aquel escritorio desparramado por el suelo y los nudillos de aquel hombre ensangrentados por el golpe. No, no era un recuerdo agradable, y sin lugar a dudas, no quería volver a ver a ese hombre, pero no porque recordar aquello le causase pesadillas, sino las dolorosas consecuencias que vinieron después.

—Calvin... ¿Esto es para... es para tu padre? —Le daba miedo mirarle por temor a escuchar un “sí”, pero inesperadamente éste se echó a reír.

—Vamos, conoces a mi padre. ¿Crees que se mudaría al jardín de alguien solo por presionar? Los métodos de mi padre pueden ser poco sutiles, a veces, pero nunca haría algo como eso. Esto ha sido idea mía. La presión que mi padre quería ejercer era un poco menos... agradable.

—Me asustas.

—Tranquila, no pretendía enviarte a un sicario ni nada tan... sangriento —dijo, a sabiendas de que era perfectamente posible—. La idea de presionarte

estando cerca ha sido mía, ya sabes que siempre he sido un buen chico. Soy más pacífico.

—Sí... —Sonrió tímidamente al ver que él también lo hacía, pero tan pronto como sus miradas se encontraron, la expresión amistosa de ambos se esfumó —. Doy por hecho que no vas a obligarme a ayudar en la construcción de tu casita así que, si me disculpas. Mientras supervisas tu obra, voy a desayunar, luego daré un paseo por mi rancho —se encargó de matizar ese “mi” para dejarle claro que no iba a lograr que se fuera de allí.

Calvin la miró mientras se alejaba frente a él con dirección a la casa principal. En realidad había mentido, los métodos de su padre eran bastante más agresivos y, aunque le había dicho que no pretendía enviarle a un sicario, daba por hecho de que, por conseguir un rancho como aquel por el dinero por el que Henry lo vendía, terminaría contratando uno, dos o diez, aunque solo fuera por asustar de muerte a la propietaria. Por suerte para ella, su padre desconocía completamente que la propietaria fuera ella porque, de saberlo, él mismo habría ido hasta allí y, de la primera visita, la habría hecho huir despavorida aun sin su cheque.

Intentó no mirarla más de lo estrictamente necesario, pero la siguió con los ojos hasta que desapareció en la casa. Contempló todo a su alrededor y sonrió internamente por lo magnífico de aquel lugar. El mar quedaba a varios cientos de metros, aun así casi podía oler el salitre y oír las olas del mar rompiendo en la orilla. Era su imaginación, claro estaba, pero era maravilloso pensar que pudiera sentirlo tan cerca. Sacudió la cabeza y desvió su atención hasta la maquinaria de los carpinteros cuando un recuerdo feliz pero doloroso empezaba a tomar forma en su memoria: el recuerdo de una noche estrellada en una playa de las Maldivas, donde paseaba por la orilla con una preciosa joven de la mano haciendo brillar con los pies la biofosforescencia del agua, con una chica que estaba tan loca por él como lo estaba él por ella.

Hacía algo más de una hora que estaba apoyado en la puerta de su coche, controlando lo que aquellos hombres hacían cuando vio la puerta de la casa abrirse y a Şenay saliendo con una mesita de cristal para ponerla a unos metros de distancia. Sin decir nada volvió a entrar y a salir segundos más tarde con una pila de vasos de plástico desechable y un enorme termo con lo que dedujo sería café.

—Sé que el señor Shaw tiene prisa por que terminéis a tiempo su casa, pero apuesto a que trabajaréis mejor con algo caliente en el cuerpo —sonrió, llamando la atención de los primeros hombres, quienes se deshicieron de sus

gruesos guantes para coger los vasos de bebida que les ofrecía—. Esperen, también tengo leche.

—Te lo agradecen mucho, pero no les pago para que se entretengan a tomar café —dijo Calvin acercándose a la mesita en la que estaba ella junto a media docena de hombres—. Tomaos el café sin leche y volved al trabajo. No pienso pagaros el tiempo que os paséis de la una. —Pese a intentar sonar hosco, no logró gran cosa, aun así aquellos hombres entendieron lo que decía—. ¿A mí no vas a ofrecerme café caliente?

—Ehm... No, creo que no. No estás aquí para algo bueno. Estás para presionarme para que te dé un dinero que no tengo o para que me vaya y me olvide del rancho que mi tío compró para mí.

—Un rancho que pretendía vender.

—¿Sabes? He pensado mucho sobre eso y yo creo que no quiso venderlo, sino más bien aprovecharse de la fianza para pagar su tratamiento. De haber querido venderlo habría aceptado el cheque de primeras.

—Puede que tengas razón, Seni, pero aceptó un dinero que tienes que devolver si es que quieres quedarte aquí.

—Lo sé, lo sé. —Afirmó—. Aun así no te voy a dar café. —Dijo. Y con una actitud infantil, se abrazó al termo y volvió a la casa.

Lo miró un segundo desde la puerta y sin poder evitarlo pensó en lo guapo que seguía siendo. Sus facciones se habían endurecido, su mirada parecía mucho más profunda que antes pero seguía siendo guapísimo. Su cabello era un poco más claro que años atrás, siendo ahora de un castaño casi rubio, pero aún lo mantenía semi largo, sus ojos seguían teniendo ese color extraño que parecía verde, marrón y gris todo a la vez... Ahora, además, llevaba barba de varios días, lo que le daba un aire más serio y sexy. De pronto se sintió mal por no ofrecerle nada, así que soltó el termo en el escalón, llenó de café y leche uno de los vasos y se acercó a él.

—No te lo doy porque quiera, sino por cortesía —le dijo mientras agarraba una de sus manos y le hacía coger la bebida humeante.

Calvin se apartó deprisa y tras agradecer el gesto se dio la vuelta. No le gustaba estar cerca de ella, ni por Şenay, ni por él mismo, ni por el pasado que tuvieron.

Tal y como le había dicho, al llegar el mediodía terminaron de construir la preciosa casita de madera que presuntamente ocuparía Calvin hasta que devolviera la fianza. El camión que había traído la carga y las furgonetas con

los empleados se habían marchado, dejándolo todo en el más absoluto silencio. Şenay había dado vueltas por la casa completamente curiosa por saber cómo estaba quedando, pero esperó un tiempo prudencial antes de ir a ver, no quería que pareciera que le daba una gran importancia al hecho de que estuviera en su propiedad. Con la excusa de ir a llevar algo a su coche salió al jardín, quedándose completamente boquiabierta al ver lo que esa veintena de hombres habían conseguido en seis horas.

—¡Dios mío...! —Exclamó acercándose despacio.

—Increíble, ¿eh? —Ella asintió sin mirar a Calvin, quien estaba apoyado en la puerta de conductor de su Maserati con una sonrisa de autosuficiencia dibujada en el rostro—. Confórmate con verla por fuera. No vas a entrar.

—Vaya, cuanta amabilidad —respondió.

—No estoy aquí por gusto, y tampoco es mi intención hacerte pasar un buen rato.

—Genial. Entonces... ¿por qué no la recoges de vuelta y te vas por dónde has venido? Esto es allanamiento de morada.

—Denúnciame. —Soltó altivo—. Eso va a estar ahí hasta que devuelvas la fianza, ya lo sabes. Mi padre tiene un departamento legal muy competente y un contrato de venta, esto no es allanamiento —mintió—. Sigo aquí solo para dejarte saber que esta misma tarde me instalaré en ella.

—No me importa lo que hagas mientras no me molestes.

—He venido a eso, así que ve haciéndote a la idea y arregla rápido el asunto del dinero. Me hace tanta gracia estar aquí como a ti que lo esté —espetó antes de meterse en el coche y cerrar de un golpe. Se alejó de allí con un acelerón, dejándola completamente sola.

Calvin le había dicho que no iba a entrar y no lo haría aunque le invitase a hacerlo, a pesar de ello, no le había impedido acercarse a la casa, ni mirar a través de las enormes vidrieras así que, dejándose llevar, subió el escalón que separaba la construcción del suelo y se acercó. Se sorprendió al ver que incluso estaba amueblado.

Era extraño haber estado seis años sin saber absolutamente nada de Calvin y, en solo dos días, haberlo visto no solo dos veces sino saber que iba a quedarse en el rancho, a unos metros de ella. Solo esperaba que no fuera demasiado doloroso saber que nuevamente estaría cerca el uno del otro.

No había llevado más de dos maletas con sus cosas por lo que no había mucho con lo que instalarse. La empresa a la que le había comprado la casa se había

encargado de todos los detalles, por mínimos que fueran, incluso habían puesto cubiertos en los cajones, botes herméticos con pasta en los armarios y toallas en el baño. Todo estaba cuidado al mínimo detalle y lo único que tuvo que hacer fue deshacer las maletas y guardar las cosas en el armario.

La cabaña estaba instalada en un punto en el que, desde cualquier ventana podía ver la casa de Şenay y sin querer lo hacía, miraba a cada rato esperando verla cruzar, esperando encontrarla mirando a escondidas, esperando... En un momento, cuando estaba poniéndose cómodo para ir a dormir la vio a través de los cristales, vestida como siempre hizo en el pasado, con ropa cómoda pero que le hacía verse arrebatadoramente sexy, ella ni siquiera había mirado hacia fuera y él lo agradeció ya que no tendría como justificar el mirarla como lo hacía.

—Espero que esto pase rápido y que no interfiramos demasiado en la vida del otro —murmuró cuando ella apagó las luces y la vio dirigirse y desaparecer por la escalera.

## Capítulo 4

### *Noche de tormenta*

Pasaba la medianoche cuando una enorme ventisca empezó a azotar el rancho. Durante todo el día había hecho aire, incluso la puerta de cristal de Calvin había terminado destrozada contra el suelo del jardín al cerrarse de sopetón —lo que no suponía gran problema ya que, en aquella enorme finca solo estaban ellos dos, y ella por nada del mundo se colaría en su cabaña—, pero de pronto la sobresaltó un enorme estruendo, Şenay pensó que sería la verja de la entrada, que un árbol habría caído contra ella. Quedaba a una distancia considerable, pero el ruido también lo había sido. A pesar del miedo que le daba caminar por allí ella sola, bajó a la cocina y de uno de los armarios, sacó una linterna. Probó de encenderla para comprobar si tenía o no baterías y, armándose de valor, salió al jardín. Con el silbido potente y ensordecedor del aire también llovía, y lo hacía con una intensidad que terminaría empapada antes siquiera de llegar a la curva del camino principal —cuarenta metros más allá—. Aun así no le importó, necesitaba comprobar si la puerta de entrada al rancho estaba destrozada o no, si era o no por un árbol y si el daño era muy grave. Con una gran dificultad empezó a caminar, medio agazapada, tratando de no caerse y de no irse rodando por el suelo arrastrada por el viento.

De repente una mano cálida y fuerte la sujetó por el brazo y tiró de ella con

fuerza, obligándola, casi a rastras, a volver al porche de la entrada.

—Dios mío, Calvin. Me has dado un susto de muerte. —Gritó, mirándolo con los ojos entrecerrados por la lluvia—. ¿Qué haces aquí fuera?

—La pregunta es qué haces tú. ¿Estás loca? —Gritó. Ella no respondió. Lo miró ceñuda, apretando los labios para que el agua que le chorreaba por la cara no le entrase en la boca.

Calvin llevó sus manos a los hombros de ella, y la empujó contra la pared, donde el viento no amenazaba con arrastrarlos, y guió el haz de luz de la linterna que llevaba hacia su cabaña, donde un árbol enorme del otro lado del camino había aplastado parte del tejado y la estructura.

—Dios mío, ¿ese ha sido el estruendo? —Preguntó con los ojos abiertos de par en par. Él asintió con la cabeza.

A pesar de los malos términos en los que estaban, de dirigirse dardos envenenados cada vez que hablaban o a pesar de convivir en el rancho por la fuerza, Şenay apagó el foco, sujetó su brazo con fuerza y tiró de él hasta la entrada, intentando que no la arrastrase el viento. Abrió la puerta tropezando consigo misma por el impulso y cerró después de entrar, alegrándose inmensamente de oír la quietud del interior a pesar del ruido exterior.

Tan pronto como Şenay cerró la puerta, Calvin se apartó de ella un par de pasos y, antes de que dijera una sola palabra le dio la espalda, fijándose en el enorme salón.

—¿Estás bien? ¿Te ha pasado algo? ¿Te has hecho daño? —Le preguntó, haciéndolo girar y revisándolo con la mirada para asegurarse de que estaba bien.

Por un instante Calvin creyó que le preguntaría si iba a marcharse, ya que su casita necesitaría una reconstrucción después de que retirasen el enorme tronco que, de hecho, casi le aplasta, pero se sorprendió al ver que su expresión no mostraba alivio, sino preocupación.

—Estoy bien. Pero mi coche no tanto.

—¿Ha sido ese el sonido metálico?

—Me temo que sí. ¿Qué creías que había sido?

—No lo sé. La verja de la entrada... Es lo único metálico que podía hacer un ruido así.

—¿Te has fijado en la distancia? Aunque una de esas secuoyas hubiera volado hasta allí es imposible que lo hubieras oído. Y menos aún con este ruido.

—Yo que sé, Calvin. No pensaba nada. Solo quería comprobar que no hubiera habido daños importantes. Nunca he pasado por algo así, no sé qué se supone



que tengo que hacer.

—Con esta ventisca y con esta lluvia... Tendrías que esperar a la mañana, de día es más sencillo. Además mírate, ni siquiera sales abrigada, ¿y si te pones enferma por caminar con este frío debajo de esta lluvia? —Şenay trató de contener una sonrisa por ver que, aunque hablaba con rudeza, se preocupaba por ella. No quería que lo hiciera, pero no podía evitar alegrarse de que al menos, no la odiaba como para que le diera igual su salud—. ¿Puedes dejarme tu coche? No puedo dormir ahí dentro.

—Pasa de la media noche, estamos en medio de un huracán horrible y estamos empapados... ¿Por qué no te quedas conmigo? Hay una habitación extra.

—¿Insinúas que duerma contigo? —Preguntó horrorizado.

—¿Estás loco? ¿Acaso has oído lo que te he dicho? Hay dos habitaciones. Yo no duermo en las dos a la vez, puedes usar una esta noche. Vamos, no te voy a comer.

De pronto, tras un cegador destello, se quedó todo negro, algo que era raro no hubiera sucedido antes.

—Lo que faltaba. Y ahora nos quedamos sin luz. —Se quejó él, por estar a oscuras con ella después de que le hubiera rescatado de la intemperie.

—¿Tan mal estás? ¿Tan mal te parece que te haya pedido que te quedes?

—¿A ti qué te parece? ¿Crees que me gusta? ¿Crees que me hace gracia esto?

De repente Şenay tomó aire con fuerza, se acercó a él y tiró hacia la puerta, la abrió y lo empujó hacia el exterior de la casa.

—Si tan mal estás, si tan mal te parece pasar la noche aquí, vete, lárgate. Yo no te voy a rogar porque, realmente me da igual lo que hagas o lo que te pase —mintió en cuanto a lo segundo—. No te voy a dejar mi coche porque estás mojado y no quiero que se estropee la tapicería. ¿Quieres irte? Haz lo que te plazca. Me parece fenomenal.

—¿No estás siendo un poco exagerada?

—No. Te quejas por todo lo que te pido cuando lo que realmente intento es ser amable y comprensiva —una ráfaga de aire obligó a Calvin a sujetarse al marco de la puerta para no ser arrastrado—. Todo te parece mal, todo el tiempo pareces de mal humor. No sé qué puedo hacer para que, al menos nos llevemos bien.

—Es que yo no quiero llevarme bien contigo.

Aquello era lo último que pretendía oír de él. Separó sus dedos del marco y acto seguido cerró la puerta, dejándolo fuera, en medio de la tormenta. Era su decisión, ¿no quería llevarse bien con ella? Vale. ¿No quería su ayuda?

Estupendo, pero o pasaría la noche a la intemperie o le tocaría ir a la ciudad a pie.

Con la horrible sensación de haberle echado de su casa se acercó de nuevo a la cocina y del mismo mueble que la linterna, sacó un montón de velas, algunas usadas, otras nuevas, otras incluso perfumadas. Maldijo por no querer irse a dormir sin más. Como él había dicho, por la mañana todo sería más fácil. Con un mechero tipo soplete empezó a encender las velas y a colocarlas en sitios donde la luz llegase a todos lados y las cortinas no pudieran quemarse y, al sentarse en el cómodo sofá escuchó un par de golpes en la puerta. No estaba segura de si era por el aire o si era porque Calvin seguía ahí, pero hizo caso omiso, se acomodó contra el respaldo y tiró de una de las mantas de punto que había en los reposabrazos para taparse. También ella estaba mojada por la intensa lluvia, pero no le importaba porque en ese momento estaba demasiado enfadada con él. De nuevo, volvió a sonar como si alguien llamase, pero esta vez no lo ignoró y se acercó para mirar. De repente, al abrir la puerta ésta le golpeó en la cara por culpa de una ráfaga de aire, haciéndola caer contra el suelo con las manos en el lugar del golpe.

—Maldita sea. —Calvin entró en la casa y cerró con dificultad, acto seguido se agachó al lado de ella para ver si estaba bien—. Deja que te vea, Seni. Quita las manos.

—¿Qué quieres, Calvin? Creía haber entendido que te repugnaba la idea de dormir aquí. —Empezó a gimotear ofuscada.

—Lo que no quiero es pasar más tiempo del necesario contigo.

—Entonces puedes irte. Además, sabiendo que yo era la propietaria de esta finca, no tendrías que haber construido una casita frente a la mía solo para presionarme. Sé que tengo que devolver ese dinero estés tú ahí o no.

Cuando ella apartó las manos para reprocharle él pudo ver, gracias a la luz de las velas, que le corría un hilo de sangre por la cara. Tiró de ella para ponerla de pie y la guió a la cocina. Sin mediar palabra la llevó al fregadero y abrió el grifo, llenándose una de las manos con agua y empujándola hacia abajo con la otra para limpiarle la sangre.

Había sufrido mucho en el pasado por su culpa, por culpa de su ruptura, por su incapacidad para olvidarla... y verla de nuevo le dolía. Si, en cierto modo había rehecho su vida, salía con una chica estupenda que le quería mucho y le hacía pasar muy buenos momentos, pero por culpa de Şenay no era capaz de dar un paso más con Lindsay.

Cuando consideró que ya había dejado de sangrar, tiró de un puñado de

servilletas de papel que había en un dispensador a poco menos de un metro de él y le secó la cara, manteniendo el paño en la herida de la ceja.

—¿Puedes no ser tan bruto? Me haces daño.

—¿Puedes callarte y dejarme hacer? Ya sé que duele, pero estás sangrando.

—Vale. —Replicó con una mueca.

Calvin tiró de ella hasta el sofá y la hizo sentarse en el sitio donde más luz daba para poder ver la gravedad del golpe. Por suerte la herida no pasaba de un centímetro, aunque donde estaba debía doler bastante.

—¿Tienes un botiquín?

—En el segundo armario de la cocina. ¿Es mucho? —Cuando fue tocarse la herida Calvin le dio un manotazo en los dedos.

—Estate quieta. Mañana te ves. No te toques, voy por el botiquín.

Volvió a limpiar el hilo de sangre de su cara, esta vez con un par de gasas, después limpió la herida con un poco de suero de una ampolla monodosis y luego sacó una tira de puntos adhesivos, de donde apartó un par de ellos. Con sumo cuidado cerró la herida con los dedos y colocó la primera tira sobre ella, luego hizo lo mismo con la segunda.

La miró durante unos segundos mientras ella permanecía con los ojos cerrados, estaba tan cerca que podría besarla casi sin moverse. Se apartó deprisa tan pronto como ella abrió los ojos, carraspeando por lo incómodo de la situación.

—Gracias —murmuró en voz baja.

—No me tienes que agradecer nada. Tú has intentado ayudarme primero.

—Dime, Calvin, ¿en serio no podemos llevarnos bien? —Preguntó con voz suave—. No es que quiera ser tu mejor amiga ni nada de eso, soy consciente de nuestra situación, pero me gustaría que, al menos, estuvieras un poco más relajado.

—No. No podemos. —Respondió—. No te odio, si es lo que te preocupa, pero desde que te fuiste no he querido volver a verte ni una sola vez. Esto ha sido...

—Yo tampoco te odio.

—Lo sé...

El ambiente empezaba a ser tenso entre ellos otra vez y Şenay no quiso terminar hablando de algo incómodo, así que se puso de pie y le hizo un gesto para que la imitase.

—Vamos. Te llevaré a la habitación para que te eches un poco. Mañana creo que tendremos un día movidito.

Cogió un par de velas y se acercó a él para ofrecérselas, luego volvió a por dos más y acto seguido se dirigieron a la escalera.

Cuando su padre le dijo que tenía que ir a recuperar la finca que había comprado ni siquiera se preocupó en mirar los planos en los que su padre trabajaba, a pesar de saber que eran de ese mismo rancho. Al llegar allí la primera vez había quedado completamente impactado por lo que había visto. Esperaba un pedazo de tierra abandonada y descuidada, con matorrales tan altos como una persona y que requeriría de meses de trabajo para dejarlo visualmente atractivo, pero lo que encontró distaba mucho de lo que imaginaba, y el interior de esa casa no era diferente. Siguió a Şenay por la escalera y se detuvo detrás de ella cuando ella se paró.

—Esta será tu habitación esta noche —bajó la manilla de la puerta con el codo, empujándola con la cadera—. El agua caliente es de gas, así que no depende de la electricidad. Puedes darte un baño caliente antes de ir a dormir. Lo malo es que no tengo ropa que prestarte.

—Ya voy mojado. Puedo tratar de entrar en la cabaña a por un pijama o, al menos a por ropa interior.

—Haz lo que quieras —Calvin notó desapruebo en su voz. Después de haberla hecho enfadar hasta el punto de echarle, y de saber que era el causante del golpe de su ceja, empezó a sentirse culpable por pensar siquiera en volver a ponerse en peligro.

—Bueno... Supongo que por una noche no pasará nada. No tendrás un pijama para prestarme, ¿verdad?

La mirada de Şenay se iluminó y después de asentir con la cabeza, empujó el pomo de su puerta del mismo modo que la otra y entró. Dejó las velas cada una en una mesita de noche y acto seguido caminó hasta el vestidor. Estaba a oscuras, pero no necesitaba una luz para saber dónde estaban sus cosas o qué prenda era en función de la textura. Tiró del pijama más grande que tenía y corrió de vuelta al pasillo, donde Calvin esperaba con la iluminación.

—Aquí tienes.

—Gracias, Seni. Yo...

—Ve. —Dijo amable—. No es tu cama y esas cosas, ya lo sé, pero espero que duermas bien.

—Lo haré. Buenas noches.

—Sí. Buenas noches.

Mientras Calvin se encerraba en el dormitorio, ella bajó a apagar las velas. Había tenido la intención de pasar la noche en el sofá, pendiente de cada ruido

que sonase, alerta por temor a un accidente, pero aquello solo era por culpa de su huésped, quien estaba en medio del temporal por su propia culpa. Ahora, sabiendo que Calvin no corría ningún peligro, que se iba a dar un baño caliente y que dormiría con un pijama seco en una cama confortable, permanecer insomne carecía de sentido. Subió en la más completa oscuridad y solo unos segundos más tarde se encerraba en su dormitorio.

El ambiente estaba lejos de ser silencioso. El viento seguía soplando con una fuerza descomunal afuera, y la lluvia azotaba las ventanas como si quisiera atravesar sin piedad los cristales, aun así haría lo posible por dormir.

Al quitarse el grueso suéter de lana rosa torció el rostro en un gesto de dolor: el golpe con la puerta había sido demasiado fuerte. Llevó los dedos a los puntos adhesivos que Calvin le había puesto y se dio cuenta de que estaba hinchado. Fue a por su móvil para usarlo de linterna y se miró en el espejo, horrorizándose al ver que no solo tenía la ceja inflamada, sino el párpado también, además de enrojecido. Pasó la yema de los dedos con cuidado solo para comprobar que la piel del párpado también dolía.

Resignada se quitó la ropa húmeda para darse una ducha caliente y se enfundó uno de sus pijamas más cálidos, después se metió en la cama.

## Capítulo 5

### *No te rayas*

Había amanecido y el viento seguía soplando con tanta fuerza que parecía querer mover la casa de sitio, por suerte, la lluvia había amainado hacía varias horas y todo estaba tan seco como si no hubiera caído una gota jamás. Şenay se acercó a mirar por la ventana, mirar el mar le relajaba, aunque hubiera tenido la noche más reparadora del mundo, pero aquella mañana no lucía brillante y azul, sino marronáceo con toques blancos de las olas que lo tenían agitado.

—También tú estás como el día, ¿eh?

El cielo estaba completamente cubierto por una espesa capa de nubes negras, nubes que amenazaban con un diluvio intenso y aterrador.

Cerró las cortinas tras sentir un escalofrío recorrer su columna y de pronto recordó que Calvin había pasado la noche en la otra habitación. También recordó el tremendo golpe que le había marcado la cara y corrió a verse en el espejo. Negó con la cabeza tristemente al comprobar que la inflamación de su parpado superior ahora también se había extendido hasta el inferior y parte del pómulo. Pensó en disimularlo con algo de maquillaje, pero Calvin podría malentender la razón por la que se maquillaba, así que se vistió y bajó tal cual. Para su sorpresa Calvin no estaba en el salón, sentado en el sofá como había imaginado, sino en la cocina.

—¿Estás cocinando? —Preguntó extrañada.

—Sí. He cogido algo de tu nevera... Por cierto, sigue sin haber electricidad.

Dios mío, Seni, tu cara... —Ella se llevó la mano al pómulo mientras él se acercaba a ella con expresión de preocupación—. No esperaba que fuera tan serio. Debería llevarte al hospital.

—Está bien. Solo fue un golpe. Ahora supongo que la sala de urgencias estará llena con todo tipo de accidentados por este temporal. Anoche ya tuve mi primera cura. Solo tengo que esperar unos días a que se pase.

—Me siento culpable. Fue por mi culpa.

—También podría haber sido por la mía. De no haberte sacado...

—Ya sabes que yo lo provoqué. Lo siento de verdad.

—No te preocupes... —Sonrió, quitándole hierro al asunto—. Estás preparando el desayuno... ¡Y con velas...!

—Sí, bueno... No hay electricidad.

Calvin se había hecho de todas las velas y las había dispuesto de forma que hacía de fogón, sobre ella había colocado una rejilla y sobre esta había puesto la sartén en la que estaba haciendo unas tortitas de queso. Şenay se colocó a su lado, viendo como preparaba el desayuno, pero él la guió a una de las sillas y la obligó a sentarse en ellas y a esperar pacientemente a que terminase.

Era una situación extraña, desde que había pisado el rancho había tratado de hablar lo menos posible con ella, y ahora, no solo había dormido a una habitación de distancia, sino que estaba preparando algo para desayunar juntos. La miraba en el reflejo de la ventana que tenía delante sintiéndose mal por ella, por el golpe que se había llevado después de que la molestase diciendo que no quería llevarse bien con ella, que no quería estar cerca de ella. Ella solo había sido amable y a cambio había terminado siendo ofendida y con un golpe en una de sus cejas y la cara inflamada.

—Me sorprendí al ver que ahora llevabas el pelo corto —dijo él tratando de romper el silencio—. Me gusta cómo te queda.

—Me lo corté hace unos meses. También me cambié el color.

—Sí. También me di cuenta. Te queda muy bien. Pero lavanda no es un color muy habitual, ¿no?

—No. Pero es mi color favorito y por eso me gusta más —sonrió—. Me gusta cómo te queda la barba.

—No sé si llamaría barba a esto —dijo él pasándose la mano por la cara—. Mi padre dice que es dejadez y que queda impresentable.

La sonrisa de Şenay desapareció tan pronto como Calvin mencionó a su padre pero él no pareció darse cuenta, al menos no pensó que fuera por su padre, sino más bien por el dolor que debía tener en el pómulo. Sirvió el desayuno en

los platos, poniendo un poco más en uno de los dos —como había hecho años atrás— y lo puso frente a ella, sonriendo sin querer al ver como ella miraba la comida. Sin pensarlo Şenay se acercó para olerlo y después de mirarle con una sonrisa cogió una de las tortitas de queso y frutos rojos que le había preparado y la mordió haciendo un sonido nasal que indicaba cuanto le estaba gustando.

Prácticamente acababan de sentarse a la mesa cuando sonó la puerta. Şenay supo quién era por la forma de llamar y se llevó la mano a la cara.

—¿Quieres que vaya yo? —Preguntó Calvin.

—No. Eso sí sería raro.

Se levantó y tomando aire con fuerza caminó, decidida, hacia la entrada. Tucker miraba la construcción de madera aplastada por el árbol completamente horrorizado, pero su expresión se agravó aún más cuando ella abrió y se dio cuenta del estado en el que se encontraba su cara.

—Dios mío, cariño, ¿qué te ha pasado?

—La tormenta de anoche... Me llevé un buen golpe con la puerta cuando abrí. Duele mucho, ¿sabes? —Dijo en un tono infantil sabiendo que él tomaría su cara entre las manos y le llenaría de besos, pero no fue así. Contrario a lo que pensó, la abrazó con fuerza y la soltó solo un par de segundos más tarde.

—La cabaña... ¿El tipo de la cabaña está bien?

Tucker debía admitir que no le gustaba en exceso que ese tipo se hubiera mudado al rancho, no por lo que lo había hecho, entendía que quisieran su dinero de vuelta, pero no le gustaba que hubieran tenido un pasado en común, a pesar de ello Şenay era la persona más confiable del mundo y ella jamás traicionaría su confianza. Al ver la cabaña semi-derribada y el coche aplastado debajo del enorme tronco, temió que hubiera pasado algo. Calvin resopló al escuchar al novio de Şenay preguntar por él con preocupación sincera en su voz. ¿Es que no le importaba que hubiera construido una cabaña allí? ¿No le importaba que se hubiera mudado frente a la casa de su novia? ¿Acaso Şenay no le había hablado sobre su pasado juntos? Él mismo no había hablado con Lindsay sobre su relación con Şenay, tampoco sería tan raro si ella no le hubiera hablado de él.

—Sí. Él está bien. La tormenta era horrible y estaba fuera, empapándose, con los arboles amenazando con aplastarle y con ese viento... Ha dormido aquí. Espero que no te moleste.

—¿Qué no me moleste, dices? ¡Has dormido con otro hombre! —Cuando la



expresión de ella mostró preocupación, Tuck empezó a reír—. No me preocupa, cariño. Es lo que tenías que hacer. Su coche está hecho trizas y su casa... Hiciste bien en pedirle que durmiera aquí.

Entraron hasta la cocina, donde Calvin estaba sentado en la mesa con su plato de tortitas con fruta y un vaso de zumo. Llevaba el pijama que Şenay le había prestado y su cabello rubio despeinado. Los dos hombres se miraron fijamente unos instantes antes de que ella decidiera presentarlos formalmente.

—Calvin, él es Tuck. Es arquitecto y el dueño de Architectural life.

—¿No fastidies! —Interrumpió antes de que le presentase a él—. ¿Tú eres el arquitecto que diseñó el edificio Emporium? —Tucker lo miró con una ceja arqueada—. Archilife diseñó el edificio de la sede central de las empresas de mi padre.

—¿Tu padre es Howard Shaw? —Calvin asintió con una sonrisa de medio lado, algo que solo hacía cuando se sentía interesante—. Vaya, cariño, has tenido a un príncipe durmiendo en tu rancho.

—Será por poco tiempo. Si no devuelve los doscientos mil dólares de la fianza estará obligada a aceptar el cheque y a marcharse.

—¿No hay forma de aplazarlo? ¿De conseguirle un poco más de tiempo?

—A final de mes se cumplen dos meses y quedará solo uno para el fin de plazo. Mi padre es de todo menos paciente.

—Ella no puede perder este rancho. Es muy importante para ella.

Calvin sabía que el arquitecto tenía razón, conocía a Henry y sabía lo que significaba Şenay para él, aun así realmente no había mucho que pudiera hacer para convencer a su padre, y menos cuando había insinuado llevar a cabo ciertas ideas.

A pesar de lo incómoda que pudiera parecer la situación, tanto Calvin como ella desayunaron mientras Tucker hablaba tan casualmente con los dos. De pronto sonó su teléfono, dentro del bolsillo interno de la americana, era algo habitual que sonase en los momentos menos deseados o más inoportunos, pero su expresión risueña se volvió sombría al ver el número, algo de lo que Şenay no se dio cuenta pero de lo que Calvin se percató sin ningún problema. ¿Alguien a quien no podía responder en ese momento? ¿Alguien que no debía llamarle cuando estaba con ella?

—Bueno y... —Tan pronto como empezó a hablar volvió a sonar su teléfono, solo que esta vez se puso en pie—. Creo que no puedo aplazar más esta llamada, cariño. Voy a tener que dejaros solos. —Sin dar tiempo a que dijera nada se acercó a ella, puso una mano en su nuca y la atrajo despacio—. Sabes

lo mucho que me cuesta irme, sobre todo habiéndote visto solo unos minutos...

—Lo sé. —Sonrió, haciendo una mueca de dolor por el golpe de su cara.

—Dios... No sabes lo que daría por cuidarte hasta que estuvieras bien... —Se acercó a ella y la besó en la frente. Calvin rodó los ojos al escucharle, pero no dijo nada, desvió la mirada hacia la ventana y actuó como si no fuera con él—. Odio que vivamos tan lejos. Han dicho que la tormenta sería aún peor que ayer. ¿Os llevo a la ciudad?

—Yo me quedo aquí, Tuck. Él...

—Yo también me quedo. Llamaré a una grúa para que saquen mi coche. Volveré con ellos.

—Entonces me voy. Sé buena. —Sonrió, tocando la punta de su nariz con un dedo—. Te quiero.

—Yo también a ti.

La besó en los labios con cuidado, como si también le dolieran por el golpe y después de eso salió de la casa, corriendo hacia su coche mientras peleaba con la ventolera que le hacía retroceder cada dos pasos. En realidad, aunque dadas las circunstancias era lo correcto, no le hacía demasiada gracia que su novia compartiera casa con un tipo con el que había tenido algo en el pasado, y todavía menos que él estuviera de acuerdo, aun habiendo quedado “en malos términos”, aun así había un asunto del que debía encargarse y que necesitaba solucionar cuanto antes, por eso se marchaba y los dejaba solos.

Şenay se llevó una mano a la cara y justo después regresó a la mesa, donde Calvin la miraba de forma acusatoria.

—Sé que no es asunto mío, y sé que no debería preguntar pero, ¿cuánto tiempo lleváis saliendo?

—Dos años.

—¿No es un poco mayor para ti? Cuánto te saca, ¿diez años?

—Eso no importa.

—¿Y tampoco te importa esa actitud sospechosa con el teléfono? Podría ser una amante. Mudándote aquí se lo has puesto en bandeja.

—Confío en él. Es más que suficiente.

—Ya...

Terminó la última pieza de un bocado y se bebió todo el zumo que quedaba en su vaso antes de ponerse de pie. Sin decir una palabra se dirigió a su habitación, donde deseó que su ropa se hubiera secado para no tener que permanecer más tiempo del deseado cerca de ella. Tan pronto como se quitó la parte de arriba del pijama sonó un estruendo seguido de cristales

rompiéndose. Solo eso no le habría asustado tanto como oírla gritar en la planta inferior. Salió del dormitorio y bajó al salón prácticamente de un salto. No pensó en que podría hacerse daño si se caía, o que parecería un loco desesperado, lo único que le preocupaba en ese momento era ella y lo que había sonado. Şenay estaba en la pared del fondo, con el rostro completamente desencajado y, frente a ella, a los seis o siete metros que había de distancia de una pared a la otra, había una ventana rota por la que se colaba buena parte de las ramas de un árbol.

Corrió hasta ella y sujetándola por los hombros la hizo girar para comprobar que estaba bien.

—¿Te ha dado? ¿Estás bien?

—No. No estoy bien. Estoy muerta de miedo. Sé que esto es algo normal en la temporada de huracanes, y sé que todos están tan asustados como yo, pero antes vivía en un piso y me sentía protegida. Esto es... Esto...

Calvin trató de ignorar sus propios deseos de abrazarla y de decirle que todo iba a ir bien, intentó con todas sus fuerzas apartarse y dejar que el susto se le pasase solo, pero cuando se cubrió la cara y vio los puntos adhesivos que le había puesto la noche anterior no pudo resistirse. Se acercó un poco más a ella y la rodeó con los brazos, apoyándola contra su pecho desnudo y sintiendo como su calor le atravesaba por completo. Estaba seguro de que eso era un error pero no lo podía evitar.

—¿Te has cortado con los cristales? ¿Te ha dado la rama? —Ella negó con la cabeza y entonces él se apartó. Había creído que lloraba pero se sintió aliviado al ver que no lo hacía.

—He visto que se movía el árbol y pensaba que se iría contra el suelo. Me aterraba que entrases ahí y te aplastase. Solo quería comprobar si realmente caía. Pero ha venido directo hacia aquí.

—Por eso siempre se bloquean puertas y ventanas con tablones, Seni. Supongo que son cosas que irás aprendiendo con el tiempo.

—Sí. Supongo. —Sonrió al darse cuenta de que daba por hecho que se quedaría allí, en el rancho de su tío—. ¿Quieres saber algo bueno?

Él la miró con una ceja arqueada. Ese temporal también estaba siendo una de las peores experiencias que hubiera imaginado jamás y no entendía qué podía haber de bueno en ello, sobre todo viendo aquella rama invadiendo el salón, los cristales rotos del suelo o la ceja herida de ella.

—¿Algo bueno? —Ella asintió efusivamente.

—Tu coche ya puede ser remolcado y si tienes muchísimo cuidado, hasta

puedes entrar a por tus cosas a la cabaña.

Mirando hacia la ventana se dio cuenta de que ella tenía razón, el enorme tronco de secuoya reposaba en el suelo al lado de su casita. Sonrió ligeramente al pensar que podría recoger todas sus pertenencias y marcharse de allí, aunque fuera con el coche de ella y no con su Maserati.

La ayudó a recoger hasta la última viruta de cristal del suelo y acto seguido subió para vestirse. La ropa aún estaba algo húmeda, pero no le importaba, pronto podría cambiarse y ponerse algo seco.

Sin mediar palabra con ella salió al jardín y, peleando con el intenso vendaval, pudo entrar en la cabaña, pasando por encima de los cristales rotos de la puerta de la entrada. Por dentro todo estaba revuelto, como si el huracán se hubiera originado ahí mismo. Los cristales rotos de las ventanas hacían de alfombra, las astillas de los tablones que hacían de techo también se mezclaban en el suelo, en una amalgama peligrosa que invitaba a apartarse rápidamente de allí. Debajo de la cama podía ver su teléfono móvil, cuyo led de notificaciones parpadeaba, tal vez por las numerosas llamadas sin respuesta que debió tener a lo largo de la noche. De los restos del armario sacó su maleta y la llenó con algunas cosas que pudo recoger, luego se cambió por ropa seca y, esquivando escombros, salió nuevamente de allí. Entró en la casa de Şenay sin llamar, sabiendo que no iba a interrumpirla haciendo nada que no debiera ver y se acercó hasta la cocina, dejando la maleta junto a la mesa.

—¿Ya te vas?

—Solo si me prestas las llaves de tu coche. Prometo devolvértelo en perfecto estado.

—¡Claro! Están en el cenicero de la entrada.

Había estado tan confundida con la situación de las últimas horas que ni siquiera pensó que si Calvin se llevaba su coche estaría completamente aislada, sin electricidad, sin teléfono —cuya batería se había agotado hacía solo una hora—, y sin coche con el que irse de allí si pasaba algo.

—¿Por qué no te llevo a la ciudad? Puedes quedarte con tus padres o...

—Mis padres están en Hawai'i. Yo dejé mi apartamento, así que no tengo dónde ir.

—¿Y tu novio?

—El vive con unos compañeros. No puedo meterme en su apartamento sin más. Aquí estoy bien. No te preocupes.

Calvin miró la maleta a su lado y se giró para contemplar todo a su alrededor.

Şenay había arrastrado un mueble hasta la rama de aquel árbol, estaba completamente sola ya que nadie más vivía en aquel rancho salvo él y de pronto se sintió culpable por marcharse y abandonarla a su suerte. Ella sonreía, como siempre hizo hasta en el peor de los momentos, pero sabía que le aterraba la idea de estar sola.

—¿Te... Te importa si me quedo unos días? —No podía creer estar diciendo eso. ¿Quedarse con ella? ¿Juntos? ¿En esa casa? ¿En medio de un temporal que amenazaba con mover la construcción de sitio? Definitivamente estaba loco.

—¿Quedarte? Ehm... Yo...

—Olvídalo. Ni siquiera sé por qué he dicho algo como eso. Me voy.

Sin decir una palabra más la dejó, pensativa, en la cocina. Cogió las llaves del coche de Şenay del cenicero, y acto seguido peleó contra la puerta y contra el viento para ir hasta él. De pronto, antes de meter la llave en la cerradura, una mano bloqueó la suya. Ella lo miraba con los ojos entrecerrados, con el pelo alborotado por culpa del aire.

—No te vayas. —Pidió con ojos suplicantes.

—En realidad no quiero quedarme.

—Pero no quiero estar sola y si te vas... —No supo qué más decir. No tenía derecho a pedirle que se quedase, ni por el pasado, ni por el motivo por el que estaba ahí, ni por que no tenían relación siquiera de amistad—. No importa. No pasa nada. Ve. Pero ten mucho cuidado, ¿vale?

—Sí. Tendré cuidado, aunque sé que no te importa lo que pueda pasarme, que solo es por tu bonito coche —trató de decirlo como una broma, pero no sonó como él quiso y ella asintió torpemente con una expresión de lo más extraña.

Cuando ella se apartó, pegándose contra la pared para no ser arrastrada por culpa del viento, él abrió la puerta del conductor, lanzó la bolsa al asiento de copiloto y tras cerrar, arrancó el motor. No miró por el retrovisor para no verla, para no sentir que la abandonaba a su suerte, siguió conduciendo hasta la verja de la entrada, donde se detuvo al darse cuenta de que sin electricidad tendría que abrir la enorme puerta manualmente. No llegó a salir del coche, apretó el volante con ambas manos y maldijo internamente por lo que estaba a punto de hacer.

La petición de Calvin le había cogido desprevenida, sabía que estaba tan desesperado por irse que lo haría lloviera, tronase o aunque el temporal amenazase con partir la tierra en dos, pero no esperó que le pidiera que le dejase quedarse unos días. Cuando fue ella quien le pidió que no se fuera

sabía que se iría, ya le había dicho la noche anterior que no quería estar cerca de ella, que no quería que se llevaran bien. Observó cómo se alejaba en medio de la ventisca y pensó en la mala suerte que tenía al tener que sufrir un huracán en su primer mes en aquel rancho. De pronto la embargó una alegría indescriptible: Calvin no se marchaba. Corrió hasta el coche aún a riesgo que de no pudiera controlarlo y la atropellase y cuando frenó, abrió la puerta del conductor y tiró de él, sacándolo de ahí.

—No me quedo porque me lo hayas pedido —dijo de mala gana aun a sabiendas de que mentía—. La verja de la entrada no se abre sin electricidad. Ella ni siquiera lo puso en duda. Rodeó el coche y del asiento de copiloto sacó la bolsa en la que estaba la ropa de Calvin, luego fue hasta él y, sujetando su mano le guió hasta la casa. Corrió con la bolsa en la mano hasta el dormitorio y dejó sus cosas sobre la cama. Calvin se quedaba, lo que significaba no sentirse sola, sentirse protegida, sentirse segura. Tenerle ahí no era algo que hubiera podido imaginar al pisar el rancho la primera vez, su relación estaba lejos de ser buena y aunque habían hablado algo, había sido el tipo de conversación que hubieran tenido siendo auténticos desconocidos, pero eso era miles de veces mejor que estar sola.

Lo último que Calvin quería era estar cerca de ella más tiempo del estrictamente necesario. No la odiaba, estaba claro que no, el hecho de preocuparse por ella, de sentirse mal por ella y de molestarle la actitud extraña de su novio lo dejaba claro, pero no quería pasar tiempo con ella si era evitable.

Las ramas del árbol que había aplastado su cabaña sobresalían por encima del mueble que Şenay había puesto frente a la ventana, así que eso sería lo primero de lo que se ocuparía, además era necesario ya que por ahí se colaba no solo aire sino frío.

Durante todo el día el cielo había estado oscuro por lo que anocheció mucho antes de lo habitual. Şenay había empezado a sacar las velas para poder iluminar el salón cuando Calvin subió del sótano con un maletín bastante grande y voluminoso.

—Ven, ayúdame —pidió, caminando torpemente.

—¿Qué es esto? ¿De dónde ha salido?

—Del sótano.

Şenay llevó las manos a uno de los laterales del maletín mientras él sujetaba del otro lado.

—No sabía que hubiera sótano.

—¿No has mirado los planos?

—Los de la casa no. Solo los vi cuando fui al despacho del abogado. Acababa de recibir una de las peores noticias de mi vida y no...

—Todavía me cuesta creer que tu tío...

—A mí también.

Al ver que sus ojos se habían llenado de lágrimas se vio terriblemente tentado de soltar el bulto donde fuera y abrazarla, de darle todo el consuelo que necesitase, pero luego recordó que él no estaba ahí para eso, sino para obligarla a devolver la fianza o a marcharse. Conteniendo su instinto de protegerla de todo tragó con fuerza y siguió caminando hasta la mesita de madera que había frente a los sofás.

Calvin abrió los enormes cierres de plástico de aquel maletín y lo abrió.

—¿Qué es? —Preguntó Şenay extrañada.

—Nuestra salvación para esta noche. —Respondió, presionando un botón que hizo encenderse cuatro leds naranja que había en la parte frontal—. Esto es un panel solar —señaló—, y esto es una batería. No tiene carga completa, pero nos permitirá cargar las baterías de los teléfonos y las de los ordenadores. Además... —Hizo una pausa antes de seguir hablando y de un cajón que había en la parte trasera del maletín, sacó una bombilla que llevaba un cable y presionó el pequeño interruptor—. Y se hizo la luz. —La penumbra del salón se vio, de repente, iluminada por la potente luz de aquel bulbo blanco y Şenay sonrió ampliamente, aplaudiendo con las manos planas y sin hacer ruido—. Anda, trae tu móvil y tu portátil...

Del mismo modo que por la mañana y al mediodía, tuvieron que cocinar con velas y, después de una extraña pero deliciosa cena, se sentaron cada uno en su sofá, con sus aparatos enchufados al enorme maletín gris.

Ambos habían estado todo el día incomunicados, con los teléfonos apagados, a ella se le había agotado la batería durante la noche y a él durante la mañana, mientras escuchaba los cientos de mensajes de su contestador, ahora era el momento de ponerse al día. Mientras él escribía mensajes de respuesta Şenay llamó a Tucker. A pesar de no tener relación alguna, Calvin se removía incómodo en el sofá, la miraba de reojo mientras ella sonreía en plena conversación con su novio. Odiaba tener que escuchar cómo le contaba lo que habían hecho, lo que habían cenado... Como si tuviera que darle explicaciones a alguien que se había marchado esa misma mañana sin decir nada sobre esa llamada que no podía atender frente a ella. Resoplaba, molesto, cada vez que ella lo miraba, muerto de ganas por arrancarle el teléfono de las manos y

cortar esa llamada.

—¿Puedo pedirte algo? —Soltó tan pronto como ella dejó el móvil en la mesa, Şenay asintió con la cabeza—. No vuelvas a mencionarme. No vuelvas a pronunciar la palabra nosotros, o ninguna que nos incluya a ambos. Y menos aún con ese tipo. Me molesta. —Ella asintió nuevamente con la cabeza, sin decir nada—. Di algo.

—Ya te he dicho que sí, no sé qué más quieres que te diga. —Calvin volvió a resoplar y desvió la mirada a su móvil, dónde acababa de sonar un mensaje—. ¿Puedo preguntarte algo? —En vista de que Calvin no respondía habló—: No es asunto mío, pero ¿sales con alguien? —Era un tipo guapísimo, era imposible que no tuviera novia.

—Sí —respondió hosco—. Por supuesto que salgo con alguien. Ella es maravillosa, es alguien increíble que no se parece en nada a ti —soltó sin saber por qué había tenido que decir algo como eso. Acto seguido desconectó sus aparatos del maletín y se fue, subiendo por la escalera dando grandes zancadas.

Su intención de preguntarle aquello no era la de hacerle enfadar, solo quería decirle que era normal que hablase con su novio de lo que habían estado haciendo durante el día, no se habían visto y se había ido después de haber sabido que la noche había sido un caos.

Después de apagar la batería y de plegar el maletín fue a la cocina a por un poco de agua y, tras mirar la ventana rota en la que Calvin había trabajado todo el día subió por la escalera. Se detuvo frente a la habitación de él, con ganas de desearle buenas noches, sin embargo estaba completamente segura de que aquello aun le molestaría más, de modo que susurró mirando la puerta cerrada, y se metió en su cuarto con la certeza de que realmente la odiaba.



## Capítulo 6

### *Un miembro nuevo en casa*

Hacía una semana que el árbol había aplastado la cabaña de Calvin y que compartían casa, y el huracán que llevaba esos días azotando la zona había remitido casi por completo. Las ventiscas que amenazaban con derribar más árboles ahora solo eran rachas más o menos fuertes, pero no amenazaba la integridad de ninguno de los dos cuando iban o venían. La herida de su cara también se había curado por completo, por lo que eso también había vuelto a la “normalidad”.

La oscuridad de la noche se cernía sobre la ciudad, Şenay había pasado todo el día con Tucker pero se había hecho demasiado tarde y debía volver. A pesar de no querer separarse de él subió en su pequeño coche con reticencia y arrancó el motor, sintiendo como vibraba al ponerse en marcha. Sabía que esa noche iba a estar sola en el rancho, Calvin le había dicho que pasaría el fin de semana con su novia y no quería volver para no estar sola, pero no podía meterse en casa de sus padres sin más ellos seguían en Hawai'i y tampoco podía invadir el apartamento de su novio, no por él, claro, sino por los cuatro chicos con los que compartía piso.

Nunca le gustó conducir de noche, le aterraba que una persona se le cruzase y no la viese, o que fuera un animal quien se cruzase en su camino, y eso, precisamente fue lo que ocurrió a un par de kilómetros del rancho. Detuvo el coche a un lado de la carretera con el pulso tembloroso, no lo había

atropellado, ni siquiera le había dado un golpe, sin embargo se había asustado como si lo hubiera hecho. Bajó la ventanilla para que le diera el aire, pero al hacerlo escuchó lo que parecían los aullidos de un cachorro. Salió del coche sin pensarlo y, entrecerrando los ojos para tratar de ver, buscó al perro que se le había cruzado. A un lado, en el arcén, a solo unos metros de ella, había un perrito y, un poco más allá había otro, mucho más grande y que no se movía. Se acercó primero al cachorro, luego al grande, solo para comprobar que estaba muerto.

—Dios... ¿Es tu mami? —Preguntó, bloqueando al perrito para que no se acercase al cadáver.

Se acercó un poco más al perro adulto esperando que se moviese, esperando verle parpadear, o ver como su pecho se movía con una respiración, pero no se movió ni un milímetro. Sujetando al cachorro buscó su teléfono para llamar a la policía y que éstos se encargasen de llevarse el cuerpo para que nadie lo golpease nuevamente, que no lo pisasen.

—Buenas noches. ¿Es usted la persona que nos ha llamado? —Preguntó un uniformado al golpear la ventanilla de su coche.

Le habían dado instrucciones de no moverse y ahí se había quedado, obedientemente.

—Buenas noches. Eh... Sí, soy yo.

—¿El perro es suyo? —Preguntó el hombre, mirando al perrito que Şenay tenía en su regazo.

—No. Se me ha cruzado algo y al parar el coche lo he visto a él y luego a su madre ahí, donde está.

—Está bien. ¿Ha llamado a la perrera o lo llevará usted?

Şenay miró al cachorro, un animalito de no más de un mes, con la expresión más tierna del mundo y con un enorme parecido a la perra muerta del arcén: Alaska Malamute.

—No sé... —No tenía ni idea de qué hacer, pero llevarlo a una perrera era demasiado inhumano—. Esta noche lo puedo llevar a casa. ¿Puedo decidir mañana qué hacer?

—Si se lo lleva sí. Si no quiere hacerse cargo del animal, podemos hacerlo nosotros. Aquí no puede quedarse.

—No. Está bien. Me lo llevo. —El perrito la miró directamente a la cara, como si supiera lo que había dicho.

—Bien. Nosotros nos encargamos de todo aquí. Puede seguir su marcha.

Şenay soltó al perrito en el asiento de al lado y después de mirar por el

retrovisor lamentándose por el perro muerto, continuó su regreso a casa.

Esa noche Calvin iba a dormir con su novia en la ciudad, por lo que al llegar no encontró su todoterreno. Aparcó el coche en el mismo sitio de siempre y miró al perrito, quien se movía inquieto en el asiento. En realidad, no tenía ni idea de lo que iba a hacer con él, llevarlo a una perrera era obvio que no, no era tan desalmada como para hacer algo así, pero tampoco había pensado en tener un perro, no cuando ni siquiera ella sabía si iba a poder permanecer allí. Antes de salir del coche cogió al cachorro y, envolviéndolo con su propia chaqueta para que no tuviera frío, corrió hacia la casa con él pegado a su pecho.

—¿Y ahora qué hacemos? —Dijo soltándolo sobre la alfombra de la entrada —. Estás lleno de barro... ¿Puedo bañarte siendo tan chiquitín?

Observó al animalito olisqueando todo a su alrededor y se sintió mal por lo que le había ocurrido a su madre. Desconocía si la perra tenía casa, o si había más cachorros. De pronto se sintió mal por pensar que hubieran podido ser más perritos y que ella se había llevado a uno dejando al resto allí. El cachorro se movió cerca del sofá y al rozarse con una de las mantas que había en el respaldo ésta se cayó, asustando al animal y provocando que corriera asustado. Şenay se echó a reír y se acercó a por él, levantándolo del suelo y estrechándolo contra su pecho justo después. Tranquilizó sus propios pensamientos saber que, al menos, había hecho algo bueno por él, a diferencia del desalmado que había matado a su madre.

Calvin no tenía ni la más remota idea del por qué, pero cuanto más tiempo pasaba en el rancho, menos le gustaba el bullicio de la ciudad, las idas y venidas, la falsedad de la gente que le rodeaba —incluyendo a su familia—. No sabía si era por estar aislado de todo, si era por la calma total que había allí, no sabía si era por el contacto con la naturaleza o si era por ella, por Şenay.

Había comido con sus padres, con sus hermanos, sus cuñadas y sus sobrinos, detestaba esas reuniones en las que todos actuaban superficialmente, competitivamente. Hasta los niños se comportaban entre ellos con rivalidad en lugar de salir al jardín a jugar. Había tenido que escuchar todo tipo de comentarios petulantes: “yo soy”, “yo tengo”, “yo, yo, yo...”. Podría decirse que ese era su mundo, donde había nacido, donde había crecido, pero cuanto más en contacto estaba con ese ambiente, más lo detestaba. A su padre nunca le importó en exceso como fuera, lo que le gustase o lo que quisiera hacer, su

destino, al igual que el de sus hermanos, era seguir el legado de la familia y, a pesar de un pequeño tropezón en el pasado, ahora estaba encauzado en el camino que él quería.

La tarde había sido mil veces mejor, había paseado con Lindsay, habían estado en el cine, y habían cenado en uno de los mejores restaurantes de la metrópoli. Había ido a la ciudad con la intención de pasar el fin de semana con ella, pero a medida que pasaban las horas algo dentro de él iba impacientándose. Lo peor fue cuando, de pasada, vieron a Tucker, solo.

—Creía que ella también pasaba los fines de semana en la ciudad... —  
Murmuró Lindsay desde el asiento de copiloto.

—Yo también pensaba que estaría con él. —Soltó, con fingido desinterés.

—Tiene que ser aterrador vivir sola, tan lejos de la civilización...

Y seguro que lo era. Él no había sentido miedo ni una sola noche desde que estaba allí, ni cuando se mudó a una cabaña de madera a un jardín, ni cuando un huracán azotó el rancho e hizo que una secuoya aplastase su casita y su coche... no había tenido miedo porque no estaba solo, sino con Şenay, pero cuando él no estaba, ella estaba completamente sola. Además, sabía, con certeza, que Tucker no había pasado ni una sola noche en el rancho, lo que aún debía resultar más solitario para ella.

Sin decir una palabra, condujo hasta el apartamento de Lindsay, quien creyó que pasaría la noche con él. Contrario a lo que pensó, Calvin se detuvo en la puerta de la entrada sin llegar a atravesarla.

—¿Qué pasa? ¿No subes? —Preguntó Lindsay un tanto confusa.

—No, esta noche no... Voy a... Creo que voy a volver al rancho.

Lindsay asintió con resignación. Calvin era una persona responsable, y estaba segura de que tenía motivos de peso para dejarla sola e irse a un lugar en el que ella creía que estaba a desgana y por la fuerza. Tras una despedida leve Calvin emprendió su “vuelta a casa”.

Sonrió levemente al llegar y ver las luces de la casa encendidas y el coche de Şenay en el sitio de siempre. Entró pensando qué decirle si le preguntaba la razón por la que no estaba en la ciudad, pero se quedó perplejo al verla con un perro en brazos.

—¿Esto qué es? —Preguntó ceñudo, adentrándose en el salón.

Se había mantenido distante desde que se enfadó cuando le preguntó si tenía novia. No tenía como justificar su mal humor, sobretodo porque ella no había tenido malicia alguna en nada de lo que había hecho, ni siquiera cuando le

echó de la casa en medio del temporal, la había ofendido y tenía justificación. No había sabido como disculparse por su carácter y eso le había llevado a evitarla.

—Es un perro, ¿no puedes verlo?

—Sí, claro que puedo verlo. No soy ciego. Pero...

—Han atropellado a su madre. La policía iba a enviarlo a una perrera.

Calvin se acercó a ellos mirándola de reojo y tomó la cara del cachorro entre las manos tratando, en vano de no sonreír, no solo era pequeño, además era simpático y tierno.

—Es precioso. Has hecho bien de traerlo —Şenay sonrió feliz por la afirmación—. ¿Verdad, perrito?

—Pensaba que estabas enfadado y que pasarías el fin de semana en la ciudad.

—Yo también lo pensaba, pero sabía que tu estarías aquí y no quería que estuvieras sola —confesó sin mirarla.

Aquella afirmación hizo que Şenay sintiera un cosquilleo en el estómago, una sensación que conocía bien y que, a pesar de su idílica relación con Tucker, solo había sentido con él.

—Gracias.

Calvin la miró un segundo con intención de preguntarle si había bañado al perrito, pero se dio cuenta de que ella miraba al animalito con las mejillas llenas de color. Sin querer le vino a la mente cuando se conocieron y recordó, sin querer, que fue esa misma expresión la que, por primera vez en su vida, aceleró su corazón. De pronto se sintió repentinamente nervioso y desvió la atención al cachorro pensando que haber dejado a Lindsay sola en la ciudad para volver al rancho con Şenay había sido un error, un grave error.

El perro parecía estar limpio, de hecho, olía igual que lo hacía ella cuando bajaba por las mañanas, por lo que dedujo que si le había perfumado, debía haberle lavado.

—¿Le vas a poner un nombre? ¿Te lo vas a quedar?

—Creo que sí. Solo lleva conmigo una hora y ya lo adoro —sonrió—. En cuanto al nombre... Me gusta Bruce.

—Bruce... Parece un nombre fuerte, seguro que será un gran perro. ¿Dónde va a dormir?

—No lo sé —respondió alzando los hombros—. No he pensado tanto. Aun no encajo lo que ha pasado, por lo que está aquí...

—¿Puede dormir conmigo? —Preguntó Calvin. Su expresión era como la de un niño con un juguete nuevo, lo que le hizo reír.

—No sé...

—Vale, pues no se hable más. Pasará una noche con uno y la otra con el otro.

Para sorpresa de Şenay, Calvin cogió al perrito en brazos, lo llevó contra su pecho y tras mover la patita del cachorro a modo de despedida, se dirigió a la escalera. Ella no pudo evitar echarse a reír por la escena. Calvin tenía momentos en los que era un tipo, agradable, tierno y hasta simpático, y momentos en los que era un auténtico ogro irascible, refunfuñón y antipático. En el pasado siempre fue una persona digna de amar, no por su aspecto, sino por su carácter: abierto, divertido, sincero, siempre fue un chico atento y cariñoso, luego añadió al cóctel algo de madurez, de seducción y de romanticismo. Después de haberse encontrado y de convivir esos días pensó que el viejo Calvin había desaparecido, pero bajo esa careta de tipo malhumorado seguía siendo el mismo, estaba segura. Rió por el gesto infantil y asintió con la cabeza.

La noche prometía ser solitaria y aburrida al despedirse de Tucker, sin embargo, a pesar de la desgracia de ese pobre animalito, la situación había dado un giro interesante.

Al entrar en el dormitorio Calvin hundió la cara en el pelo del cachorro antes de soltarlo sobre la cama, le encantaba que oliera como ella.

—Dios mío, pero que mono eres —le dijo, con un tono de voz suave. El perro movía la cola y giraba la cabecita de lado a lado como si tratase de entender lo que le estaba diciendo.

Se estiró sobre el colchón y llamó al cachorro que, dando pasos torpes, se colocó a su lado. Éste se echó estirando las patas hacia atrás y, moviendo la cola apoyó la cara en las patitas delanteras. Calvin no pudo evitar cogerlo, pegarlo a su pecho y achucharle. Nunca había podido tener animales en casa, ni un gato ni un perro ni nada, su padre lo encontraba una obligación innecesaria y un gasto de tiempo estúpido. Sonrió tan feliz como un niño con juguete nuevo, apoyando la cabeza en la almohada y notando como el cachorro se dormía sobre él.

Paseaba por la terraza que unía las dos habitaciones con el cachorro pegado a su pecho, sintiendo la brisa, viendo el mar de fondo y pensando en lo hermoso que era aquel lugar, en lo mucho que quería Henry a su sobrina. Habían tenido una relación tan cercana que eran como los mejores amigos, como hermanos... Ella era como una hija para él y, en cierto modo, alguna vez sintió celos de aquel estrecho vínculo, él nunca tuvo una relación parecida ni con sus tíos, ni

con sus padres ni con sus hermanos, quien lo habían visto como un rival para la sucesión de su padre.

En un momento, por el rabillo del ojo pudo ver a Şenay en su dormitorio a través del enorme ventanal. No tenía intención de mirarla, de espiarla, y menos aún de hacerlo tan descaradamente, pero tenía las cortinas abiertas y la vio estirada en la cama, boca arriba, presionando los cascos contra sus orejas y sonriendo como una tonta. Tenía los ojos cerrados, como si disfrutase enormemente de lo que estaba oyendo y, además, movía los pies al compás. De pronto se puso en pie y después de dar un par de vueltas con los brazos extendidos, empezó a bailar. Calvin no quería mirarla, pero tampoco podía apartar la vista de ella. En un momento, entre giro y giro vio que él estaba en la terraza, puso cara de terror, como si le hubiera pillado infraganti haciendo algo indebido, y corrió a correr las cortinas, diciendo algo que no logró entender a través de los cristales. Calvin se echó a reír negando con la cabeza y se apartó de allí dándose la vuelta. Regresó a la barandilla de troncos sin poder borrar la sonrisa de su cara.

A la hora de la comida Şenay aún no había salido de su cuarto, estaba terriblemente avergonzada porque Calvin la hubiera visto bailotear en su habitación. Durante la mañana no había salido para nada, pero ahora llamaba a la puerta y no podía decirle que no estaba. Abrió tratando de no ruborizarse y se apoyó en el marco.

—¿Hay algo concreto que te apetezca comer? —Preguntó, sin hacer mención alguna a lo sucedido horas atrás.

—No estoy segura... No sé si tengo apetito —trató de justificar el no bajar pero su estómago rugió sonoramente, destapando su mentira.

—Anda vamos. —Calvin sujetó su mano izquierda y tiró de ella hasta las escaleras—. Después de comer puedes esconderte de nuevo si quieres.

Después de abrir la nevera y los muebles de la cocina decidieron preparar una pizza.

Amasaron la base, cortaron y lavaron ingredientes en completo silencio, pero después de meterla en el horno, Şenay se dio cuenta de que Calvin la miraba y sonreía.

—¡Vale ya! ¿De qué te ríes tanto? —Preguntó avergonzada, tan colorada como un tomate.

—De ti. ¿Sabes que te he visto bailar más veces? Solías bailar cuando pensabas que nadie te veía, pero muchas veces no estabas sola y yo disfrutaba viéndote.

Şenay se cubrió la cara con las manos y Calvin no dudó en acercarse y, sujetándola por las muñecas, apartárselas. De pronto se dio cuenta de que estaba demasiado cerca y se separó despacio.

—Tranquila, guardaré tu secreto. No le diré a tu novio que bailas fatal —rió. Ella le dio un manotazo en el hombro y lo empujó antes de darse la vuelta y darle la espalda.

Odiaba llevarse bien con ella, pero cuando estaban cerca era algo que no podía evitar. A pesar de haberle hecho el daño que le hizo, no podía odiarla, y lo peor era que no sabía por qué.

Al sonar la campanita del horno que avisaba que su comida estaba lista lo dispusieron todo en la mesa para empezar a comer.

—¿Sabes? —Empezó Calvin, rompiendo el silencio que se había hecho entre ellos—. Nunca imaginé que vivir a las afueras de la ciudad resultase tan...

—¿Renovador? —Sonrió ella.

—Sí, no sé... Es como vivir en otro mundo. No echo de menos el barullo de las calles, ni el ruido de los coches. No echo de menos escuchar a la asistenta llamar a la puerta para avisarme de que el desayuno está listo...

—Yo echo un poco de menos a la gente.

—Estoy yo.

—No me refiero a eso. —Sonrió.

—Lo sé. No sé por qué he dicho eso. —Dijo, fijando la mirada en su plato—. Siempre te ha gustado observar a los demás, oírlos hablar, aunque no te importase lo que dijeran. Siempre te ha gustado mirarlos, como si estuvieras en una burbuja y ellos no pudieran verte a ti. También lo hacías conmigo.

—A ti te observaba más que a nadie —confesó—, porque eras mi inspiración, porque solo con mirarte me hacía creer que podía lograr cualquier cosa que me propusiera. —Carraspeó después de decir eso, arrepintiéndose por haber dicho en voz alta algo que siempre había guardado en su corazón—. Lo siento. No sé por qué he dicho eso.

—No te preocupes —murmuró Calvin, mirando la línea de sus hombros, sintiéndose repentinamente inquieto.

El silencio volvió a instalarse entre ellos, pero Calvin no quería que se convirtiera en un ambiente tenso e incómodo.

— ¿Has estado en el otro lago? —Preguntó, levantando la mirada y fijando la vista en esos enormes ojos azules que tanto había anhelado volver a ver.

—No. Hay mucho que no he visto todavía. El abogado me dijo que se necesitaban al menos tres días enteros para verlo, sin contar con las dos



reservas, donde es evidente que no se puede ir...

—¿Te apetece ir a verlo? —Şenay lo miró dubitativa sin saber muy bien qué responder a la repentina propuesta—. Puedes decirle a tu novio que venga si quieres.

—Está bien, vayamos. No hace falta que llame a Tuck, supongo que no vas a comerme —sonrió, haciendo que Calvin se arrepintiese por proponerle algo como aquello—. ¿Cuándo quieres ir?

—Esta tarde tengo que revisar unos e-mails... Mañana tengo unos asuntos que atender en la ciudad y probablemente vuelva tarde.

—Yo también tengo cosas que hacer mañana. ¿Vamos a verlo antes de la cena? Aún hará sol.

—Hecho.

Calvin sonrió de medio lado y tras terminar de un bocado el contenido de su plato se levantó. Tal vez era un error ir con ella al lago, era un error pasar más tiempo del necesario en su compañía, pero ella estaba sola en aquel rancho y tenía la extraña necesidad de estar a su lado todo el tiempo.

Necesitaron conducir durante más de media hora, por una carretera de tierra sin asfaltar. Era un camino amplio y cuidado, sin baches ni desniveles y bastante lineal, pero agradecieron poder ir en el enorme coche de Calvin. Al llegar a una señalización de madera: varias flechas clavadas en un palo en la que indicaban una de las reservas a treinta kilómetros desde ese punto hacia la derecha y el lago a ciento veinte metros desde ahí hacia la izquierda, decidieron dejar el coche ahí mismo, el camino desde ese punto era bastante angosto, además había que adentrarse entre una espesa arboleda por la que había un camino que solo permitía ir de a uno. Ir en coche era imposible. Calvin decidió ir delante.

Al llegar, ambos miraron a su alrededor completamente sorprendidos, con los ojos abiertos como platos y observándolo todo atónitos.

—Dios mío... ¿Tú lo sabías? —Preguntó, él sólo negó con la cabeza, alucinando del mismo modo que lo hacía ella.

El lago, que imaginaron sería como el otro, era en realidad al menos diez veces más grande, tenía incluso un embarcadero con un par de barcas. Las aguas turquesas y cristalinas permitían ver los peces e incluso su sombra.

Estaba atardeciendo y la estampa no podía ser más bonita.

—Esto es más de lo que hubiera podido soñar... —Dijo tratando de no emocionarse.

—¿Quieres subir en la barca? —Propuso Calvin señalando la barcaza.

Bajaron por una escalinata de troncos que daba a la orilla del lago y caminaron lentamente hasta el embarcadero. Desde arriba las vistas eran impresionantes, pero desde abajo no perdía belleza. El lago tenía rocas inmensas, podían verse troncos en el fondo del lago, incluso alguna hoja de arce que de alguna manera había terminado en el fondo en lugar de flotar.

—Esto es precioso.

—Lo es.

Calvin aflojó el nudo de la cuerda que mantenía la barca amarrada en el embarcadero y la atrajo, bajando al bote y estirando una mano para ofrecerle ayuda a Şenay. Ella no lo dudó, tomó su mano y se apoyó en él antes de sentarse en un pequeño travesaño que hacía de asiento. Los remos eran fijos.

Si había un lugar en la tierra al que pudiera llamársele “paraíso” ese era el rancho, y especialmente ese lago.

Remaron lentamente, en silencio, deleitándose con el sonido de la naturaleza, del sonido del agua al desplazarse sobre ella, deleitándose con aquellas maravillosas vistas, con el olor... Pronto, su gozo se vio interrumpido por un crujido y la madera que había bajo sus pies empezó a cambiar de color.

—¿Nos estamos hundiendo? —Preguntó ella.

—No lo sé, pero creo que será mejor que demos la vuelta. Además, empieza a estar todo demasiado oscuro...

Şenay se colocó al lado de Calvin para ayudarlo con uno de los remos, pero justo al sentarse sobre la tabla la barca crujió de nuevo. Ésta vez empezó a verse brillar la humedad de las tablas, lo que les indicó que, si no se daban prisa, esa barca terminaría siendo una decoración más del fondo de aquel maravilloso lago y que ellos terminarían llegando a la orilla a nado.

Empezaron a remar a toda prisa, al compás, pero el agua empezó a entrar por una grieta.

—Creo que...

—¡No digas nada! —Pidió ella, a punto de ponerse a reír por la situación—. Solo rema.

Al llegar a la orilla el agua les llegaba por las rodillas y, tan pronto como bajaron en el embarcadero, el bote se hundió del todo, bajando lentamente hasta el fondo.

—Ha estado cerca... —Suspiró ella.

—Si, pero estamos empapados. Vamos a llegar al coche muertos de frío.

—Y llenos de barro... Me alegro de no haber venido en mi coche... —Rió ella.

—Ja, ja, ja, qué graciosa —respondió él antes de echarse a reír de verdad. Prácticamente ya no se veía nada, por lo que con un gran esfuerzo, lograron llegar a la escalera, y de ahí al coche.

Aún faltaban algunos meses para el verano, pero las temperaturas eran templadas algunas noches y aquella era una de ellas, a pesar de eso, ir empapado no ayudaba en nada.

Al bajar en la entrada de la casa —media hora más tarde—, Şenay corrió a coger y abrazar al perrito, que lloraba de felicidad al verla, Calvin la miró con una sonrisa, sintiéndose tan emocionado que se descubrió a sí mismo caminando hacia ella, tentado de abrazarla y de besarla, pero de pronto, sus pies se quedaron clavados en el suelo al escuchar la voz de Tucker.

—No sabía que teníais un cachorro... —Dijo el arquitecto estrechándola entre sus brazos.

—Lo tengo desde ayer. Atropellaron a su madre y..

Tucker reparó en que los dos llevaban los bajos de los pantalones empapados y no dudó en preguntar. Antes de que ella pudiera responder Calvin se acercó a ella, le quitó al cachorro y tras una mirada furibunda, entró en la casa, dejándolos atónitos por la reacción. Tucker señaló con un interrogante dibujado en su cara, pero Şenay levantó los hombros, respondiéndole con ese gesto que no tenía ni idea de lo que le pasaba.

—A veces actúa así...

—Supongo que se siente incómodo aquí, por eso de presionarte por lo del dinero.

—No lo sé... No me lo ha mencionado demasiado.

—¿Puedo hablar con él? —Şenay sonrió y asintió con la cabeza, suponiendo que lo que trataba de hacer era hablar con él y hacerle sentir un poco menos incómodo.

—Estará en su cuarto. En la habitación..

—De la derecha —interrumpió con una sonrisa.

Se acercó a ella, puso una mano en su nuca y la atrajo para darle un beso en la frente, luego entró en la casa y tras atravesar el salón y subir las escaleras, llamó a la puerta de la derecha. Calvin no respondió de inmediato por lo que volvió a llamar.

Cuando Calvin le abrió, su expresión era un poema, esperaba que fuera Şenay, pero a quien se encontró de frente no era ni más ni menos que su novio.

—¿Puedo entrar un momento? —Preguntó en voz baja.

Calvin miró al pasillo pensando que ella estaría ahí, pero no había ni rastro. Se apartó ligeramente y abrió la puerta, creyendo que le diría que no se acercase a ella, que la dejase en paz, que volviera a mudarse a su cabaña del jardín y que se olvidase de excursiones con su novia, pero lejos de lo que imaginó, Tucker entró y empujó la puerta para cerrarla. Del bolsillo interno de su americana sacó un sobre, luego se lo ofreció con una sonrisa dibujada en el rostro.

—¿Esto qué es?

—Son cincuenta mil dólares. En un par de semanas cobraré un par de trabajos y podré darte el resto. Así Şenay ya no te deberá nada y el rancho podrá ser completamente suyo, sin deudas. —Calvin miró el sobre con el ceño fruncido.

—No. No voy a aceptar este dinero. Es ella la que ha recibido una herencia con cargas y es ella la que tiene que devolver ese dinero, no su novio.

—Vamos Calvin. Ella no va a aceptar que yo le dé ese dinero y no puede perder este rancho. Lo que ella gana no le va a permitir poder pagarte, y en el banco, a sabiendas que no podría afrontar el pago, solo se han interesado en la finca.

—Eso no es asunto mío. Pero no voy a aceptarte el dinero. Es ella la que debe pagarlo y es de ella de quien lo voy a coger.

Calvin puso una mano en su pecho con el cheque y se apartó de él, cogiendo en brazos al cachorro y dejándose caer contra la cama con actitud desinteresada. Tucker miró a Calvin sin saber cómo hacerle entender que lo hacía por ella pero entendió rápidamente que no iba a poder convencerle de que lo aceptase porque, al parecer, él al igual que su padre, estaba interesado en el rancho y no en el dinero.

## Capítulo 7

### *Me acuerdo de aquellas noches*

La temperatura era templada aquella noche y el cielo estaba tan despejado que podía verse incluso la vía láctea sin ningún problema. Hacía rato que Calvin no andaba por allí y pensó que se habría ido a la ciudad, o que estaría en su habitación. La última vez que habían reído juntos, la última vez que habían hablado sin tiranteces y la última vez que parecía realmente cómodo en su compañía había sido días atrás, cuando fueron al segundo lago, pero después de regresar volvió a ser el tipo hosco y malhumorado que había sido al principio, a tal punto que iba y venía sin decir nada, como si ella no viviera allí o como si fuera invisible. Sola y sin nada que hacer decidió disfrutar de la noche, así que de la nevera sacó unas latas de cerveza y tras coger una manta salió a la parte trasera de la casa, donde días atrás había instalado una hamaca para poder disfrutar del aroma del enorme campo de lavanda que se extendía varios cientos de metros a unos metros de la casa.

—¡Calvin! —Exclamó sorprendida al encontrarle allí—. Pensaba que no estabas.

—Hoy me apetecía quedarme. No quería conducir de ida y de vuelta.

Şenay se cubrió los hombros con la manta y se sentó a un par de metros de él, en un tronco retorcido y sinuoso que hacía de banco.

—¿Cerveza? —Preguntó ofreciéndole una lata, Calvin la aceptó sin decir nada.

Eran pocas las veces que el silencio entre ambos resultaba agradable, normalmente el silencio era fruto de un enfado de Calvin. Esa noche había desaparecido sin decir nada.

—Me acuerdo de aquellas noches en las que íbamos a la playa para ver las estrellas —murmuró, pero ella no dijo nada—. Recuerdo cuando señalabas en una dirección y en otra diciéndome nombres de constelaciones, contándome las leyendas que te inventabas con la excusa de besarme. —Al ver que no decía nada se giró hacia ella.

A pesar de estar a oscuras pudo ver su expresión triste y le tentó preguntarle por qué le había dejado, por qué lo hizo como lo hizo, por qué había tenido que destrozarse sus sueños e ilusiones de aquel modo, pero aquel no era momento para discutir, no era el momento de escuchar sus razones, después de seis años aún no estaba preparado para oír sus motivos.

—Nunca me olvidaré de aquello... —respondió ella, dio un largo sorbo de su lata y tras soltar un profundo suspiro se puso en pie. Le echó la manta por encima de las piernas y un segundo más tarde se alejó de allí—. Buenas noches, Calvin.

—Buenas noches... —Susurró él cuando ella desapareció al entrar en la casa. Puede que ella no hablase del pasado, que pareciera que no le importaba, que le daba igual, pero le dolía tanto como a él o incluso más, y era peor desde que él estaba cerca de ella. Cada vez que Calvin mencionaba algo del pasado se le rompía el corazón y esa vez no era la excepción. Entró en la casa con un nudo en la garganta y después de un par de respiraciones profundas subió a su habitación. La noche era perfecta para disfrutarla a la intemperie, pero Calvin había estropeado el buen ambiente.

Miró las estrellas desde el ventanal de su habitación y luego, simplemente, se metió en la cama.

Él no tenía ni idea de que Şenay saldría a ver las estrellas esa noche, pero al verla no pudo evitar sentirse nostálgico. Qué diferente serían las cosas si su relación no hubiera terminado como lo hizo... Resopló por pensar nuevamente en eso y, frustrado, se puso en pie, cogió al perrito en brazos y se dirigió a su habitación, donde se estiró en la cama con el móvil en la mano.

Apenas hacía tres horas que habían entrado, tres horas desde que Şenay se metiera entre las sábanas y tres horas desde que dormía plácidamente. De pronto la puerta de su dormitorio se abrió estrepitosamente y Calvin entró dando unos gritos que no logró entender. Sin siquiera ser capaz de reaccionar

ante lo que estaba pasando, él sujetó con fuerza una de sus manos y tiró de ella, arrastrándola fuera de la cama.

—Dios, Calvin ¿Qué pasa? —Preguntó somnolienta.

—Un incendio. Se está quemando la habitación.

—¿Como? —Preguntó despertándose de sopetón— ¿Que se está qué?

—Quemando, ardiendo, que está en llamas.

Şenay tiró de su propio brazo y se soltó de su agarre, corriendo hacia la habitación de Calvin para comprobar que lo que decía era cierto. Y lo era. Tan pronto como abrió la puerta el intenso calor le golpeó en la cara. Calvin la apartó hacia atrás, rodeando su cintura con un brazo y cerró la puerta.

—¿Quieres morir abrasada?

—Hay que apagar ese fuego.

—He llamado a los bomberos.

—No llegarán a tiempo. —Sin pensarlo dos veces se soltó de su agarre, corrió hacia a su cama, tiró de una de las mantas y fue hasta el baño—. ¡Ayúdame!

Calvin no hizo ademán de moverse, por lo que, como pudo, levantó la enorme y pesada manta empapada y corrió de vuelta al dormitorio en llamas. Con esfuerzo lanzó la prenda hacia la mesilla, sofocando las flamas casi instantáneamente. Con cuidado de no quemarse, pues la tela estaba caliente, la lanzó de nuevo, ahora contra la cama. Esta vez no hubo suerte y el fuego no se apagó, así que corrió nuevamente a mojar la prenda, de regreso Calvin seguía ahí, plantado frente a la puerta como un pasmarote. Şenay lanzó con esfuerzo la manta contra el colchón, esta vez parte de las flamas se apagaron así que probó de extender la prenda en su totalidad. De pronto apareció Calvin a su lado. Para su sorpresa llevaba el edredón, también chorreando y, colocándose en el lado opuesto de la cama, lo lanzó contra las llamas que ardían en la almohada. Extinto también el fuego de la cama corrieron a las cortinas, ésta no solo ardía violentamente, también desprendían un humo negro que amenazaba con asfixiarles rápidamente. Ella trató de tirar la prenda hacia arriba, pero no logró mucho, Calvin era más alto, así que la apartó rápidamente y, extendiendo los brazos con la tela empapada. Se pegó contra la ventana. Parte de la cortina se desprendió del resto y ardió en el suelo mientras él trataba de mojar lo que quedaba.

Tras unos minutos angustiosos, lo único que quedó en aquel dormitorio fueron unos muebles quemados, techo y paredes ennegrecidos por el humo y el suelo encharcado desde un dormitorio al otro.

Ambos observaban, desde la puerta, lo poco que la luz alcanzaba a iluminar a

través del humo que aún permanecía flotando en el aire, pero Calvin no quiso seguir mirando. Presionó el interruptor, dejando a oscuras el cuarto y, acto seguido, cerró la puerta.

Llevó una mano a la de Şenay y tiró de ella hasta la planta inferior sin fijarse en sus atuendos. Él llevaba el torso desnudo y ella solo llevaba una camiseta gris de tirantes que le cubría hasta los muslos.

—¡Oh Dios mío! ¿Y el perro? —Preguntó corriendo hacia la escalera para subir a buscarle, pero Calvin la rodeó por la cintura para frenarla, luego la soltó inmediatamente.

—Lo llevé a la cabaña cuando empezó el fuego. Está a salvo. ¿Te has hecho daño? ¿Te has quemado? —Preguntó mirándola detenidamente en los brazos y en las piernas. Ni siquiera se dio cuenta de lo que vestía.

—Estoy bien. Solo me arde un poco aquí —respondió ella, cubriéndose el dorso de su mano derecha—. Pero no es nada. ¿Tú estás bien?

—Sí. Un poco nervioso aun, pero bien. ¿Dónde te duele?

—No me duele. Solo lo siento caliente.

Calvin tomó sus manos entre las suyas y se fijó en el lugar del que se quejaba. Tenía la piel enrojecida y brillante. La miró un momento a los ojos y se apartó de ella. Buscó el botiquín que ya había usado con anterioridad y buscó alguna crema para quemaduras. Tras comprobar la fecha de caducidad fue hacia ella, obligándola a sentarse en el sofá.

—Todo a tu alrededor es un caos. —Bromeó—. Tu cabaña se hunde en tu primera semana aquí y ahora esto...

—Mi vida se puso del revés por tu culpa. Todo se torció de esta manera desde que me dejaste.

—¿Todo? —Calvin no añadió nada más. Extendió la crema para quemaduras sobre su mano cuidadosamente y se levantó, cerrando el botiquín sin mirarla

—. Lo siento. Pretendía que fuera un comentario gracioso.

—¿Gracioso? De no haber podido sofocar las llamas...

—No habría pasado nada. Habríamos salido fuera, habrían llegado los bomberos... Solo ha sido un dormitorio y tú estás bien, solo un poco asustado.

—¿Por qué te lo tomas todo tan a la ligera?

—No me lo tomo a la ligera. Es solo que no ha pasado nada. No le veo sentido a correr por ahí haciendo aspavientos y gritando que se ha quemado una habitación. ¿Podría haber sido serio? Sí, claro que sí, pero no lo ha sido, y tú estás bien. Eso es lo que importa.

—Lo que tú digas.



Le miró mientras se alejaba con dirección a la cocina y dejó ir un suspiro. Se había asustado, claro que lo había hecho, y mucho, pero gritar, llorar y correr de un lado a otro en medio de un ataque de nervios no habrían hecho sino empeorar la situación. Lo más sensato era hacer lo que había hecho, haber actuado en lugar de esperar a unos bomberos que aun diez minutos de haber sofocado las llamas, aún no habían llegado. De haber dejado el fuego avanzar, probablemente ahora no solo sería un dormitorio, sino la planta de arriba entera y quizás también la buhardilla.

—Lo siento —se disculpó él, para sorpresa de Şenay, sentándose a su lado en el sofá—. Tal vez me he excedido. Has hecho bien y yo te he atacado sin razón.

—No te disculpes. Empiezo a acostumbrarme —sonrió—. Eso sí, tendrás que ayudarme con ese dormitorio.

—¿Como?

—No pretenderás que se quede así, ¿no?

—¿Y qué quieres que haga?

—Tú lo has quemado. Tendrás que ayudarme a dejarlo como estaba. Pintura, muebles nuevos... —Antes de que abriera la boca para negarse prosiguió—. Tendremos que limpiar primero las manchas de humo.

—Llama a una empresa de...

—Yo tengo manos, ¿sabes? Y me consta que tú también —sonrió, acercándose a él y levantando una con los dedos en sus muñecas. Cuando se dio cuenta de que estaban demasiado cerca y demasiado desnudos se apartó, tirando de una de las mantas y cubriéndose con ella.

Calvin carraspeó al darse cuenta de lo mismo que ella y también se apartó un poco hacia atrás, tirando de otra de las mantas para ponérsela sobre los hombros.

Su muslo derecho asomaba por un lado de la manta, su piel tersa y brillante le tentaba a posar en ella la mano y acariciarla como tantas veces hizo, pero se contuvo, él tenía en su vida a Lindsay y ella... Ella salía con otro. Desvió la mirada y la fijó en la ventana. Por el cristal de la inmensa vidriera podía ver el reflejo de prácticamente todo el salón, incluidos ellos en el sofá. Inconscientemente sus ojos la buscaron a ella y a la piel de su muslo, y su mente, cansada del trasiego del día, empezó a jugar con él.

No supo cuánto tiempo había estado deleitándose con aquel espejismo. Parpadeó pesadamente, como si hubiera estado dormido con los ojos abiertos y después la miró. Şenay dormía, recostada en el reposabrazos, con el torso

destapado y las piernas a medio cubrir por la manta. El dormitorio que se había quemado había sido el suyo, no el de ella, por lo que, dejar que durmiera en el sofá le pesaría en la conciencia, así que la llevaría a su cuarto. Se levantó, dejando la manta en el asiento y acto seguido se acercó a ella. Retiró la manta que la cubría a ella y haciendo un esfuerzo sobrehumano por no mirarla, metió una mano bajo sus rodillas, colocó la otra en su espalda y la levantó, pegándola contra su pecho, sintiendo como su calor se clavaba en su piel. Şenay se acomodó con un suspiro, rodeando su cuello con los brazos. Calvin se arrepintió de lo que acababa de hacer; cuando pisó el rancho pensó en pasar el menor tiempo posible cerca de ella, pero parecía una hazaña imposible de lograr, y ahora, para colmo, la llevaba, medio desnuda, a la cama, sintiendo la suavidad de su piel en las manos, el calor de su cuerpo atravesándole por completo y aspirando el sutil aroma de su jabón mezclándose con el del humo de su habitación.

Entró en el dormitorio sin que ella se moviese lo más mínimo, se acercó al borde de la cama y con cuidado la soltó sobre el colchón. Ella suspiró nuevamente, esta vez con una sonrisa ligera y expresión de confort. La cama solo tenía las sábanas y una manta fina que probablemente por sí sola no calentase nada. Tomándose unas libertades que ya no le correspondían se metió en el vestidor, sabiendo exactamente dónde guardaría Şenay las mantas de tener alguna extra. Satisfecho de su propia lógica, cogió un par y volvió al lado de ella, extendiéndolas sobre la cama. Şenay se movió, acomodándose entre las mullidas mantas sin abrir los ojos ni una sola vez. Calvin deseó fugazmente que todo siguiera cómo una vez fue. Se giró para marcharse, pero una cálida mano se aferró a su muñeca.

—No te vayas —pidió adormilada—. Quédate.

—No. No puedo. Ha sido un error...

—No tienes habitación... —Murmuró—. No debe faltar mucho para que amanezca.

—Duérmete, anda. Yo puedo dormir en el sofá o ir a la cabaña.

—¿Tanto me odias que te molesta compartir cualquier cosa conmigo?

—Una cama no es cualquier cosa...

—No te he pedido una noche de pasión desenfrenada. Solo quería que estuvieras cómodo, después de lo que ha pasado... ¿Pero sabes? No importa. Haz lo que quieras. —Dijo soltándole.

Se giró, dándole la espalda y dejándole con una sensación de frío en el lugar en el que había estado sujeta su mano.

También él deseaba acostarse a su lado, no porque quisiera hacer nada con ella, sino porque aquella cama parecía tan confortable como lo era la suya, y porque estaba realmente cansado. La miró un largo minuto y decidió romper el silencio.

—¿En serio puedo quedarme?

Şenay no respondió, sonrió sin abrir los ojos y, extendiendo el brazo, tocó el lado opuesto del colchón, indicándole con ese gesto que se tumbase a su lado.

Desde que había pisado el rancho, cualquier cosa que hiciera parecía alejarle más de la realidad y arrastrarle hacia Şenay. No podía negar que le gustaba estar cerca de ella, pero esa cercanía también le hacía daño, además, cuando el plazo se terminase él y ella regresarían a sus respectivas vidas y probablemente no volverían a verse jamás, lo que le hacía plantearse cada cosa que pudieran hacer juntos.

Después de ir a la cabaña a por el cachorro, al que, como había dicho, había llevado allí cuando el fuego se inició, se acurrucó entre las mantas, diciéndose a sí mismo que esa sería la última vez que fuera tan cercano a ella.

## Capítulo 8

### *Terminemos esto de una vez*

Las paredes, que hasta hacía unas horas estaban completamente negras, ahora se habían tornado de un blanco grisáceo. Había costado horrores dejarlas en ese estado, sin embargo, la perseverancia y las ganas de arreglar el estropicio, habían conseguido llenarles de energía para lograrlo.

Şenay sonrió satisfecha mirando las paredes y el techo de la habitación.

—Ya está —dijo frotándose las manos y dejando el trapo húmedo en el cubo—. Ahora solo falta una buena mano de pintura y unos muebles nuevos. — Dijo, girándose hacia Calvin, quien parecía exhausto.

—Pintura... —Murmuró desganado—. No entiendo por qué te empeñas en hacerlo tú.

—Nosotros. —Corrigió ella.

—Nosotros... No sé por qué no llamas a una empresa y que lo hagan ellos.

—Por tres razones: tenemos brazos, me costaría un dinero que guardo para otra cosa... —Calvin recordó el ofrecimiento de dinero de Tucker y tuvo que controlarse a sí mismo para no enfadarse—, y porque quiero hacer algo en la casa por mí misma, que haya algo que sea de mi propio esfuerzo.

—Nuestro. —Corrigió él, sonriendo levemente cuando ella le miró sorprendida.

A pesar de haberse opuesto completamente a ir con ella a elegir los muebles y la pintura para la habitación, iban los dos en el coche de Calvin. Iban en

silencio, del mismo modo que lo hicieron para ir al lago. Él sabía que a ella no le gustaba ir en silencio, que le gustaba poner algo de música a media voz y que, salvo en raras ocasiones, siempre canturreaba las melodías que iban sonando, así que, presionando uno de los botones del mando que tenía en el volante, empezó a sonar música. Şenay lo miró con una amplia sonrisa, pero él no apartó la mirada de la carretera. La primera canción era sin letra, una melodía alegre y animada, pero la segunda era cantada por una voz masculina, en la que hablaba de su corazón roto, de que no volvería a confiar en el amor y Calvin cambió de emisora con un carraspeo. La siguiente canción iba prácticamente de lo mismo, solo que cantada por una mujer. Sin siquiera parpadear presionó un botón y cambió de cadena, pero en esta otra la canción también hablaba del desamor.

—Puedes quitarla... No pasa nada —sonrió ella.

En realidad a ella no le importaba de lo que tratase la letra si la melodía era agradable, pero entendió que a él no le gustaba escuchar sobre rupturas, sobre separaciones, sobre no volver a amar. Calvin resopló con la siguiente letra, pero ella estiró el brazo y presionó el botón de apagar de la radio.

—¿Por qué la quitas? ¿No quieres oír música?

—El silencio también está bien. No quiero escuchar nada si lo que suena te incomoda.

—Puedo soportarlo.

—Yo también puedo soportar si no pones nada.

Calvin encendió nuevamente la música, pero esta vez buscó una emisora de clásica, a ella también le gustaba y no tenía letras que le llenasen de cólera.

Llegaron al centro comercial en el que estaba la macrotienda de muebles, donde, sin duda, encontraría algo que le gustase para aquel dormitorio. Şenay era una chica de gustos sencillos, por lo que seguramente hallaría algo para comprar ese mismo día. Luego irían a los almacenes de construcción a por la pintura y después al almacén textil, para reponer mantas, alfombra, cortinas y demás. No iba cómodo en exceso, ir con ella de tiendas le traía a la mente recuerdos que no quería rememorar, aun así, que el dormitorio se quemase había sido, en parte, culpa suya, ya que el perro había roído el cable de la lamparilla y aun a sabiendas, la estaba usando, causando lo que luego fue un incendio.

—¿Şenay? —Preguntó una muchacha morena, de pelo corto y expresivos ojos castaños—. ¿Şenay Miller? —Repitió al ver que tanto Calvin como ella se giraban.

—¡Oh Dios Mío! —Exclamó Şenay, sonriendo ampliamente y acercándose a ella—. ¡Mónica! Hace un siglo que no nos vemos.

Mónica era una de las amigas con las que Şenay rompió todo contacto, alguien con quien había tenido una muy buena amistad pero de quien no sabía nada hacía años.

—Desapareciste. Incluso en el grupo llegamos a pensar que habíais roto... Ya sabes. —La chica miró a Calvin, frunciendo el ceño al ver la expresión que tenía—. Hace unos meses vimos a una pareja en un restaurante y ella se parecía mucho a ti, incluso llevaba el pelo como lo llevas tú, pensé que erais tú y un nuevo novio, pero me alegra ver que me equivoqué.

—En realidad llevamos seis años... —Trató de confesar Şenay, pero se vio interrumpida por Calvin, quien la rodeó por los hombros y la atrajo.

—Llevamos seis años de felicidad plena... ¿Verdad, cariño? —Hizo una pausa para mirarla a los ojos, pidiéndole con ese gesto que le siguiera la corriente—. Llevamos algunos meses pensando en dar un paso más.

Şenay lo miró con una sonrisa extraña, pero asintió lentamente cuando él le guiñó un ojo.

—Me alegro mucho de que os vaya tan bien. También me alegro mucho de veros.

La muchacha sonrió ampliamente y acto seguido saludó con la mano y se alejó de ellos como si de repente tuviera prisa.

Calvin se apartó de ella lentamente y siguió caminando hacia la siguiente tienda sin detenerse siquiera a mirarla. Şenay corrió tras él y se colocó a su lado al darle alcance.

—¿Por qué le has mentado?

—Ibas a contarle la verdad, ¿no es así? —Ella asintió—. ¿Te llamó una sola vez cuando desapareciste? —Ella negó y abrió la boca para decirle que había sido ella quien cortó con todo, pero él continuó hablando—. No te buscó, no te llamó, no te envió ni un solo mensaje o un simple e-mail. Apuesto a que, sabiendo donde viven tus padres, no fue a verte ni una sola vez. —Ella frunció el ceño al darse cuenta de que lo que Calvin decía era totalmente cierto y negó con la cabeza—. Esa verdad que ibas a contarle también me pertenece y no me interesa que alguien que finge ser lo que no es esté enterada de mis cosas.

—Tienes razón. Lo siento.

—No lo sientas. Discierne. Tienes que diferenciar las personas que se interesan realmente por ti de aquellas que solo viven de tus cuchiños. No me importa que cuentes lo que ocurrió, porque pasó de verdad, pero no quiero que

lo aires a cualquiera que solo pretende husmear en tus trapos sucios. —Şenay bajó la mirada, afligida, sin saber qué decir, pero Calvin llevó una mano a la suya y la sujetó, tirando de ella hasta la inmensamente grande tienda del fondo del establecimiento.

Aquel lugar era gigantesco, tan, tan grande que era necesario todo un día para recorrerlo entero, sin embargo, ella no pretendía ver muebles de salón, ni muebles de cocina o de baño, necesitaba mobiliario de habitación, una cama y una mesita de noche, por lo que la sección a la que ir era más que evidente.

La cama que se había quemado era exactamente igual que la que ella usaba, un mueble de madera maciza, con postes cuadrados y altos en las cuatro esquinas pero a media altura, sin llegar a ser un dosel, era de madera oscura, con hendiduras verticales como si fueran columnas. Era un mueble sobrio y elegante, pero tal vez no para una habitación en la que dormía un chico joven. Dio un centenar de vueltas sin terminar de encontrar nada que le convenciera del todo. Aquello estaba lleno de muebles bonitos, sin embargo, no imaginaba a Calvin durmiendo en ninguna de aquellas camas. Era un error buscar mobiliario que quedase bien con él, puesto que daba por hecho que no iba a estar en su casa mucho tiempo más, ya fuera porque el plazo venciera y ella no hubiera podido pagar la deuda, por lo que tendría que irse ella o que, por un milagro, obtuviera la cantidad de dinero que debía, entonces, saldadas las cuentas, él se marcharía por donde había venido, sin embargo, el tiempo que estuviera en el rancho, el tiempo que se quedase en su casa y el tiempo que durmiera en aquella habitación, debía hacerlo cómodamente y en una habitación que resultase acogedora.

Ante ella apareció, como por arte de magia, la cama perfecta, una de madera blanca con el veteado en un tono gris azulón, era de madera maciza, lo que ella buscaba y el diseño era sencillo, de un estilo similar a la carbonizada, pero mucho más vistosa y bonita. Sin pensarlo corrió hacia aquella cama y se estiró sobre ella.

—Sabía que vendrías a esta. —Dijo Calvin, con una expresión amable pero sin llegar a sonreír—. Eres tan predecible...

—No. No es que yo sea predecible. —Dijo con una sonrisa brillante—. Es que tú me conoces demasiado bien —añadió, mirándole y sacándole la lengua, en un gesto simpático, antes de ponerse a rodar por encima de aquella cama como si fuera una niña.

Calvin se sentó en el lado opuesto del colchón y la observó, recordando, sin querer, la única vez que fueron justos a mirar muebles, siete años atrás.

Inconscientemente se preguntó cómo sería volver a estar con ella, ambos habían cambiado, pero tal vez por eso sería mejor que antes.

De repente se levantó y se apartó de allí sin decir una palabra, lamentándose por no haber detenido esos pensamientos. ¿Cómo sería volver a estar con ella? Le había roto el corazón, se había marchado sin siquiera darle una oportunidad de hablar. Le había enseñado lo que era la felicidad plena y se había ido sin más, llevándose con ella todo cuanto fueron. No podía estar ni un segundo más a su lado sin sentir como los recuerdos felices le llenaban de angustia y rabia, así que caminó para, simplemente, apartarse de ella.

—Llevo buscándote hace más de una hora —se quejó Şenay, tocando su hombro mientras él estaba de espaldas.

—Ya habías encontrado un modelo que te gustaba ¿Necesitabas ayuda para decidirte?

—No. Pero has venido conmigo. Podrías...

—Si tienes claro lo que quieres dime lo que cuesta y terminemos esto de una buena vez. —Soltó hosco y malhumorado.

Habían llegado juntos, él incluso parecía de un humor excelente, pero después de haberse encontrado con Mónica su humor había ido agriándose por segundos, y ahora nuevamente parecía volver a odiarla, como si su presencia le disgustase, le ofendiese. Ella no dijo nada, se aferró con fuerza a la bolsa con las cosas que había comprado un rato atrás y caminó en silencio, pero después de mirarle unos segundos y de ver cómo la ignoraba, se dio la vuelta y empezó a caminar. No entendía qué le ponía de tan mal humor, qué era lo que le había molestado tanto, pero estaba segura que, de preguntarle, le respondería que lo que detestaba no era otra cosa más que su presencia. Había ido hasta allí con él, pero sabiendo que le exasperaba tanto su compañía, volvería sola.

A la salida del centro comercial había varias paradas de autobús y una en concreto tenía parada relativamente cerca del estudio de Tucker, así que decidió pasarse por allí para verle antes de pedir un taxi que le llevase al rancho.

La chica de la recepción de Archilife sonrió al verla entrar y señaló el interfono como preguntándole con ese gesto si quería que avisase a Tucker o si prefería darle una sorpresa, pero Şenay negó con la cabeza y la muchacha señaló entonces con la mirada hacia los ascensores, indicándole que podía subir.



Al llegar al despacho de su novio sintió como si la aflicción por el enfado sin razón de Calvin se esfumase de repente, Tucker estaba sentado en la enorme y blanca silla, de cara a la vidriera y de espaldas a su escritorio y a la puerta, desde donde ella lo miraba con una sonrisa en los labios. De repente quiso ser un poco traviesa así que soltó la bolsa junto a la puerta y sacó su teléfono.

—Dios mío, cariño, no te haces una idea de lo mucho que deseaba oírte hoy —Dijo Tuck.

—¿Ah sí? —Dijo, tratando de sonar hosca, a pesar de estar sonriendo.

—He tenido un día horrible. Estoy agotado...

—Pues puede ser peor. La razón por la que te llamo es... —se llevó la mano a la boca y se dio la vuelta, dándole la espalda para no verle y poder gastarle la broma que pretendía. Se quedó callada un instante escuchando la respiración de su novio al otro lado del teléfono.

—¡Sabía que estabas aquí! —Exclamó él, abriendo la puerta súbitamente y rodeándola por la cintura mientras la atraía contra sí.

—Maldita sea... ¿Y cómo lo sabías? ¿Te ha avisado la recepcionista?

—¡Oh, por supuesto! Necesitaba tiempo para poder esconder a la otra en el armario antes de que llegases —rió—. Necesitaba tanto verte...

Se giró en el círculo de sus brazos y se colgó de su cuello, estrechándolo en un abrazo. Tucker era tan opuesto a lo que era Calvin ahora... No pretendía que Calvin fuera con ella como antes, era perfectamente consciente de que su relación no podía ni acercarse a lo que era, pero le molestaba que un día estuviera bien y al siguiente se enfadase con ella a la mínima, y lo peor, que no le dijera qué era lo que había hecho mal para evitar molestarle en otro momento. Un beso de su novio borró todo mal sentimiento que pudiera albergar por la forma en la que había sido tratada un rato antes.

Pasaron la tarde en aquel despacho, hablando, riendo, besándose mientras no estaba con los planos. Şenay se había sentado un par de veces sobre las piernas de su novio, pero la recepcionista había ido en un par de ocasiones para hablar con Tuck, interrumpiendo sus juegucitos.

—Es tarde, me voy a marchar ya...

—¿Por qué no te quedas? Podemos pedir algo de cenar y dormir aquí... Por la noche no hay nadie en el edificio, estaríamos solos... —Sin querer sonrió de una forma traviesa y a ella no le costó imaginar lo que su novio quería.

—¿Dormir?

—Bueno... Ya sabes... Quien dice dormir dice... —Se puso de pie, rodeó la

mesa y se acercó a ella, poniendo los brazos en su cintura y atrayéndola—. ¿Eh? ¿Qué me dices?

—¿De verdad necesitas una respuesta? —Preguntó juguetona.

Tal como había propuesto Tucker, pasaron la noche en la oficina. Pidieron comida en un restaurante chino que había a dos manzanas de Archilife y cenaron, a solas, en el sofá de aquel despacho antes de acurrucarse bajo la manta que en invierno siempre tenía Tucker allí.

Tras una apasionante e íntima noche, llegó la mañana, y con ella la obligación de volver al trabajo. Tomaron un café rápido y después de unos arreglos, Şenay llamó a un taxi y se marchó.

Al llegar al rancho pidió al taxista que la dejase en la entrada. Hasta la puerta de la casa había al menos quinientos metros, entre la arboleda que bordeaba el camino de la entrada hasta la zona de grava, aun así prefirió caminar. El coche de Calvin estaba al lado del suyo, por lo que era obvio que estaba en casa. Abrió la puerta con cuidado intentando no hacer ruido, pero de pronto el cachorro la asaltó, formando un escándalo por la alegría que le daba verla.

—¡Hola perrito! —Exclamó, soltando la bolsa del día anterior en un lado y cogiendo en brazos al can.

—Vaya... Mira a quien tenemos aquí... ¿Lo pasamos bien anoche? —Preguntó Calvin con cara de pocos amigos, con los brazos cruzados frente al pecho y un tono de voz áspero.

—Supongo que no es asunto tuyo, es lo que dices siempre, pero sí. Fui al estudio de Tuck, necesitaba... No sé...

—Te largaste sin más... ¿Me dejaste plantado para irte con tu novio?

—¡No seas injusto, Calvin! Prácticamente estabas diciéndome que me perdiera. Estabas enfadado y lo último que quería era seguir incordiándote.

Él no dijo nada más, bebió de un sorbo el contenido de su taza de café y acto seguido salió de la casa, metiéndose en su Maserati y golpeando el volante con las manos. Sí, tenía razón, con su actitud prácticamente estaba diciéndole que desapareciera de su vista, pero eso no era lo que en realidad quería, y mucho menos que no volviera a casa aquella noche. Recordar buenos tiempos con ella le ponía de un humor terrible, sobre todo porque a ella no parecía afectarle el pasado en absoluto, como si hubiera aparcado el pasado atrás y simplemente le fuera indiferente, todo lo contrario a lo que le ocurría a él, quien cualquier recuerdo feliz le dolía, quien cualquier cosa que le trajera a la mente alguna de las cosas buenas que compartieron le ponía de un humor de perros.

La vio salir por el retrovisor, pero no se giró para mirarla, por el contrario, cerró los ojos y se recostó en el cómodo asiento deportivo. La puerta de copiloto se abrió y el dulce y sutil aroma de su perfume inundó la estancia.

—¿Qué quieres? —Preguntó sin mirarla, aspirando disimuladamente, deleitándose con aquel olor.

—Lo siento. —Respondió ella en un tono de voz suave—. Si me fui no debí haber tardado en volver, o al menos debí decirte dónde iba.

—Sí, claro, seguro que lo mejor era decirme que me dejabas tirado para largarte con tu novio.

—¿Entonces qué quieres, Calvin? Es que no lo sé. Estabas enfadado por algo que desconozco, y pretendías hacérmelo pagar a mí. Me fui, pero eso también te molesta. Te dejé solo por la noche, pero con eso tampoco estás contento. ¿Qué se supone que tengo que hacer para que estés bien? Parecía que habíamos empezado a llevarnos mejor.

Calvin se giró hacia ella y la miró. Şenay tenía una mano en las rodillas y con la otra se colocaba el pelo tras la oreja derecha, luego clavó sus ojos en los suyos, mirándolo fijamente.

—¿En serio crees que empezábamos a llevarnos mejor? —Ella asintió tristemente y suspiró, antes de girarse para abrir la puerta del coche—. Recordé cuando compramos aquella cama, y las noches que pasamos en ella... Tú no tienes la culpa de que ayer estuviera así. —Şenay bajó del coche, pero antes de que cerrase, Calvin se apoyó en el asiento para inclinarse y mirarla—. ¿Quieres terminar las compras?

—No te preocupes. Lo haré yo.

Şenay se alejó de allí con dirección a la casa, pero Calvin no quiso dejarlo así, sabía que si lo dejaba estar ella terminaría haciéndolo todo sola, o peor aún, que su novio vendría a ayudarla y tendría que verlos uno al lado del otro, tocándose, riendo... Bajó del Maserati y caminó tras ella. Sujetó su brazo al entrar y la guió por las escaleras hasta la habitación. La soltó cuando se dio cuenta de que su agarre no era lo suave que él pensaba y de que, para colmo, estaba demasiado cerca de ella.

—Lo siento —murmuró inquieto, apartándose un paso hacia un lado—. Vamos, mira bien la habitación, piensa como lo quieres todo.

—¿Por qué?

—Porque nos vamos. Iremos a elegir la pintura, las cortinas y...

—Calvin, no importa. Puedo hacerlo sola, de verdad. No quiero que te sientas incómodo o...

—Está bien. No puedes evitar que me sienta incómodo. Que estos días nos llevemos bien no hace que olvide lo que una vez tuvimos, y lo que ya no tenemos.

Justo cuando Şenay iba a decirle nuevamente que lo haría ella sola, su teléfono empezó a sonar. Calvin levantó una mano mientras descolgaba y se daba la vuelta. Lo miró antes de cerrar la puerta y salir a la terraza para contemplar el mar.

A diferencia de la tarde anterior, el trayecto a la ciudad transcurrió en el más absoluto silencio, no se miraron ni una sola vez, no hablaron ni una sola vez y tampoco hubo música que amenizase la tensión que había entre ellos.

—Tengo que ir a mi apartamento un momento... ¿Te importa...?

—Déjame en el almacén. Yo me encargo de la pintura. Ve tranquilo. Luego puedo pedirle a Tucker que me ayude.

Calvin aceleró frunciendo los labios. ¿No tenía suficiente con haber pasado toda la noche con él?

Pese a las reticencias, condujo hasta su edificio y tras aparcar en su plaza privada, subió al décimo piso seguido por una callada Şenay. Pensó decirle que esperase fuera, no quería tener recuerdo alguno de ella en su apartamento, pero temía que volviera a pensar que la odiaba, de forma que le mostró donde estaba el salón y entretanto, él fue al pequeño despacho que había en el piso superior de aquel magnífico dúplex.

Aquel apartamento parecía decorado por el mismísimo Howard Shaw, tenía el mismo aspecto que la oficina del despacho presidencial del edificio Emporivm, oficina que solo había pisado una vez pero que jamás olvidaría: oscura, ensombrecida por la presencia de aquel hombre orgulloso y arrogante, una estancia decorada en gris y negro, sin un ápice de color en ninguna parte.

La visita duró solo unos minutos y antes de darse cuenta estaban nuevamente en el coche.

—¿Te noto seria? —Preguntó al bajar en el almacén.

La tarde anterior parecía feliz de ir de compras, sin embargo, esa mañana ni siquiera parecía brillar la luz de sus ojos.

—No... Pensaba que aún vivirías...

—No. Me mudé un par de meses después. Cuando te fuiste toda la magia se convirtió en amargura y me cambié de piso.

—Es un apartamento muy sobrio.

—Ya... A mí tampoco me gusta mucho, pero mi padre insistió.

Lo primero que iban a buscar era la pintura, eran solo un par de latas lo que necesitaban, sin embargo, Calvin se dirigió a los carros y tiró de uno de ellos. Al acercarse a ella y ver su expresión de incredulidad señaló dentro. Años atrás, cuando iban a comprar juntos ella siempre se sentaba en el carro y él lo llevaba, paseándola por el centro comercial mientras ella iba diciendo qué comprar. Ahora pretendía compensar el mal rato de la tarde anterior con un paseo como en los viejos tiempos.

—No voy a subir, Calvin. No soy una niña. —Dijo, mirándolo. Se aproximó a él para quitarle el carro y devolverlo a su sitio, pero Calvin se acercó a ella, puso las manos en su cintura y la elevó para ayudarla a subir—. ¡Calvin, no!

—Vamos sube. Solo va a ser un rato. —La soltó en vista de que ella no hacía ademán de entrar en la cesta.

—No.

—Como quieras... —Sin añadir nada más fue a dejar el carro en su sitio y regresó a su lado, esta vez con expresión seria.

—No es que no quiera. Es que no quiero que vuelvas a enfadarte al recordar cosas del pasado. —Calvin no dijo nada, pero ella se dio cuenta de que realmente quería hacerlo. Fue hasta el carro nuevamente y volvió hasta él—. Sube —sonrió.

—Vamos Seni. No hablas en serio.

—¡Claro que hablo en serio! —Se acercó a él y, colocando las manos en su cintura le instó a que se metiera en el carro.

—¿Te das cuenta de que no soy una persona que pueda ir por ahí jugando de esa forma?

—Olvídate de los estatus sociales. Puedes reír, puedes pasarlo bien y puedes subir para que esta vez sea yo quien te lleve. Si no quieres que te vean... —Tiró de la capucha de su sudadera, cubriéndole la cabeza—, puedes taparte la cara. Sube.

Calvin se negó nuevamente, pero ella se cruzó de brazos y, recordando como la había tratado la tarde anterior y esa misma mañana, decidió dar su brazo a torcer, por una vez no pasaba nada.

Sujetándose al borde de la cesta del carro metió una pierna, luego hizo lo mismo con la otra y se sentó en la parte ancha, de espaldas a ella. Rezó internamente porque nadie les viera, ni juntos ni como estaban. Şenay sonrió ampliamente y empezó a empujar el carro con él dentro.

Aunque no quisiera reconocerlo, ir de compras con ella aun resultaba divertido, aún le gustaba verla indecisa al encontrarse frente a una gran

variedad de lo que fuera que buscaba, en este caso: pinturas.

La tarde llegó entre tienda y tienda y, al empezar a oscurecer ya tenían todo cuanto necesitaban para reponer lo que se había estropeado en aquel incendio, incluyendo una lamparita para la mesita de noche.

## Capítulo 9

### *Tentación*

La observaba mientras se estiraba por completo, deslizando cuidadosamente la brocha por la pared. Parecía tan delicada en sus movimientos como lo sería una mariposa al posarse sobre una flor. La tarde anterior, después de haber buscado el tono perfecto entre cientos de colores, se decantó por el blanco, era el que había en la pared antes de quemar accidentalmente el dormitorio y era el que mejor parecía encajar, con ella, con el mobiliario elegido y con la casa.

—¿Es que no piensas ayudarme? —Preguntó con una sonrisa en los labios al darse cuenta de que la miraba.

—Creo que tú te defiendes bastante bien sola...

—Ya. Pero yo no tendría que estar haciendo esto si tú no hubieras hecho eso

—señaló el techo y las paredes.

Calvin la miró de reojo con una expresión graciosa, pretendiendo rechazar el ofrecimiento de ayudarla, pero se acercó a ella y de la cubeta cogió el rodillo, enjugándolo en el escurridor, luego, pasando el brazo por encima de ella, empezó a pintar por donde ella no había llegado. Şenay no pudo evitar sonreír al ver que estaba ahí con ella. Hacía más de tres semanas que había vuelto a estar cerca de Calvin, hacía tres semanas que no podía evitar pensar en él más de lo que debiera, tanto cuando estaba cerca como cuando no lo estaba, hacía cerca de tres semanas que vivían bajo el mismo techo, que desayunaban juntos, que pasaban algo de tiempo juntos, aunque no mantuvieran grandes

conversaciones... pero en esos últimos días habían empezado a despertarse sentimientos que había enterrado en lo más hondo de su pecho, tanto que una simple mirada podía acelerar su corazón si la cogía con la guardia baja. Estaba tan cerca de ella que si se movía solo un poco le rozaría el pecho con su espalda. Buscaba una excusa para apartarse de él sin que se notase su repentino nerviosismo, pero al mirar su brazo deslizarse por encima de su hombro, un pequeño salpicón de pintura le cayó en un ojo.

—Auch —murmuró, dejando caer la brocha de pintura al suelo y llevándose los dedos a los ojos.

—¿Qué te pasa? ¿Te ha entrado pintura? —Ella asintió gimoteando—. Estate quieta, no te muevas —dijo haciéndola girar y sujetando su cara entre las manos.

Calvin le dio un manotazo en los dedos para evitar que se rascase, luego, con cuidado, usó la manga de su camiseta para quitarle la gota que tenía en el parpado izquierdo y se acercó para soplar las virutas de pintura secas que quedaban en sus pestañas. Ella permanecía frente a él, inmóvil, con los ojos cerrados y él no pudo evitar fijarse en esos labios que tanto besó. Acarició sus mejillas con los dedos, acercándose a ella sin poder hacer nada para impedirlo. Şenay notó que no se movía y abrió los ojos para ver qué pasaba, pero lo encontró a escasos centímetros de su cara y con la vista fija en sus labios. Pensó en preguntar qué pasaba, pero en ese momento ella se sintió igual de tentada que Calvin, miró su boca y separó ligeramente los labios, como preparándose para ese beso que no iba a evitar. Se miraron a los ojos sin hacer nada más durante unos segundos.

—Deberías lavarte la cara. Aun tienes algo de pintura. —Murmuró, rozando su cara con la yema de los dedos.

—Sí —respondió nerviosa, dando un paso de lado y apartándose de él mientras se dirigía al baño.

Se miró al espejo con las mejillas llenas de color, sintiendo como si el corazón quisiera salirse de su pecho. Abrió el grifo y tras llenarse las manos de agua fría, se remojó la cara. Y lo hizo otra vez. Y repitió una vez más. Respiró profundamente con la cara hundida entre las manos y luego volvió a mirar su reflejo. Sin querer sonrió al darse cuenta de lo que había estado a punto de pasar, quería a Tucker, le quería de verdad, y la relación que tenía con él no podía ser mejor, estaba llena de romance, llena de pasión, llena de risas y de emociones, pero también habían sentimientos por Calvin que nunca había hecho por borrar. Después de secarse la cara fue de nuevo al dormitorio.



—¿Estás bien? —Preguntó Calvin acercándose a ella para mirarle el ojo—. Estabas tardando, pensaba que ya querías librarte.

—No quería librarme, ¿vale? Si no me hubieras acorralado entre tú y la pared no me habría caído esa gota en el ojo —le dijo, sacándole la lengua antes de agacharse a por la brocha.

—Si fueras más alta no habrías necesitado que pintase por encima de ti.

—¿Si fuera más alta? ¿Te parezco bajita?

—Me pareces muchas cosas —dijo, fingiendo ponerse serio, siguió pintando, estirando el brazo por encima de ella. Sacudió el rodillo sobre ella para que le salpicase pintura y se echó a reír cuando ella se llevó una mano al pelo y notó las gotas.

—¡Oye!

Se giró en el pequeño espacio que Calvin había dejado entre él y la pared y miró hacia arriba para encontrarse con sus ojos, pero él sonreía mientras seguía con su labor. Şenay se dio cuenta de que al alzar el brazo, la camiseta se le levantaba, mostrando la piel de su abdomen y, sonriendo traviesa, pasó la brocha de lado a lado, haciéndole tomar aire con fuerza y apartándose al notar el frío húmedo de la pintura en contacto con su piel.

—¿Acabas de pintarme?

—¿Yo? —Trató de mantenerse seria, pero al ver su cara no pudo evitarlo y estalló en risas.

Calvin se pasaba las manos para quitar la mancha pero al verla reír sujetó su cara entre las manos, dejando en ella la pintura con la que le había untado, ella abrió los ojos de par en par.

—Tú te lo has buscado.

—¿Ah sí?

Şenay levantó la brocha para mancharle la cara pero él la sujetó por la muñeca y cuando ella se movió para soltarse, Calvin la sujetó de la otra muñeca, llevándola contra la pared. Sus sonrisas se esfumaron en un segundo al darse cuenta de que nuevamente apareció en ellos esa irresistible tentación, las pupilas de ambos se dilataron, ambos fijaron la vista en la boca del otro. Şenay se humedeció los labios cuando notó que él se acercaba aún más y, cuando sintió que soltaba el agarre de sus brazos para llevar las manos a las suyas, dejó caer la brocha al suelo. Era un error dejarse llevar, pero tampoco parecían querer evitarlo. Calvin se inclinó lentamente para besarla, realmente deseaba hacerlo, pero su móvil empezó a sonar. Se apartó como si tal cosa y del bolsillo trasero de su pantalón sacó el aparato, tras mirar el número tocó

la punta de su nariz con un dedo y se giró yendo a la terraza para responder la llamada. Şenay se quedó inmóvil por un momento, mirándolo a través del cristal. Parecía una llamada seria, pues su expresión no era la que tenía cuando hablaba con su novia, pero tampoco quiso pensar en ello. Tomó una respiración profunda, tratando de olvidar lo que acababa de “casi” pasar y, recogió la brocha del suelo para seguir pintando.

—Tenemos que hablar... —Dijo Calvin con gravedad, entrando en la habitación.

—Yo... —Şenay creyó que iba a sermonearla por algo, quizás por algún recuerdo que ella no era culpable de recordar, o por ese beso que casi sucede, o por jugar con él como si fuera una adolescente.

—¿En serio quieres el rancho? —Preguntó, sujetando sus hombros con fuerza, ella asintió con la cabeza—. ¿Has buscado el dinero? ¿Has ido a algún banco o...?

—Sí. He estado en seis bancos distintos. En dos no me quisieron atender sin una nómina, en otros dos solo se interesaban en el rancho, estoy esperando respuesta de los otros dos... —Explicó, sin saber muy bien por qué esa urgencia en preguntar.

—Mi padre ha enviado a sus abogados. Van a llegar con una serie de documentos que querrán obligarte a firmar. Te van a presionar como nunca para que cedas, y lo peor es que voy a tener que actuar como ellos. —Advirtió—. Delante de ellos no voy a poder ser como ahora, y puede que parezca que te trato con desprecio, pero no puedo dejar que mi padre sepa que vivimos bajo el mismo techo, y menos aún que se entere de esto —señaló la habitación, le tocó el pelo indicándole con ese gesto que se llevaban mejor de lo que debían—. Seni, no va a ser agradable, pero estoy contigo, ¿de acuerdo?

—Me asustas...

—No te asustes. Son negocios. A veces el mundo de los negocios es oscuro y turbio, y te ves en la obligación de actuar como un auténtico carroñero. Pero hasta que finalice el plazo, este rancho es tuyo. Tuyo y de nadie más. Y si en algún momento decides que los quieres fuera, solo tienes que decirlo. Pero sobre todo, no firmes nada. Aunque te amenacen. Aunque sea yo quien te lo pida. No firmes nada, porque firmar algo es dar tu consentimiento y pueden usar tu firma para lo que ellos quieran. ¿Has entendido? —Ella asintió lentamente con la cabeza—. Bien. Terminemos de pintar esto y lavémonos, llegarán en una hora.

Cuando el abogado enviado por Howard entró en el rancho, lo primero en lo que se fijó fue en lo maravilloso de aquel lugar. Viéndolo en persona no le extrañaba que Howard lo quisiera con tanta ansia. Al llegar a la zona en la que se suponía que estaba la casa vio que, además, había una construcción de madera. Se detuvo un momento para sacar los planos y comprobarlo nuevamente, pero entonces vio salir de ella a Calvin. Howard le había dicho que su hijo estaba en la finca para presionar a la mujer de que se fuera, pero no imaginó que hubiera tenido la desfachatez de hacerlo construyéndose una casa a pocos metros de la de esa mujer.

—Terry. —Saludó Calvin, acercándose a su amigo y estrechándole una mano como saludo.

—Calvin. —Respondió. Señaló la cabaña con una sonrisa en la cara, negando con la cabeza de forma amistosa—. Eres único con tus jugadas, tío.

—Sí, bueno... Vamos. Supongo que debe estar en casa.

El grupo de abogados comentaron algo sobre los planos que Calvin no se preocupó en saber. A él tampoco le resultaba algo grato el tener ahí a un montón de picapleitos sabiendo a lo que iban. Llamaron a la puerta y ésta se abrió inmediatamente.

Terry se sorprendió enormemente al comprobar que esa mujer era más joven de lo que había pensado, y todavía se sorprendió más, al ver que era tan rematadamente sexy. Apretó el asa de su maletín y se acercó aún más, ofreciéndole una mano como saludo. Ella ignoró el gesto como le había indicado Calvin y les hizo pasar. Terry hizo una señal al resto de abogados que le acompañaban y los cuatro hombres le imitaron, adentrándose hasta el salón, siguiendo a la joven a la que pretendían coaccionar. Şenay miró la escena con el ceño fruncido. Calvin le había explicado por lo que estaban allí, como debía actuar y lo que tenía que decirles, pero cuando le dijo “los abogados de mi padre” creyó que se trataba de un par de ellos, no de cinco.

De pronto el salón pareció pequeño y faltó de luz.

—Buenas tardes, señora Miller. —Dijo el abogado.

Volvió a ofrecerle una mano como saludo, pero esta vez, aun con reticencias, ella lo aceptó.

—Vamos Terry... —Dijo Calvin exasperado—. No es necesario tanto decoro. Es Şenay.

—¿Terry? ¿Terry Paxton? —Preguntó ella, mirándolo con los ojos abiertos de par en par.

—¡No fastidies! —Exclamó tan pronto como la reconoció, soltando en la mesa

el maletín y acercándose a ella para estrecharla en un abrazo—. Dios mío, estos seis años te han sentado mejor que bien. Estás... Estás... ¡Joder!

—¡Tú tampoco estás nada mal! —Rió ella, apartándolo por los hombros y acercándose nuevamente para darle un beso en la mejilla.

Calvin se dio la vuelta mientras esos dos se saludaban, se acercó a la ventana y miró al perrito, que rascaba, nervioso, la puerta de cristal de su cabaña.

Terry y Calvin conocieron a Şenay a la vez, corrían juntos cuando ella tropezó con Calvin. Ambos se fijaron en ella al mismo tiempo, pero en ese momento Terry salía con una chica y fue Calvin quien no quiso perder un minuto. Había estado loco por ella durante mucho tiempo, aun después de casado había seguido guardando cierto sentimiento por aquella muchacha rubia, divertida y cariñosa. A pesar del motivo por el que estaba allí, le daba una alegría inmensa encontrarse con ella.

—¿Por qué no nos sentamos? —Preguntó ella en un tono amable—. ¿Quieren algo de beber? ¿Café? ¿Una cerveza? ¿Agua?

—No estamos aquí para tomar aperitivos, sino para zanjar el asunto de una vez —Dijo Calvin. A pesar de haber sido advertida de que actuaría así, se sintió dolida por el tono de voz.

Después de sentarse entre el sofá y un par de sillas que Şenay había dispuesto alrededor de la mesa de centro, empezó la reunión. Los abogados hablaron en orden, exponiendo cada uno un asunto, uno mencionó la deuda que había asumido con la herencia, recordándole que, además del dinero que Henry recibió, debía añadir la cantidad de la multa por ser el vendedor el que anulaba la venta, otro le mostró algunos proyectos millonarios que Howard tenía para el rancho, otro le mostró el cheque con el dinero que percibiría si aceptaba firmar los papeles. Terry sacó del maletín un sobre con una pila de documentos y los dispuso delante de ella, sobre la mesa, sabiendo que era sucio y rastroso, usó su amistad para, hablándole cariñosa y amablemente, convencerla de que aquello era lo que debía hacer. A Calvin se le llevaban los demonios, miraba a su amigo sin creer que pudiera llegar a ser tan vil y traidor. No podía decir nada a favor de Şenay por temor a las represalias de su padre, y se removía incómodo en la silla al ver como ella realmente estaba dudando entre firmar y no hacerlo.

—Firma. —Pidió Terry, con una sonrisa en los labios mientras le ofrecía el bolígrafo dorado que había sacado del bolsillo interior de su americana—. Firma y hoy mismo podrás cobrar más de once millones de dólares. —Le enseñó el cheque una última vez—. Es más dinero del que verás jamás. Firma

y hoy mismo te librarás de la molesta presencia de Calvin. Además, hemos acordado que puedes quedarte hasta que terminen los dos meses de plazo que te quedaban al recibir la herencia.

Şenay tomó el bolígrafo entre los dedos como hipnotizada con aquellas palabras y llevó la mano hasta el lugar de la firma, ni siquiera parecía estar dudando, pero de pronto soltó el bolígrafo sobre la mesa con un sonoro manotazo, tomó los documentos entre las manos y, después de mirar a Terry rompió aquellos papeles en varios pedazos. Miró a Calvin, quien permanecía serio pero con una expresión de alivio y se puso en pie.

—No voy a vender el rancho. Dije que devolvería el dinero y lo haré, aunque tenga que vender mi alma al diablo para conseguir ese dinero. Las ideas del señor Shaw son magníficas, se nota que es un fantástico hombre de negocios, pero tendrá que buscar otro lugar en el que poner sus casinos, su parque de atracciones y sus cientos de ideas. Aquí no va a mover de lugar ni una sola piedra. Ahora, si me disculpan, me encantaría que se marcharan por donde han venido.

Obviando quien era ella, a Terry le molestó que le hiciera creer que iba a firmar. El señor Shaw le había prometido una buena suma si conseguía sacar de allí a esa mujer, y que no firmase le hacía perder una cantidad de dinero demasiado interesante. Metió los pedazos de papel rotos en el mismo sobre del que habían salido y lo dejó en el maletín antes de cerrarlo y ponerse en pie seguido del resto de hombres.

—Espero que esa decisión sea la acertada, señorita Miller.

—Lo es, Terry. Para ti solo es un poco de papeleo, pero este rancho es una de las mejores cosas que me han pasado en la vida y no me voy a rendir por un bonito cheque.

—Supongo que volverás a tener noticias nuestras...

—Supongo. Pero la respuesta será la misma. —Los guió hasta la puerta donde estrechó las manos de los cuatro desconocidos y se quedó frente a Terry—. Me alegro mucho de haberte visto otra vez, aunque haya sido en estas circunstancias.

—Yo también me alegro mucho. Cuídate mucho. —Terry estrechó a Şenay en un abrazo antes de marcharse de allí.

Calvin había salido el primero de la casa y miró la escena desde la distancia, satisfecho de ver como Şenay había sabido defender lo que era suyo. En un momento, cuando ella le miró, sonrió levemente y le guiñó un ojo de forma cómplice. Si hubiera sido él el que estaba en una relación con ella no habría

dudado un segundo en ir, estrecharla entre sus brazos, besarla y felicitarla por lo bien que lo había hecho, sin embargo, no había nada entre ellos, ni siquiera podía decirse que tenían una amistad. Cuando ella cerró la puerta y su amigo caminó hacia el coche, Calvin no dudó en ir tras él.

—No dejes que mi padre se entere de que la heredera es Şenay, por favor. — Pidió Calvin, sujetando el hombro de su amigo.

—Soy su abogado, no puedo ocultarle esa información. ¿Por qué no quieres que se entere? ¿Hay algo entre vosotros?

—No te lo estoy pidiendo como abogado sino como amigo. Si mi padre supiera que el rancho es de ella... Y no. No hay nada. Ya conoces a Lindsay y además, ella tiene una relación que parece ir mejor que bien con un arquitecto importante —dijo, fingiendo que decir eso no le molestaba en absoluto.

—Terminará enterándose.

—No lo dudo, pero no seas tú quien se lo diga. Te lo pido por favor.

—Veré lo que puedo hacer. —Dijo antes de subir y cerrar la puerta del coche —. Por cierto, está preciosa, ten cuidado de no caer en la tentación.

—Es difícil. Sabes cómo terminó y prefiero guardar las distancias con ella...

—Señaló la cabaña, creyendo que Terry no se había dado cuenta de que, tanto él como ella, tenían sutiles restos de pintura en el pelo, cosa imposible si mantenía esas distancias de las que hablaba.

Para evitar un momento incómodo o simplemente para ahorrarse el tener que dar explicaciones, Calvin no entró en casa con Şenay, se metió en su cabaña, cogió en brazos al perrito y fue hasta el salón para sentarse en el sofá. Como si hubiera sabido exactamente lo que iba a pasar, cerca de un cuarto de hora más tarde, Terry dio un par de golpecitos en el cristal de la vidriera lateral. Miraba desinteresado, pero Calvin sabía que había pensado que iría con Şenay. Le hizo pasar hasta el salón y de la nevera sacó un par de cervezas pero Terry rechazó el ofrecimiento con la excusa perfecta de que tenía que conducir.

—Me había quedado con la intriga de saber cómo era tu cabaña... —Dijo sonriendo mientras se sentaba en el sofá—. Tienes un perro...

—Sí. Atropellaron a la madre a unos pocos kilómetros de aquí y no pude dejarlo ahí sin más —dijo, apropiándose de lo que le había sucedido a ella—. No me dirás que no es mono —dijo tomando la cara del cachorro entre las manos antes de sonreír y abrazarlo.

—Sí, es muy guapo. ¿Dónde duermes?

—Vaya una pregunta, Terry. ¿Dónde voy a dormir? ¿En la habitación? ¿En la cama? Es evidente, ¿no? —Dijo con obviedad—. Supongo que no estarás

pensando que duermo con ella... —Terry alzó los hombros con una expresión risueña.

—Tienes pintura en el pelo... Ella también... Solo ato cabos.

—Pues serías un marinero terrible. Tengo pintura en el pelo porque, después de que me llamaras, he ido a avisarle de que no fuera a ninguna parte. Al parecer está pintando algo, porque ha salido con una brocha en las manos, al decirle que vendrían los abogados de mi padre me ha tirado el pincel a la cara.

—Ya... Bueno. Solo espero que sepas lo que haces. Yo me voy ya. Solo tenía curiosidad por ver tu casa. Es genial. Y el perro es guapísimo, cuando crezca será una pasada.

Terry salió de la cabaña mirando hacia la casa principal, esperaba ver a Şenay a través de los ventanales, pero no pudo más que ver el reflejo del exterior. Le había sorprendido enormemente que Calvin hubiera construido una cabaña de ese tamaño frente a la casa de la heredera, pero aún le sorprendió más la heredera del rancho fuera ella. Echó un último vistazo a la casita de su amigo y luego se marchó, sabiendo que se quedaban completamente a solas en aquel inmenso terreno.

Pasó un rato hasta que Calvin decidiera cruzar la parte delantera de la casa y entrar con Şenay, sabía que debía estar nerviosa por lo ocurrido y hasta asustada, dado a la cantidad de abogados que había demostrado tener su padre a su servicio, pero aun temía que su amigo estuviera espiando desde algún rincón. Miraba por las ventanas esperando verla para, con gestos, pedirle que se reunieran en el lago, pero no estaba, y tampoco podía enviarle un mensaje, por los registros que pudieran quedar y porque, además, tampoco tenía su número. Salió con el perrito mordiéndole los bajos del pantalón y caminó disimuladamente por delante de su cabaña, pensó que así llamaría su atención, pero tampoco tuvo suerte con eso. De pronto, haciendo a un lado el hecho de que Terry pudiera seguir por ahí, entró en la casa. Şenay no estaba en el salón o la cocina, tampoco en el despacho o en el baño de la planta inferior ya que la puerta estaba entreabierta, como siempre. Subió sin pensar, sabiendo que estaría en alguna de las dos habitaciones o en la terraza.

Se apoyó en el marco de la habitación que ocupaba ella, viéndola sentada en el borde de la cama con la vista fija en la terraza. Se lamentó por que tuviera que pasar por eso, porque era evidente que terminaría perdiendo el rancho que su tío le había dejado, y ella lo sabía. Se acercó a ella sin llamar a la puerta y se sentó a su lado. Şenay se giró hacia él y sin pensar que no debía, se abrazó

a él. Calvin pensó en apartarla, pero no pudo. La rodeó por los hombros y la estrechó con fuerza.

—Pensaba que no iba a poder hacerlo. Estaba tan asustada...

—Por un momento he creído que firmarías.

—No podía. No puedo perder esto. Me cueste lo que me cueste. Pero me he sentido tan insignificante que creí que podrían pisotearme sin piedad.

—Lo sé... —Repentinamente nervioso por estar así con ella, la sujetó por los hombros y la apartó—. Se habrá secado la pintura... ¿Quieres montar los muebles? —Propuso, deseando que eso le sirviera un poco de distracción.

Ella asintió, poniéndose en pie casi de un salto. Llevó sus manos a las de él, tiró con fuerza para levantarlo y, tras poner las manos en su espalda, le guió hacia el otro dormitorio.

La cama se la habían entregado ya montada esa misma mañana, por lo que, por suerte, no tuvieron mucho que hacer, sin embargo hubo que montar la mesilla de noche, colocar el colchón tras sacarlo de su plástico, colgar las cortinas...

Acababan de dejar el dormitorio listo cuando sonó un claxon en el exterior. Se miraron extrañados, esperando que no fuera Terry o alguien peor. Şenay bajó la escalera con intención de hacer frente a cualquiera que viniera a obligarla a firmar o aceptar documento alguno, sin embargo, afuera, apoyada en un Mercedes plateado había una chica guapísima. Şenay bajó los cuatro escalones sin saber qué decirle, estaba claro que ella no era ninguno de los abogados de Howard.

—¡Lindsay! —Exclamó Calvin, pasando por su lado y acercándose a aquella chica.

Sabía que Calvin tenía novia, él se lo había dicho, le había escuchado hablar con ella y sabía que iba con ella cuando había ido a la ciudad, pero hasta ahora no la había visto en persona. Lindsay era preciosa, era alta, su cabello largo caía gentilmente por su espalda, era castaño oscuro, con ondas bien marcadas, sus ojos eran grandes y expresivos y sus labios eran carnosos. Vestía un serio pero elegante vestido blanco y entallado que realzaba su bonita figura. Parecía alguien sacada de un catálogo. Por un momento Şenay se sintió incómoda, pero no lo exteriorizó.

—Ella es... Es Şenay Miller, la propietaria del rancho —dijo Calvin, agarrando a su novia por la cintura. Al principio pareció sorprendido por ver a Lindsay allí, sin embargo ahora parecía enaltecido, como orgulloso porque Şenay viera la mujer con la que salía—. Ella es Lindsay Rogers. Es abogada



en el prestigioso bufete de su padre.

—¡Encantada de conocerte! —Saludó Şenay afable con una sonrisa, gesto que molestó a Calvin, quien esperaba que se pusiera celosa por ver lo hermosa que era su novia.

—Igualmente. —Lindsay le ofreció una mano que Şenay no dudó en estrechar —. Te imaginaba de otra manera.

—¿De otra manera?

—Sí, no sé... No te ofendas, pero te imaginaba más mayor, más bajita, más...

—Hizo un gesto sutil indicándole que la imaginaba obesa.

Calvin le había dicho que no la soportaba, que era una persona bastante desagradable y que no se parecía en nada a ella, supuso que sería lo contrario físicamente.

—Vaya...

—Pues te equivocas. —Interrumpió Tucker, sorprendiéndolos. Acababa de llegar cuando Şenay salía seguida de Calvin. Se acercó a ella, la rodeó por la cintura y la elevó en aire, besándola en los labios, haciéndola sonreír—. Soy Tucker Felton. Tú eres la novia de Calvin, supongo —añadió, viendo como uno tenía su brazo en la cintura del otro.

—Sí, soy Lindsay Rogers.

Al ver que también Tucker la saludaba atento, la estrechó con más fuerza y la guió hasta el interior de la casa, yendo con ella hasta sofá mientras la otra pareja iba hacia la cocina entre arrumacos y risas. Lo peor era ver como Lindsay los observaba con una sonrisa en los labios mientras él sentía como la rabia le encogía el estómago. No debía pensar algo como aquello, pero habría preferido mil veces que ni Tucker ni Lindsay hubieran aparecido por allí esa tarde, habría preferido ser él y solo él quien estuviera en su compañía, quien se sentase con ella en el sofá después de haber estado juntos todo el día.

—¿Qué te pasa? —Preguntó Lindsay al ver que los miraba con cara de pocos amigos. Él curvó hacia abajo la comisura de sus labios y negó, con fingido desinterés, desviando la mirada hacia el cachorro, quien miraba a Lindsay como si fuera comestible—. No me gustan los perros, Calvin...

—Solo es un cachorro.

—Cachorro o no sigue siendo un perro. —Añadió con horror, levantando los pies de la alfombra cuando el can se acercó a sus zapatos—. ¡Me va a morder! Tucker se acercó a por el animal antes de que Calvin reaccionase y se apartó de ella, guiñándole un ojo cuando ella le agradeció el gesto totalmente aliviada.

La mañana había sido estupenda, habían estado juntos, con un ambiente cercano y agradable, habían estado más cerca de lo que lo habían estado en los días desde que él estaba en el rancho, pero ahora todo era distinto. Ahora estaban con ellos sus respectivas parejas, y la actitud de ella no había cambiado en absoluto, siempre era cariñosa y amable con todo el mundo, pero las sonrisas y los comentarios afables que Calvin le había dedicado aquella misma mañana, o incluso una hora atrás, habían sido sustituidos por miradas coléricas y actitud seria. Los miraba desde el sofá sintiendo como se le llevaban los demonios. Era imposible para él verla en brazos de otro, tan feliz, tan sonriente, tan ella.

—¿Puedo ver tu habitación? —Preguntó Lindsay, curiosa.

—Aun huele mucho a pintura.

—¿A pintura?

Şenay había estado preparando unos aperitivos para ella y para Tucker, pero no pudo evitar hacer algunos de más para ellos. Les escuchó hablar, sin querer, mientras se acercaba a ellos.

—Tu novio incendió la habitación hace una semana. —Dijo con una risilla, soltando en la mesa uno de los platos.

—No fue intencionadamente. El perro mordió el cable de la lámpara. — Calvin la miró ceñudo, dando la sensación de que realmente la detestaba.

—Ya lo sé. No te lo tomes tan en serio —le dijo—. Puedes subir si quieres. Es la habitación de la izquierda.

Antes de que Calvin dijera nada más, regresó a la cocina, desde donde el arquitecto miraba con los brazos cruzados en el pecho.

—¿Siempre es tan... hostil? —Le preguntó Tuck cuando ella rodeó su cintura con los brazos.

—No siempre —Sonrió involuntariamente al recordar que por la mañana había jugado con ella—. Pero a veces sí es así.

Lindsay miraba las escaleras, tentada de ir a ver la habitación, pero Calvin no parecía mostrar el más mínimo interés en moverse de aquel sofá, pues sabía que en el momento en el que los otros dos se quedasen a solas, el arquitecto aprovecharía para besarla, para tocarla y para tenerla entre sus brazos. Por un momento Şenay se sintió mal por Lindsay, porque había conducido casi una hora y su novio parecía ignorarla, y porque, por el simple hecho de no mostrarle la habitación, podía llevarla a sacar conclusiones muy erróneas.

Después de darle un apasionado beso a Tucker se acercó a la pareja del sofá,

llevó una mano a la de ella y tras de tirar de ella para ponerle de pie, le pidió que le acompañase. La guió hasta el dormitorio que ocupaba Calvin y abrió la puerta.

—Pensaba que se quedaba en la cabaña... —Confesó Lindsay.

—Lo hace. Se quedaba en la cabaña, pero cuando hubo el huracán, el viento tiró una de las Secuoyas sobre la casita y su coche... Supongo que lo sabes...

—La novia de Calvin asintió—. En medio de la noche creí más acertado que durmiera aquí en lugar de conducir hasta la ciudad en medio de la ventisca. A mí no me molestaba que ocupase la habitación que yo no uso. Después del incendio volvió a su cabaña.

—Pensaba que no os llevabais tan bien como para...

—No nos llevamos tan bien. —Interrumpió Calvin, cerrando la puerta de la habitación de un golpe, rodeando la cintura de su novia y guiándola de vuelta a las escaleras.

—La casa es increíble.

—Gracias. Yo también lo creo —sonrió, cogiendo en brazos al perrito, que había subido siguiendo a Calvin.

No entendía qué era lo que le incomodaba tanto como para subir, cerrar la puerta en sus narices y llevarse de allí a su novia de aquella forma, no es que le hubiera contado que durmieron en la misma cama la noche del incendio, ni que habían pintado la habitación entre los dos, ni que habían ido juntos a escoger el mobiliario o a comprar la pintura, era consciente que de decirlo podría ponerle en una situación incómoda, podría ponerle en una situación incómoda incluso a sí misma ante Tucker. Acarició la cara del cachorro, frotándole las orejas y después de darle un beso en la cabeza, lo estrechó entre sus brazos, bajando detrás de la pareja.

En vista de que la visita no iba a resultar ser tan agradable como Lindsay había creído, pasado un rato propuso a su novio ir a la ciudad, allí podrían cenar en el restaurante de siempre, podrían pasear como habían hecho cuando salían y luego, tal vez, ir a un apartamento o al otro para pasar la noche juntos, algo que no había pasado desde que se quedaba en el rancho. Calvin pareció dispuesto a ir con ella, pero de pronto en la cocina escuchó reír a Şenay.

—¡No! —Se quejó ella entre risas. No hizo falta que Calvin mirase para que supiera que Tucker estaba haciéndole cosquillas, podía reconocer esa forma de reír—. Vale, vale, acepto.

—¿Todo? —Preguntó Tuck—. ¿A solas, cena romántica, paseo a la luz de la luna por la playa y...?

—Todo. —Respondió ella, rodeándole el cuello con los brazos y acercándose para besarle.

No podía. Calvin no podía aceptar la petición de su novia. Si aceptaba significaba dejar a Şenay y a su novio completamente a solas, y sabía lo que pasaría si se quedaban solos en el rancho. En lugar de darle una respuesta se recostó en el respaldo del sofá.

—Estoy cansado. ¿Por qué no nos quedamos aquí? Podemos preparar algo para cenar y dar un paseo por aquí.

—Pero yo no sé cocinar... Ya sabes que siempre es Johanna quien prepara mis comidas. Preferiría...

—Perdón por meterme... —Dijo Tucker de repente—. Habíamos pensado cenar a solas, pero podéis apuntaros si queréis. Mi amorcito cocina como los ángeles.

—¡Tuck, no! —Exclamó Şenay en voz baja, como recriminándole.

—¿Acaso no quieres cenar con nosotros? —Preguntó Calvin, mirándola de forma acusatoria.

—No es eso. Es que no quiero estropear vuestros planes.

—Los planes de tu novio me parecen estupendos. Podemos cenar aquí, los cuatro. Luego podemos ir a dar un paseo.

El arquitecto se giró hacia su novia sin saber qué cara poner, su intención era solo que comieran con ellos, pero sus planes de cena romántica se habían ido al garete y peor aún, también sus planes de pasear a la luz de la luna con su preciosa y maravillosa novia. «Lo siento», gesticuló cuando ella se llevó las manos a la cintura y lo miró del mismo modo con el que Calvin la había mirado a ella. Antes de poder decir nada su móvil empezó a sonar en el bolsillo de su americana. Tucker canceló la llamada en lugar de responderla, pero el teléfono volvió a sonar, haciéndolo resoplar con disgusto. Podría negarlo, pero Calvin se sentía más que curioso por esas misteriosas llamadas que tenía el arquitecto siempre que pisaba el rancho. A pesar de que Tucker había salido de la casa, Calvin trató de escuchar la conversación, de la que solo oyó un par de cosas «¿Qué demonios quieres?» y «No, no podemos encontrarnos ahora». Miró a Şenay, quien preparaba ingredientes para la cena ignorando, quizás adrede, la conversación de su novio. No entendía por qué no se mostraba, al menos, un poco incómoda con ello.

—¿Pasa algo? —Preguntó Şenay cuando Tucker entró, se puso tras ella y la rodeó por la cintura, apoyando la frente en su hombro.

—Sí y no. No pasa nada, pero he de irme. —Se quejó.

—¿En serio? ¿No puedes quedarte, al menos a cenar?

—Ojalá pudiera, cariño. Sabes las ganas que tengo de pasar una noche entera contigo, pero... Lo siento, de verdad. —Se acercó a por su chaqueta y después de ponérsela volvió al lado de su novia, quien miraba incrédula—. Siento no poder quedarme. —Repitió, llevando las manos a su cara y atrayéndola para besarla—. Lo siento, chicos, será otro día —dijo, mirando a Calvin y a Lindsay—. Me alegra haberte conocido. —Dijo mirando a Lindsay.

—A mí también.

Después de un gesto con la mano Tucker salió de la casa. Por un momento quiso pasar de todo y volver con su novia, últimamente la había dejado colgada demasiadas veces por culpa de alguien indeseable a quien realmente no quería tener que ver. Şenay miró a la pareja en el sofá y después de una sonrisa triste se dirigió a la escalera, claramente para encerrarse en su habitación. Calvin se vio tentado de salir y gritar al arquitecto si tan poco valía ella como para hacerla siempre a un lado, pero Lindsay atrajo su atención, poniéndose en pie.

—Creo que yo también me marcho...

—¿Te vas? —Lindsay pensó que le pediría que se quedase al menos a cenar, pero no lo hizo.

—Sí, me voy. Tú estás cansado, y lo que ha pasado... No sé... Parece que el buen ambiente se ha esfumado. Espero que otro día me enseñes algo del rancho, lo poco que he visto es maravilloso.

—Por supuesto que sí, Lins. Pero otro día tienes que venir por la mañana para que podamos estar juntos todo el día. —Lindsay sonrió por la afirmación, rara vez le pedía pasar juntos todo el día.

Se despidieron con un simple beso y acto seguido ella se marchó, dejando solo a Calvin.

Llevaba más de una hora sentado en el sofá, sin hacer nada más que mirar al vacío. Tenía curiosidad por saber quién era ese alguien que llamaba a Tucker y que siempre le llevaba a marcharse con urgencia, no por quién fuera en realidad, sino la importancia que tenía, una importancia que le hacía relegar a un segundo lugar a la mujer de la que aparentemente estaba enamorado.

No tenía intención de preparar una gran cena, ni siquiera le apetecía comer nada, pero necesitaba una excusa para sacarla de su habitación, así que preparó un par de sándwiches y después de disponerlos sobre la mesa con sus respectivos vasos y su bebida fue a buscar a Şenay. Llamó a la puerta con un

par de toques y en vista de que no respondía abrió. Şenay estaba sentada en la cama, de espaldas a la puerta y mirando hacia la ventana, del mismo modo que había estado cuando subió horas atrás, después de que se fueran los abogados. La miró durante un largo minuto y luego se acercó a ella. No dijo nada, solo agarró una de sus manos y tiró, poniéndola en pie.

—¿Qué pasa?

—Pasa que no te vas a quedar sin comer nada por culpa de tu novio. He preparado algo de cenar así que vamos.

—Por favor, ve con Lindsay. Cenad a solas. Además, yo no tengo mucho apetito.

—Ella se ha ido hace un rato. Estamos solos. —Aquel “estamos solos” sonó demasiado sugerente, más aun para ser que él tiraba de ella como si necesitase llevarla a alguna parte—. ¿Prefieres cenar sola? ¿Te subo...?

—No. Voy contigo.

Şenay sonrió al ver lo que había preparado y no dudó en sentarse en el lado de la mesa que siempre ocupaba y oler su cena. Le encantaban los sándwiches de pavo vegetal ahumado con un montón de lechuga, tomate...

—¿Quieres salir después de cenar? Podemos bajar a la playa o sentarnos detrás... —Propuso Calvin sin mirarla.

—Claro. Hasta la visita de los abogados ha sido un día genial. Salir me parece una idea estupenda. Es una bonita forma de culminar un día que ha ido estropeándose por momentos... —Calvin supo rápido a lo que se refería.

—Si no quieres...

—¡Quiero! —Interrumpió ella rápidamente—. Quiero. —Repitió, mirándolo directamente a los ojos.

Como habían acordado, después de la cena y de lavar lo que habían ensuciado, salieron de la casa seguidos por el perro, Calvin no quería que le pasase algo o que se perdiera por la noche en un rancho enorme, así que, haciendo esperar a su acompañante, cogió en brazos al cachorro y después de darle un beso entre las orejas, lo metió en la cabaña, donde se quedó aullando, desesperado, mientras ellos dos se alejaban a paso lento.

—Serás un gran padre —sonrió ella sin apartar la mirada del suelo.

—¿Por cómo trato al perro? —Ella asintió con un ruido nasal—. Entonces tú serás aún mejor.

—¿Por qué?

—¿Crees que no te he visto? La delicadeza y el cuidado con el que lo tratas, el

amor que le regalas con una simple mirada... Delante de mí no actúas así, pero te he visto, y te he oído hablar con él como si fuera un bebé.

—¡Es que lo es! —Exclamó—. ¡Solo tiene dos meses! Y perdió a su madre...

Calvin sonrió pero no añadió nada más.

Su humor se había agriado con la presencia de sus parejas, sobre todo de la de ella, un hombre que, sin importar que hubiera otras personas delante, no dudaba en regalarle apasionadas muestras de amor, sin embargo, ahora que volvían a estar juntos y a solas, volvía a sentirse como en casa, tranquilo, seguro pero sobre todo, en compañía de ella.

El tramo hasta las escaleras que daban a la playa no era demasiado grande, tal vez quinientos metros desde la casa, y tampoco era angosto ni había demasiados árboles. Los hierbajos secos no les llegaban más arriba de las rodillas y el sonido de sus propios pasos resultaba más que reconfortante. Caminaban uno al lado del otro en completo silencio, disfrutando de una compañía que, hasta hacía unas semanas, ni siquiera se imaginaban que volverían a ver. Al llegar al acantilado del que descendían las escaleras, Calvin se detuvo. Aquella noche no había luna llena, pero se veía perfectamente el final del precipicio y las olas rompiendo en la playa. Siguió a Şenay cuando vio que, sin dudarlo ni un segundo, bajaba de uno en uno los escalones de troncos hasta la playa.

—Esto es maravilloso —murmuró ella—. Daría lo que fuera por poder disfrutar esto el resto de mi vida.

—Lo que fuera se limita solo al dinero de la fianza.

—Ojalá fuera tan fácil. Ojalá pudiera tener ese dinero con solo pedirlo. Ojalá... —Su voz sonó rota y Calvin no quiso que pensase en ello, no al menos esa noche.

—No le des vueltas. Verás como todo se arregla.

—No es eso lo que tu padre querría que me dijeras —sonrió.

—Pero es lo que quiero decir yo. Y lo que necesitas oír tú. —Ella aún ensanchó más su sonrisa, suspirando profundamente.

Siguió caminando, lentamente, con Calvin tan cerca de ella que casi podía rozar sus dedos al mover los brazos. Por un momento quiso dejarse llevar, ponerse frente a él, rodear su cuello con los brazos y plantarle en los labios los besos que se habían quedado a medias esa misma mañana, pero justo cuando se había armado de valor para hacerlo, recordó a Lindsay, y con ella a Tucker, quienes se habían ido hacía menos de una hora. Sus parejas confiaban en ellos y no podía traicionarles de esa manera, aunque la tentación fuera

imposible de resistir. Miró a Calvin de reojo, tratando de contentarse solo con un cruce de miradas, pero él caminaba hacia adelante impassible, sereno, tranquilo, sin sospechar siquiera de lo que había estado a punto de hacer.

El recorrido no fue demasiado largo. A pesar la temperatura pasearon, con los pies desnudos, de un lado al otro de aquella pequeña playa de arena fina, pero Calvin se dio cuenta de que ella se estremecía de vez en cuando por el frío de la brisa marina, y aunque no quería, sugirió volver.

A la vuelta caminaron despacio, mucho más de lo que lo habían hecho en la playa, como si no quisieran regresar, como si no quisieran que terminase ese día para no tener que separarse, pero poco a poco, las luces de la casa que habían quedado a lo lejos en el trayecto de ida, se vieron cada vez más cerca en la vuelta, hasta que, inevitablemente, llegaron a la explanada de grava en la que estaban ambas casas.

—Buenas noches, Seni. —Le dijo frente a la puerta la casa antes de que entrase para ir a dormir.

—Buenas noches, Calvin. —Respondió ella, con las mejillas ligeramente sonrojadas y una sonrisa tímida—. Que duermas bien...

—No lo creo... Echo de menos el olor, la tranquilidad, la comodidad de esa habitación. —Sonrió.

—Supongo que mañana ya no olerá a pintura...

—¿Me estás pidiendo que vuelva?

—Estás aquí para presionarme, ¿no? —Sonrió, él asintió devolviendo la sonrisa, luego ella se dio la vuelta y abrió la puerta para entrar.

De pronto Calvin la frenó por un brazo, con urgencia por evitar que se fuera. Se sintió tentado de alargar el paseo, o de proponerle ver una película, o tomar una cerveza en la hamaca de la parte trasera, algo para estar con ella un rato más, pero cuando se giró no supo qué decir, la soltó despacio, negando con la cabeza y se dirigió a toda prisa a la cabaña, repentinamente nervioso.



## Capítulo 10

### *Confesando el secreto mejor guardado*

Acababan de sentarse en la mesa del restaurante que les habían asignado, donde Tuck pidió un delicioso vino francés para ir abriendo boca. El camarero llenó las copas mientras Şenay y Tucker miraban la carta y elegían qué cenar. Cuando éste les tomó nota y se alejó, se deleitaron con el contenido de sus copas antes de tomarse de las manos por encima de la mesa.

—¿Te he dicho que hoy estás preciosa?

—Creo que unas treinta veces —rió ella.

—Es que lo estás. ¿Te haces una idea de lo mucho que echo de menos esto? Salir juntos a cenar, ir a tu apartamento... —De pronto Tucker levantó una mano hacia la puerta, obligándola a mirar.

Calvin y Lindsay entraban en el mismo restaurante en busca de una mesa, y Tucker ni siquiera lo pensó a la hora de invitarles a unirse a ellos. Ya había arruinado una cena días atrás, al marcharse como lo había hecho, siendo que había sido él quien les propuso cenar juntos. Calvin ni siquiera gesticuló, los miraba con desaprucho como siempre hacía, pero Lindsay sí se acercó a ellos con una sonrisa brillante dibujada en el rostro. A Lindsay le caían bien, solo les había visto una vez, pero Tucker le parecía un tipo encantador, simpático y cariñoso. Şenay también le caía bien, parecía una chica amable, atenta y simpática. No le gustaba demasiado que su novio y ella vivieran solos en el rancho, y menos que hubieran vivido bajo el mismo techo, pero había podido comprobar lo mucho que Calvin la evitaba y lo mucho que decía detestarla, confiaba en que nada pudiera surgir entre ellos, por él pero sobre todo por

ella, quien parecía enamoradísima de su novio.

Aceptando la invitación de cenar con ellos, se sentaron en su mesa, Calvin frente a Şenay y Lindsay frente a Tucker.

—Desde hace tiempo me pregunto... ¿Cómo os conocisteis? Él no parece un chico de codearse con clases inferiores... —Soltó Tuck, terminando el segundo plato.

—¿Clases inferiores? Por favor... Estamos en el siglo veintiuno.

—No importa cómo lo haya querido decir. Me habéis entendido todos, ¿A que sí? —Lindsay asintió efusivamente, haciendo que Tuck levantase la mano para que ella chocase “los cinco”.

—Fue en la playa. —Empezó Şenay—. Él iba corriendo con un amigo y yo no los vi.

—¿Hace mucho? —Preguntó Lindsay llena de curiosidad.

—Teníamos catorce años.

—Desde los catorce años...

Calvin se removía incómodo en su asiento. No había hablado de su relación con Şenay con su novia y temía que eso causase un enfado.

—¿Por qué terminasteis mal? —Inquirió el arquitecto.

Entre ellos se hizo un silencio incómodo, pero Tucker no era capaz de entender que conociéndose desde niños no quisieran hablar de ello.

—¿Terminasteis mal? ¿Por qué? —Lindsay le siguió el juego a Tucker.

Calvin ya estaba harto de preguntas incómodas, así que soltó su vaso sobre la mesa y empezó a hablar:

—Acabamos con malos términos cuando en menos de un año de nuestra boda Şenay me dejó, así, sin más. —Şenay apretó los puños por debajo de la mesa y lo miró como si pudiera fundirlo con la mirada. Tucker fijó la vista en su novia del mismo modo en que Lindsay lo hizo con él, pero eso no le intimidó, siguió con la mirada fija en Şenay y continuó con su discurso—. Nos conocimos con catorce años. Fue como un flechazo, lo que llaman amor a primera vista. Empezamos a salir solo una semana más tarde. —Hizo una pequeña pausa sin apartar la mirada de ella—. Nos amábamos tanto que con veintiuno nos casamos. Era una relación envidiable, idílica, pasional y profunda, ella era ella realmente, y yo podía ser quien realmente soy. Era perfecto en todos los sentidos. Pero un año después me dejó sin más, se fue de un día para el otro. Nos divorciamos sin siquiera tener la mínima posibilidad de hablar de ello. Nunca supe la razón. Así es imposible que pudiera terminar bien.

—No te... No tenía ni idea de que estabas divorciado. —Murmuró Lindsay.

—Lo siento. No es algo de lo que me sienta orgulloso. Ni siquiera me resulta agradable recordarlo.

—Ahora entiendo tu actitud, y también que quieras que se vaya del rancho...

—Tucker hablaba con Calvin sin apartar la mirada de Şenay, algo que le aterraba ya que, en dos años, no habían discutido nunca, ni una sola vez. Si no le había dicho lo de su divorcio era, simplemente, porque el pasado no tenía nada que ver con su relación.

—No soy yo quien quiere que se vaya del rancho. —Aclaró con gravedad—. Sé lo importante que es para ella, sé lo que significaba Şenay para Henry y lo especial que debió ser para él cuando compró algo así pensando en ella... Pero los negocios son los negocios y si hay algo con lo que mi padre no juega, es con el dinero.

«Eso lo sé bien». Pensó Şenay buscando la puerta con la mirada, como queriendo huir.

—¿Y por qué vives con ella? —Preguntó Lindsay.

—Mi padre pretende que la heredera del rancho acepte el cheque y se vaya. Pero no es tan simple, le rondaban ideas... De dudosa legalidad, quería que se asustase y que huyera con lo puesto. Estar en el rancho es una forma de protegerla y a su vez una forma de recordarle que tiene un dinero que devolver si quiere seguir su vida sin intrusos molestando.

—¿Con ideas de dudosa legalidad te refieres a un sicario? —Preguntó Tucker, con una repentina sombra oscureciendo su mirada—. ¿Pretendía contratar a un sicario para que la quitase del medio? —Inquirió ceñudo.

Calvin alzó los hombros e hizo un gesto de obviedad sin llegar a confirmar o a desmentir nada, pero Şenay sabía que Howard era perfectamente capaz de hacerlo incluso de hacerlo con sus propias manos.

Por suerte, entre medias de las explicaciones sobre su pasado, habían terminado el postre y, permanecer los cuatro en esa mesa, con el tema de conversación que incómodamente se había expuesto, era absurdo, así que, en un momento, decidieron marcharse ya.

Salieron del restaurante y, sabiendo que Calvin y Şenay volverían esa noche al rancho, Lindsay propuso a Tucker ir a tomar algo mientras ellos volvían, pero éste miró a su novia y se negó.

—Esta noche no va a ir ni al rancho ni a ninguna otra parte. Tengo algunas cosas que aclarar con ella.

Şenay no había escuchado antes ese tono de voz ni la gravedad de sus

palabras, y por un momento se vio tentada de huir.

—Podéis hablar lo que queráis. Podemos esperaros. Vamos al mismo sitio así que puede venirse conmigo.

—Ella no va a ir contigo a ninguna parte, Calvin. A pesar de lo que sé, no tengo nada en contra tuyo, pero deberías pensar en tu novia, no en la mía. Cuando quiera volver seré yo quien la lleve.

—Has bebido.

—He dicho que seré yo quien la lleve.

Calvin murmuró de mala gana algo que ninguno entendió, y acto seguido guió a Lindsay al coche. Ignorándolos, rodeó el Maserati y subió en el asiento de conductor. Al mirar por el retrovisor vio como Tucker abrazaba a Şenay y como ella devolvía el abrazo y, aunque dijera detestarla, le hirvió la sangre al verla en los brazos de otro hombre.

—Ha sido toda una sorpresa saber que estabais casados. —Murmuró Lindsay sin saber muy bien cómo hablar con él sin parecer estúpida—. Por cómo hablabais y eso creí que habíais sido conocidos, vecinos, compañeros de clase o algo parecido.

—Siento no habértelo dicho. No haberte contado que estaba divorciado. Yo... En realidad no es algo de lo que me guste hablar.

—Cuando te pregunté si habías tenido alguna relación complicada...

—Es que no fue complicada, Lins. Ella perdió su risa de un día para el otro, sin motivo aparente, y de repente un día más tarde se marchó. Nunca discutimos, nunca nos dijimos nada mal dicho. No fue una relación complicada. Pero ahora que lo dices... ¿No es un poco raro que le digas a su novio que vayáis a tomar algo mientras ella y yo volvíamos al rancho?

—Sabía que iba a decir que no, pero esperaba que lo dijeras tú. Esperaba que dijeras exactamente lo que ha dicho él, que no iba a ir a ninguna parte con él, que él debía irse con su novia y no con la tuya...

Calvin llevó el coche hasta el arcén y se detuvo, apoyando la frente en el volante con cara de frustración.

—No sé por qué diablos tuve que irme al rancho. Ni por qué he tenido que contaros nada. Ella ni siquiera significa nada para mí.

—Ella fue alguien muy importante en tu vida. Es normal que te preocupes por ella, o que intentes ayudarla. Solo prométeme que cuando devuelva el dinero o pase el plazo te irás de allí. El roce hace el cariño y entre vosotros ya hubo algo muy fuerte...

—Entre nosotros lo único que hace es el odio. Cuando más trato con ella más

la detesto. —Mintió, pero Lindsay se dio cuenta.

—Ya... —No era cierto. Lo conocía y sabía que lo que decía no era cierto, por eso se sentía insegura ahora que conocía su pequeño secreto.

Şenay y Tucker habían ido a unos jardines cercanos, un parque con grandes explanadas de hierba, con fuentes y largos caminos pavimentados. Caminaban uno al lado del otro, en silencio, Tucker imaginándola casada con ese tipo, conviviendo con él en la misma casa, desayunando juntos... Sentía como le invadían los celos, algo que hasta que ella no llegó a su vida, no había sentido nunca. De pronto sintió como ella metía los dedos entre los suyos y ajustaba su agarre. Sonrió al notar como ese pequeño gesto no había cambiado a pesar de estar cerca de quien había sido su marido, alguien a quien amó lo suficiente como para querer pasar la vida con él.

—Siento mucho no haberte contado algo como eso... —Dijo pesarosa.

—No. No lo sientas. ¿Recuerdas nuestro trato? El pasado no importa. Lo que hayamos hecho, lo que hayamos sido, lo que hayamos tenido no importa. El destino nos ha puesto a uno en el camino del otro y lo único que importa es lo que sentimos el uno por el otro. No importa si has estado casada. Tampoco importa que ahora compartáis piso. Confío en ti tanto como tú en mí, y sé que por mucho que hayáis estado casados ahora estás conmigo y que me quieres a mí.

—Tuck...

—¿No es así?

—¡Claro que es así! Solo siento que... No sé, no haberte dicho quién era Calvin cuando te dije que le conocía... De verdad siento no habértelo dicho.

—No pasa nada, olvídale. —Dijo tocándole la punta de la nariz con un dedo—. La noche es joven. ¿Te apetece...? —Su sonrisa amable se volvió pícaro y ella supo de inmediato a qué se refería.

Şenay le dio una palmada en el trasero y corrió con dirección al coche con su novio pisándole los talones.

—¿Sabes lo que lamento ahora mismo?

—¿Haber dejado tu piso? —Le había leído la mente.

—En el coche es tan incómodo...

—¿Y en el rancho? Aun no lo hemos estrenado en ese sentido... —Ella sonrió y, después de mover los hombros como una niña que quiere un capricho, abrazó a Tuck, quien la rodeó por la cintura con un brazo y agarró su trasero con la otra mientras hundía la cara en su cuello—. Esta noche estás preciosa,

¿te lo he dicho?

A pesar de que la idea de Calvin era la de ir a la ciudad y estar con su novia, de acompañarla y de compensarle por el abandono al que la había condenado al ir al rancho, su humor se esfumó al encontrar a Şenay y a Tucker acaramelados en el restaurante, pero aun fue peor al haber rememorado algo que él hubiera preferido guardar en el olvido. Había pensado estar toda la noche con Lindsay, sin embargo, después de la tortuosa cena, no pudo más que llevarla a casa y regresar al rancho.

Hacía tres noches que dormía de nuevo en la habitación que había ocupado desde el huracán hasta el incendio, así que, en lugar de entrar en la cabaña, entró en la casa principal. El coche de Şenay no estaba en la cochera y el perrito vino corriendo a recibirle, llorando de alegría, era evidente que ella no estaba. Aun con toda certeza subió a la habitación de Şenay, craso error ya que sobre la cama había algo que todavía empeoró más su ya de por sí mal humor.

\* \* \*

Antes de salir esa noche:

Sabía que, al igual que él, ese viernes lo pasaría con su pareja, ambos iban a ir a la ciudad así que se le ocurrió que podrían ir juntos en un solo coche. A punto de marcharse, subió al dormitorio de Şenay para decírselo. Si quería ir con él, la esperaría hasta que estuviera lista, pero se llevó una enorme sorpresa al mirar por la apertura de la puerta y verla en ropa interior, con un conjunto negro y rojo tan sexy y provocativo que, con gusto, le habría hecho cambiarse por otro al saber que no solo iba a salir con otro, sino lo que Tucker pensaría cuando lo viera (y conociéndolo lo poco que lo conocía, tenía la certeza de que lo vería). Se marchó con frustración y sin decir nada pues, de haberlo hecho, podría parecer que la espiaba, cuando realmente no había sido así.

\* \* \*

La cajita de lencería reposaba, vacía, sobre la cama y por un momento sintió como le hervía la sangre al imaginar lo que estarían haciendo en ese momento. —Vamos, Bruce. Al parecer esta noche se ha olvidado de nosotros. —Le dijo al perro, cogiéndolo en brazos y dirigiéndose a su habitación.

Se dejó caer de espaldas sobre la cama pensando en alguna excusa con la que hacerla volver, ¿un nuevo incendio? No, era mala idea incluso recordar el anterior. ¿Que el perro estaba enfermo? Miró al cachorro y era cruel incluso

pensar que pudiera estar enfermo, ¿Pero qué? ¿Qué podía pensar para que Şenay se olvidase de su novio y volviera al rancho? Algo que no era mentira era su intolerancia a la lactosa, siempre que tomaba algo con lácteos su estómago se retorció de dolor y, por culpa del arquitecto, se había tomado las dos bolas de helado del postre casi sin pestañear, no era mentira que su estómago estuviera revuelto y le doliera. Esa era la excusa perfecta, decirle que se encontraba mal y que necesitaba que estuviera con él. Sonrió ante la maldad y cogió el teléfono con intención de teclear un mensaje que mostrase su dolor y su agonía. Resopló amargamente al recordar que no tenía su número y lanzó el móvil contra la cama.

Estaba amaneciendo, Şenay aún no había vuelto y sus nervios estaban de punta.

Calvin había pasado la noche imaginándose todo tipo de situaciones entre ella y su novio. Lo había hecho mientras conducía de vuelta al rancho, al asomarse a su habitación para ver si estaba, al meterse en la cama y lo había hecho al escuchar un coche acercarse desde la distancia.

Cuando la oyó entrar se vio tentado de salir y pedirle explicaciones por volver a esa hora, pero estaba claro que ellos no eran nada y no tenía nada que recriminarle. Se abrazó al perro y se dio la vuelta para dormir, pensando que al menos ahora, estaba sola y “a su lado”.

Bajó a la hora de siempre, pensando que Şenay estaría durmiendo. Atravesó el salón con el perrito en brazos para sacarlo a hacer sus necesidades pero al pasar la vio en la cocina, apoyada en la encimera, con la vista fija en la ventana desde donde se veía el extenso campo de lavandas. Carraspeó para hacerle saber que estaba ahí pero no se detuvo. Şenay no había visto al perrito desde la tarde anterior, así que no dudó en correr tras ellos.

—¿Te dijo algo sobre lo de anoche? —Preguntó fingiendo desinterés cuando ella se sentó, al lado suyo, en los escalones de la entrada.

—¿Sobre qué?

—Sobre estar divorciada. Sobre haber estado casada conmigo.

—No. No hablamos mucho sobre ello, la verdad. Al empezar a salir quedamos en que no importaba nuestro pasado, de dónde veníamos o lo que habíamos hecho hasta llegar a ese punto. Confía en mí, confío en él y lo nuestro terminó hace seis años. ¿Por qué lo preguntas? ¿Tu novia te dijo algo?

—Nada que te interese saber. —Dijo de mala gana.

—Vale. —Dijo ella, con una mueca por el tono que había usado.

—Por cierto... ¿Qué son esas llamadas que tu novio nunca responde en tu presencia? ¿Por qué siempre que pasa eso te deja sola y se va corriendo? Durante la cena me di cuenta de que colgaba dos de ellas.

Şenay no se había percatado de más llamadas, pero de haberlas habido podrían haber sido perfectamente por algo del trabajo, o por asuntos de sus compañeros de piso.

—Supongo que no es nada que te interese saber —Sonrió.

No tenía intención de hacerlo, pero recordó cuando jugaban a burlarse el uno del otro y aquel recuerdo le hizo extrañamente feliz.

Calvin resopló, hincando los codos en el escalón superior y estirando las piernas. Aún tenía molestias estomacales por el helado de la cena, así que, disimuladamente volvió a sentarse, apoyando los brazos en sus rodillas.

—Me he dado cuenta de que no tengo tu número. —Dijo Calvin mirando al perro—. Si pasara algo cuando no estás no tendría forma de avisarte.

—¿Pasó algo anoche?

—No. Ya no.

—¿Estuviste enfermo del estómago? —Calvin se giró hacia ella con el ceño fruncido—. No me mires así, no me he olvidado, y me di cuenta de que comiste aquel helado. Siento mucho que hubieras estado solo si te encontrabas mal. Si hubiera venido contigo como sugeriste...

—Fue por tu culpa. Podrías haber mentido, haber dicho que fuimos compañeros de clase o vecinos, o... Me obligaste a confesar un secreto que guardaba celosamente.

—Pero yo no insinué que habíamos estado...

—¿Enamorados? ¿Casados? ¿Divorciados? No, tal vez no dijiste nada de eso, pero podrías haber dicho algo antes de que me viera en la obligación de callar a tu novio por tanta pregunta incómoda. Entre eso, el helado y la lencería que llevabas...

—¿Cómo? —Preguntó—. ¿Lencería?

—Sí, lencería. Te vi con ese conjuntito... Tenías la puerta abierta. Me acerqué para preguntarte si querías que fuéramos juntos y te vi. No te espiaba ni nada, simplemente fue un accidente.

—¿Me viste en ropa interior?

—Vamos Seni, no te escandalices, te he visto muchas veces en ropa interior, y mucho más desnuda que eso también. Además, dependiendo del modelito que lleves es fácil imaginarte sin ropa. —No quiso decir eso de aquel modo y la cara de Şenay se enrojeció violentamente—. Esos pantalones, por ejemplo —



intentó explicar—, son tan ceñidos que parece que no llevases nada. O esa camiseta...

—¡Esta camiseta es ancha! No se marca nada.

—¿Estás segura? —Desvió la mirada a sus pechos. Tenía los pezones endurecidos por el frío, hecho quizás poco notable para ella, pero demasiado llamativo para un hombre.

—Dios mío... —Dijo espantada. Acto seguido se cubrió el pecho con las manos y corrió hacia el interior de la casa.

Cuando eran una pareja, cuando estuvieron casados, cuando vivieron juntos, le encantó que se Calvin la mirase de esa forma, le gustaba saber que la observaba cuando se cambiaba, cuando se vestía... Y se sentía halagada al saber que se excitaba solo con eso, porque la hacía sentirse sexy y deseada. Ahora le había hecho sentir tan avergonzada que no sabía cómo iba a poder mirarle a la cara otra vez.

A pesar de que la ropa que llevaba le hacía pasar frío en muchas ocasiones, le gustaba sentirse libre en sus movimientos, le gustaba no llevar capas y capas de ropa que le hacían tener más frío que confort, sin embargo, al entrar en la habitación, lo primero que hizo fue buscar los sujetadores que más relleno tuvieran, de forma que no se le marcasen los pezones ni aunque estuviera sumergida en hielo, luego buscó una sudadera gruesa que ponerse encima de la camiseta que llevaba, solo encontró una de Tuck, pero no le importó que le quedase enorme y también eso se puso. Con los pantalones hizo algo parecido, buscó lo más ancho que pudo encontrar y eso fue lo que se vistió.

A la hora de la comida Şenay se negó a bajar, le avergonzaba pensar que Calvin hubiera estado todo ese tiempo fijándose en su ropa e imaginándola sin ella.

Calvin había preparado pasta para comer. Eso y platos sencillos era lo único que sabía cocinar. Subió a buscar a su ex, pero al llamar a la puerta ella no respondió. No la había visto salir, de hecho, no había escuchado la puerta de su habitación después de saber que estaba allí encerrada y era obvio que no había saltado por la terraza para escaparse. Avisó desde el pasillo que iba a entrar y abrió la puerta. Şenay no estaba en la cama, al mirar hacia el baño la luz estaba apagada y la puerta abierta, pero en el vestidor había un bulto que pudo identificar a simple vista.

—¿Y eso? —Preguntó con el ceño fruncido y expresión de duda.

—No es nada. —Respondió ella, cruzando los brazos frente al pecho y

apoyando la frente en las rodillas—. ¿Puedes marcharte?

—Esto no será por lo de antes, ¿no?

—¿Y qué si lo es? ¿Puedes marcharte?

—Supongo que, si no lo recuerdas, tu novio te lo habrá dicho también... Tienes un cuerpo hecho para mirarlo. Ir vestida de espantapájaros no va contigo.

—¿Y qué va conmigo?

—Lo que llevas siempre. Siempre supiste vestir para cada ocasión. Estos días he podido comprobar que eso no ha cambiado.

—Sin embargo es... ¿Cómo era? ¿Fácil imaginarme sin ropa? —Calvin se echó a reír, haciendo que Şenay volviera a esconder la cara entre los brazos.

Sin añadir una sola palabra más, Calvin se acercó a ella, la agarró de un brazo obligándola a ponerse de pie y la llevó, a tirones, frente a un espejo de cuerpo entero que tenía en la habitación. La hizo mirarse de arriba a abajo.

—Si no te conociera no me parecería raro, pero tú no eres esa. —Señaló al reflejo—. La chica que yo he conocido siempre ha sido presumida, coqueta, seductora... Sí, es fácil imaginarte sin ropa, pero no es algo malo, creo, sino algo que solo pasa cuando se es deseable. ¡No me malinterpretes! —Rió al verla girarse para mirarle, otra vez colorada como un tomate—. ¡Lo he dicho como un cumplido! Además, yo no he dicho que te imagine desnuda. No sé si recuerdas que tengo novia, y que entre nosotros...

—Ya sé, ya sé...

—Pues si lo sabes, puedes volver a ser la Şenay de siempre y bajar a comer. He preparado tu plato favorito.

Calvin se giró con la sonrisa aun dibujada en la cara y salió de la habitación.

En realidad le había mentado, solo un poco, pero lo había hecho. Le había dicho que no la imaginaba desnuda pero, en realidad, no era del todo cierto, habían sido varias, demasiadas, las veces que se recreó en sus curvas, recordando, imaginando cosas que no debía pensar, y menos teniendo la relación que tenían. Era imposible que no pensara en ella y en su cuerpo cuando había sido suyo tantas y tantas veces en el pasado.

Cuando la oyó bajar por las escaleras pensó que lo haría con el atuendo con el que acababa de dejarle, sin embargo vestía sus habituales leggins y la camiseta “ancha” que llevaba antes. Le hizo un gesto de aprobación con las manos y trató de ignorar lo mucho que le gustaba verla así.



## Capítulo 11

*Es mejor así...*

Tucker había estado esa semana realmente ocupado con un proyecto importante. Había estado tan atareado con aquellos planos que pidió a su secretaria que le pasase sólo las llamadas que tuvieran que ver con el proyecto, las otras, las atendería el resto de arquitectos de la empresa o en el caso de las personales, las respondería después. Al salir ese viernes, lo último que esperó fue encontrarse en la entrada a su flamante novia. La miró desde la distancia deleitándose con aquella imagen hasta que Şenay lo vio, y sin importarle nada más, corrió hacia él, colgándose de su cuello, rodeando su cintura con las piernas y besándolo apasionadamente.

—Te he echado tanto de menos estos días... —Le dijo cuándo Şenay se apartó para mirarle—. He necesitado tantas veces oír tu voz aunque solo fuera una vez...

—Pues podrías haber respondido a alguna de mis quinientas llamadas. —Se quejó ella haciendo un mohín.

—Si lo hacía me vería tentado de dejarlo todo e ir a buscarte... Ya sabes cuantas veces lo he hecho —ella asintió con una sonrisa antes de abrazarle—. Perdóname. Pero este proyecto era demasiado importante para mí y para la empresa. De verdad, no podía permitirme distracciones.

—Te perdono, pero te voy a castigar —él alzó una ceja antes de saludar a la recepcionista para salir del edificio—. Primero iremos a cenar y luego... luego iremos al cine. Te voy a llevar a ver la película más aburrida que haya en la

cartelera.

La semana había sido agotadora, había ido a casa todas las noches, pero apenas había logrado pegar ojo por más de tres horas, aquella mañana solo faltaban un par de retoques finales y por la tarde su nivel de cansancio había llegado a un nivel que creía que moriría de agotamiento a medio camino entre la oficina y su apartamento compartido, sin embargo, la presencia de esa mujer le llenaba de energía, de ganas de hacer cosas. Ir a cenar con ella y ver una película después era la forma perfecta de terminar la semana.

Cenaron en un restaurante importante de la ciudad, al ir sin reserva debieron esperar en la entrada, pero el recepcionista conocía a Tucker de sus reuniones, así que se esmeró en organizar a los clientes para que el arquitecto tuviera una velada tranquila en la mesa más íntima del local. Y así fue. La siguiente hora la pareja estuvo sentada al fondo del restaurante, en una mesa que solían reservar para los clientes VIP. Cenaron sin poder dejar de mirarse, sin poder dejar de sonreírse, sin poder dejar de rozar sus dedos por encima de la mesa cada vez que había ocasión, pero tal como Şenay le había dicho, en cuanto terminaron la deliciosa y succulenta cena pasearon, abrazados, hasta el Grand Palace Stadium.

Dentro había una temperatura cálida que Şenay agradeció.

—¿Y bien? —Preguntó Tuck—. ¿Con cuál de ellas pretendes castigarme? —Rió al ver como ella se daba cuenta de que la inmensa mayoría de las películas eran del estilo de Tuck y de que, probablemente fuera ella quien se aburriera.

—¡Con esa! —Señaló un título en coreano—. No sé de qué va, pero no te gusta tener que leer subtítulos, así que te castigo con esa.

—Muy bien, señorita Miller, acepto el castigo —Rió.

Tras esperar hasta la hora de la película y comprar palomitas y bebidas entraron en la sala correspondiente, Tucker se sorprendió al ver a tanta gente allí sentada, por alguna razón pensó que el cine subtulado no lo veía nadie, y menos aún, en una película asiática, pero por suerte para él, no habían tantas personas como en otras salas, y podría aprovechar para «hacer manitas» con ella. Había tenido que abandonarla esa semana, pero estaba dispuesto a sacrificar la película para recuperar el tiempo perdido.

Cuando las luces se apagaron, Tucker no dudó en tomar su cara entre las manos y besarla apasionadamente, beso que ella parecía desear del mismo modo pues, ni puso frenos, ni objeción de ningún tipo, pero de pronto, las

luces parpadeantes de la película y una escalofriante melodía llamaron de inmediato su atención: una chica corría como loca a través de un bosque mientras algo la perseguía. Tucker se acomodó en su butaca entrelazando los dedos con los de ella y sin poder evitarlo, fue absorbido por la película hasta la aparición de los créditos.

Salieron del cine riendo a más no poder. A pesar de los subtítulos, había sido una película divertidísima y tanto uno como el otro habían reído como nunca.

—Gracias —Dijo Tucker, rodeando a Şenay por la cintura, elevándola del suelo y besándola.

—¿Por qué?

—Por esto. Por haber venido a buscarme, por ser el motivo por el que estoy lleno de energía. Si no te hubiera visto hoy habría llegado a casa a rastras...

—Sería divertido verlo —rió, haciendo que su novio la estrechase aún más fuerte.

La noche aun era joven, y probablemente, después de pasear por alguna calle solitaria, terminasen yendo al rancho, o a algún lugar íntimo y solitario en el que pudieran hacer el amor sin que nadie ni nada se lo impidiera. Tucker la besó una última vez y acto seguido agarró una de sus manos, entrelazando los dedos con los de ella para empezar a caminar y salir de aquel edificio.

Calvin había tenido que marcharse del rancho por la tarde, su padre le había pedido que fuera a su oficina y después de un par de horas de espera y otras dos en las que su padre solo le hablaba de sus dichosos y egoístas planes para el rancho, al fin podía ir a su piso, darse una reconfortante ducha y salir con su novia, con la que hacía varios días que no hablaba.

Habían ido a cenar a un restaurante nuevo de la ciudad, aunque Calvin mostró cierta reticencia por miedo a encontrarse de nuevo allí a Şenay y a Tucker, pareja que le irritaba enormemente ver junta, pero por suerte, a pesar de haber una veintena de parejas, ellos no estaban allí. Después, Lindsay propuso hacer algo distinto a lo que hacían siempre, y propuso ir al cine, a ver alguna película de terror que, con un poco de suerte, le permitiera tener la cálida compañía de su novio durante toda la noche, pero de repente, al entrar, se encontraron frente a ellos a Şenay y al arquitecto, quienes se detuvieron para saludar. Lindsay sonrió de manera simpática mientras él maldecía internamente al fijarse en sus manos. ¿Por qué diablos evitaban los sitios más visitados y los encontraban en el restaurante? ¿Por qué evitaban el restaurante y tenían que encontrarlos, de todos, en ese cine?

—Me pregunto si os ponéis de acuerdo antes de salir. —Bromeó Tucker, fijándose en la expresión amargada de Calvin.

—Lo parece, ¿verdad? —Preguntó Lindsay, siguiéndole el juego.

De pronto se detuvo frente a ellos una mujer, preciosa, sexy, muy bien arreglada, una mujer que borró la sonrisa de Tucker en una décima de segundo.

—¿Así que es por esto por lo que no respondes mis llamadas? ¿Por qué pierdes el tiempo paseando de la mano con niñas?

Calvin no pudo evitar fijar la vista en Şenay, quien había sustituido su bonita sonrisa por una expresión de asombro que mezclaba cierto terror.

Tuck ajustó el agarre de sus manos al notar que ella pretendía soltarse y acto seguido tomó una pose erguida, pareciendo aún más grande de lo que era.

—Este no es el momento, Katrina.

—¿No es el momento? ¿Acaso pretendes llevarla a jugar a un parque o algo así? ¿Es que tienes que llevarla temprano a casa? —Su voz sonaba tranquila, pero hosca y amenazadora, en contraste con su preciosa cara—. Espero que no te moleste, bonita, pero mi marido y yo tenemos cosas de adultos de las que hablar. —Katrina no pretendía ser amable con esa muchacha, así que se acercó a sus manos y las separó de mala gana, cruzándose de brazos delante de Şenay y mirándola de arriba a abajo con una sonrisa soberbia—. No puedo creer cómo se ha degradado tu buen gusto.

—He dicho que este no es el momento. —Advirtió Tuck, con un tono de voz que Şenay no había oído nunca antes y agarrándola de nuevo.

Lentamente, Şenay soltó su agarre, apartando su mano de la de él para evitar una pelea entre su novio y aquella mujer.

—A mí eso me da igual. Llama a una niñera si no tienes donde dejarla.

—Disculpe. —Intervino Lindsay sintiéndose repentinamente mal por Şenay, quien parecía no saber dónde meterse.

—No te metas, Lins —pidió Calvin con severidad.

Calvin no podía tolerar lo que estaba pasando, sin soltar la mano de su novia se acercó a Şenay, la agarró del brazo y tiró de ella sin mediar palabra. Tucker no podía dejar las cosas como estaban, no podía dejar que Şenay malinterpretase la situación y mucho menos dejar que su ex se la llevase de allí sin más. Con un gesto brusco apartó a Katrina y empezó a correr detrás de su novia.

—Te lo agradezco, Calvin. Pero no eres tú quien tiene que solucionar esto. Disfrutad del resto de la noche.

Katrina no estaba dispuesta a ver como su marido se iba con otra y, si él no

pretendía hacer nada al respecto, actuaría ella. Se acercó a paso rápido a donde estaba la pareja junto a los otros dos y, sin mediar palabra, agarró a Şenay por el pelo y empezó a tirar de ella fuera del Grand Palace Stadium, Tucker, Calvin y Lindsay corrieron tras ellos, incrédulos. Considerando que ya había llamado bastante su atención, empujó a Şenay hacia la calle. Iba a hablar con él quisiera o no. Pero Tucker no la miró, ni siquiera parpadeó, observaba atónito la situación sin poder articular palabra. Al ver a Şenay en el suelo, con el pelo desordenado y a su ex con una mirada furibunda se quedó completamente bloqueado.

—No soy yo quien debe decir nada... —Empezó Calvin, fijándose en como Lindsay ayudaba a Şenay a ponerse en pie, ésta parecía confundida, como si no supiera lo que estaba pasando.

—Pues no hables. A ti nadie te ha preguntado nada —Soltó Katrina, mirándolo como si pudiera fundirlo con la mirada.

—Pero el trato que acabas de darle a...

Katrina se acercó a él enaltecida, lo empujó contra la gruesa puerta de cristal de la entrada y pinchó en su pecho con un dedo mientras entrecerraba los ojos con ira.

—No sé si esa niña es una desconocida para ti o si la conoces de algo, pero más te vale...

Tucker agarró de pronto su brazo y la zarandeó violentamente, dejándole claro que había conseguido atraer su atención.

—Siento mucho pedirte esto, Calvin, pero, ¿puedes llevarla a casa? —Pidió Tuck sin apartar la mirada de esa odiosa mujer—. No creo que pueda hacerlo hoy.

Calvin no dudó un solo segundo. Se apartó de ellos, golpeando el hombro de aquella desconocida con el suyo y acercándose a las dos chicas. No medió palabra alguna con ellas, agarró a una del brazo y entrelazó los dedos con la otra, empezando a caminar para alejarse de allí cuanto antes.

Caminaron solo unos metros cuando Şenay sujetó la mano de Calvin para que le soltase.

—Estoy bien... —Dijo con un hilo de voz.

—No, no puedes estar bien. Eso que acaba de pasar no está bien.

No se dio cuenta de que apretaba el brazo de su ex con demasiada fuerza hasta que ella hizo una mueca de dolor, entonces, inmediatamente la soltó.

—Voy a volver con Tucker. Necesito hablar con él... —Calvin la miró con incredulidad—. Siento mucho el espectáculo.



—¿Estás de broma?

—Espero que tengáis una buena noche.

Sin dejar que Calvin añadiera nada más a la conversación, sonrió a Lindsay, le miró a él a los ojos y se dio la vuelta, corriendo de vuelta al Grand Palace Stadium antes de que Tucker se fuera con aquella mujer.

Katrina gritaba como una demente mientras él la empujaba al interior de un coche y cerraba la puerta.

—Esto no se va a quedar así, ¿me oyes? Si no vuelves conmigo haré lo que sea para hundirte, y sabes que no me importará mancharme las manos. Acabare con ella si eso te hace entrar en razón —gritaba desde el interior del vehículo, golpeando los cristales con los puños cerrados.

Tucker tenía las manos en la cabeza, en una actitud que mostraba desespero y frustración. Lo contempló desde la distancia, al igual que el otro centenar de personas que se arremolinaba alrededor de él, pero cuando se dio cuenta que estaba siendo observado y giró sobre sus pies, mirando cómo desubicado, corrió hacia él y, sin dejar que dijera nada, lo rodeó en un abrazo, sonriendo al notar como él la estrechaba con fuerza y hundía la cara en el hueco de su hombro. Permanecieron así unos minutos y, cuando la gente de alrededor empezó a dispersarse, Tucker aflojó el agarre, sujetó una de sus manos y tiró de ella.

Caminaron de la mano, lentamente y en silencio, hasta el apartamento que el arquitecto compartía con otros cuatro chicos. Tucker no la miró ni una sola vez, pero ella no quiso pensar en la razón.

Tan pronto como cerró la puerta la estrechó contra su pecho con urgencia, con necesidad, cerrando los ojos con fuerza y apretando los dientes con rabia, al verse forzado a lo que Katrina le estaba obligando a hacer si quería protegerla.

—No puedo respirar... —Sonrió ella, aflojando su agarre y poniendo las manos en su cintura, pero Tucker no la soltó—. Tuck...

—Dame un minuto —gruñó.

—Me asustas. ¿Pasa algo? ¿Es por esa mujer?

Tucker no respondió. Respiró el aroma floral que su pelo desprendía, memorizó la dulce y sutil fragancia a vainilla de su perfume. Acarició su espalda, llevando las manos a su cintura mientras memorizaba cada curva de su cuerpo. Luego se apartó despacio y abrió los ojos, clavando sus ojos en los de ella, agarró una de sus manos y la guió a su habitación, obligándola a sentarse en la cama y colocándose él a su lado.

—Sobre Katrina...

—Lo sé. He oído lo que ha dicho. No me importa, ya sabes que Calvin y yo...

—Cuando la conocí estaba en una fiesta con unos compañeros, ella es modelo, acababa de llegar de un desfile en Italia y estaba relajándose con sus amigas en la misma fiesta. Nos casamos dos meses más tarde. —Hizo una pausa, sin apartar la mirada de ella—. Fue maravilloso durante unas semanas, luego, por trabajo, pasaba más tiempo fuera que en casa. Cuando podíamos estar juntos ella se iba de fiesta con amigas y amigos, dejándome al margen. Llegaba ebria, apestando a perfumes de otros hombres. Sé que me engañaba cada vez que salía, aun así, aguanté cada una de las veces sin decir nada al respecto. Pero pasó un año y otro y otro, y ya estaba cansado de esa vida, así que decidí divorciarme. A Katrina le ofendió que le dejara y se negó de todas las formas posibles a que me marchase, pero terminamos cada uno por su lado. Hace cinco años de aquello. —Aclaró. Şenay había apartado la mirada, pero Tucker llevó una mano a su cara y la sujetó por el mentón, obligándole a mirarle—. Sé por mi abogado que los últimos años ha estado saliendo con otro. Hace cosa de un año se enteró que estaba enamorado y que estaba en una relación, entonces empezó a molestarme cada vez que venía a la ciudad, consiguió dar con mi teléfono y me llamaba a todas horas, se enteró de donde vivo y molestaba a los chicos...

—¿Esas llamadas que no podías responder delante de mí...? —Tucker asintió. Tucker la miró con los ojos llenos de dolor, y tomó una respiración honda tras otra hasta llenarse de valor para seguir hablando.

—Te amo. Te amo como jamás podré amar a nadie. Y te necesito más que al aire para vivir, pero tenemos que dejar esto justo donde está.

—¿Cómo? —Preguntó Şenay, como si no hubiera entendido una palabra.

—Katrina es la peor persona que he conocido. Para hacerme daño irá a por ti, la conozco y será implacable. No puedo dejar que te haga daño y sé que si seguimos juntos te lo hará. Buscará cualquier cosa para hacerte sufrir más que a nadie.

—¿Aún estáis...?

—Sí. —respondió sincero—. Ella no firmó los papeles del divorcio. No importa cuánto se lo pedí, cuánto le rogué... Esa es su forma de castigarme por dejarla.

De pronto se hizo otro silencio, pero esta vez fue Şenay quien lo rompió. Se puso en pie, frente a él y tomó su cara entre las manos.

—Me quedaré contigo. —Sonrió de una forma tan tierna que a Tucker se le

rompió el corazón—. Tú perdonaste que te hubiera ocultado lo de mi divorcio y mereces que yo sea igual de comprensiva. Me quedaré contigo, te apoyaré y te ayudaré con todo lo que pueda. No me importa lo que esa mujer quiera hacerme.

—No, cariño. No puedo hacerte eso. —Dijo acariciando su cara—. Me duele en lo más hondo hacerte esto, pero no... —Su voz se iba quebrando a medida que hablaba y su semblante sereno fue tomándose sombrío.

Se levantó sin apartar la mirada de sus ojos y después de llevar una mano tras su cuello, se acercó a ella, besándola en la frente. Permaneció inmóvil unos segundos, luego, sin dejar que dijera nada más, la guió hacia la puerta y la sacó del apartamento, sin más.

—Tucker... —Dijo incrédula. No podía creer lo que estaba pasando.

—Perdóname. Por favor.

—Hablamos mañana, ¿vale? —Pidió ella con un nudo en la garganta que le impedía respirar con normalidad—. ¿Vale?

Tucker cerró la puerta suavemente, dejándola fuera, y justo después sonó un grito desgarrador seguido de un golpe. Şenay miró la puerta asustada y llamó con insistencia durante varios minutos, pero él no abrió, pidió desde la distancia que se marchase y, después de un rato así fue.

Deambuló por las calles recordando una y otra vez lo que acababa de pasar, arrepintiéndose por haber querido verle esa noche, deseando con todas sus fuerzas que fuera una mala pesadilla, pero sabía que no lo era, y sabía que la única persona con la que había querido estar después de Calvin acababa de dejarla por culpa de otra persona, justo igual que su anterior relación. Aquella noche lo último que quería era estar sola y Calvin probablemente estaría con su flamante novia.

Caminó hasta su antiguo apartamento, arrepintiéndose por haberse mudado al rancho, de no haberlo hecho quizás en ese momento Tucker y ella estarían en la cama, amándose, en lugar de solos y con el corazón roto. Miró hacia la ventana, la luz estaba encendida y a través de las cortinas podía apreciarse la silueta de una pareja besándose. Trató de no llorar al recordar las veces que ella y Tuck hicieron eso mismo en ese mismo lugar. Varios minutos después se fue, buscando la fuerza necesaria para resignarse, para aceptar lo que acababa de pasar.

A pesar de que sus padres aún estaban en Hawai'i decidió pasar por su casa. Sabía que estaría sola, pero lo necesitaba. Necesitaba estar en un lugar que no le hiciera pensar en Tuck. Miró a su alrededor, pensando en que aquella casa

no cambiaba jamás, a pesar del tiempo que hiciera que no iba, todo permanecía inalterable, como si el tiempo se hubiera detenido en aquel lugar. Se metió en su habitación tratando de imaginar que volvía a ser una adolescente, pero al encender la luz su mundo se vino abajo nuevamente: Todo a su alrededor estaba lleno de recuerdos con Calvin, no solo por lo que hicieron y hablaron entre esas paredes, el escritorio estaba lleno de fotos de los dos, en la cama había una sudadera doblada que habían compartido más de una vez, en la mesita de noche había una cadena con un colgante que él le había regalado uno de sus cumpleaños, y un reloj que alguna vez dejó olvidado y nunca volvió a llevarse. Su relación con Tucker había sido menos profunda, y menos duradera, pero había sido muy intensa. Esforzándose por no llorar se sentó a los pies de la cama, se dejó caer de espaldas contra el colchón y poco a poco terminó dormida sobre las mantas.

## Capítulo 12

### *Irresistible*

Había perdido la noción del tiempo, tanto que no se dio cuenta de que había dormido un día entero. Al despertarse, lo primero que le vino a la mente fue Tuck, y con él el recuerdo de lo sucedido horas atrás. Todo había sido una espiral de infortunios: toda la semana sin saber de él, apareció una mujer que la agredió, que obligó a su novio a pedirle a otro que la acompañase a casa, que le hizo ver a Tucker como nunca antes le había visto y lo peor, que le convenció de que la dejase, con el corazón roto, por una amenaza. Dejaría que pasasen unos días y cuando estuviera un poco más calmada trataría de hablar con él.

Se levantó, mirando a su alrededor y, poco después, se marchó de vuelta al rancho.

Al ir a la ciudad lo había hecho en taxi, había dado por hecho que después de cenar y salir con su novio, éste le llevaría al rancho para dormir con ella, pero se había encontrado sin transporte con el que volver, por lo que debió ir en autobús hasta la parada más cercana y caminar los cuatro kilómetros hasta la entrada.

Todo estaba en silencio, el coche de Calvin estaba aparcado, como siempre, junto al suyo, por lo que no era difícil deducir que estaba en casa, aunque en realidad, en ese momento le daba igual si estaba o no. Abrió la puerta y saludó levemente y sin alegría, al perrito, que venía a recibirla lleno de felicidad, sacudiendo la cola y ladrando. Atravesó el salón hasta la escalera y se dirigió a su cuarto. Se detuvo levemente frente a la habitación de Calvin, pero no hizo

falta que llamase, justo al girarse en esa dirección la puerta se abrió.

—Al fin te dejas ver... —Dijo de mala gana—. ¿Era demasiado pasar el domingo también con tu novio?

—¿Domingo? No he estado... No he estado con Tuck. He pasado la noche en casa de mis padres.

—¿De tus padres? —Preguntó ceñudo—. ¿Esa mujer y él...?

—Aún están casados.

—Joder, es que eres tonta, Seni. ¿Cuándo hablasteis sobre tu divorcio no se te ocurrió preguntarle por alguna relación complicada?

—Supongo que ya no importa. Me ha dejado —dijo cubriéndose la cara con las manos.

—¿Te das cuenta de que no eres su novia sino su amante? Ha jugado contigo estando casado con otra. ¡Con otra! —Trató de no gritar, pero alzó la voz más de lo que hubiera deseado hacer.

—Déjame Calvin, ¿quieres?!

—Sí. Te dejo. De hecho, estuve pensando toda la noche en irme en unos días, pero creo que lo ideal es hacerlo ahora mismo.

Había estado molesto por ver cómo, a pesar del trato que le había dado aquella mujer, había vuelto con su novio, por ver que no había vuelto no solo por la noche, sino el día anterior tampoco, y sobre todo, por lo que acababa de decir. ¿Dejarla? Dejarla era lo único sensato para no acabar con su cordura, lo adecuado para terminar con sus absurdos celos, lo único que debía hacer para volver a una realidad de la que no tenía que haber salido. Sin añadir nada más a la discusión entró en su cuarto, cogió sus cosas y volvió a salir, dejándola atónita en el pasillo.

Şenay lo escuchó salir de la casa y cerrar de un portazo, pero no corrió tras él para frenarle como había hecho la vez anterior. Tampoco lo hizo cuando, minutos más tarde, lo escuchó salir de la cabaña, subir en su coche y marcharse.

No lloraba nunca, y se había esforzado muchísimo en no hacerlo en momentos dramáticos de su vida, pero aquello fue como si de pronto, todas las emociones que había ido metiendo en la caja de Pandora hubieran sido liberadas de repente. De repente un intenso dolor en el pecho la dejó sin respiración, un mareo la hizo caer contra el suelo y, de un instante a otro, todo se volvió negro para ella.

\* \* \*

Hacía varios días de su ruptura y Tucker no era capaz de dejar de pensar en

ella, en la forma repentina en la que le había dejado. Había sido un pensamiento momentáneo al ver cómo Katrina la agredía, y había sido un hecho, una hora más tarde, sin que pudiera, siquiera, detenerse a pensarlo con la cabeza fría. Estaba seguro de que era lo adecuado, no por sus sentimientos ni por los de ella, sino por su seguridad. Mantenerla lejos de él era una forma de protegerla de las voraces garras de la que para él era su ex-mujer. Pero la extrañaba, la extrañaba tanto que no pudo evitar llamarla, al menos necesitaba oír su dulce pero sensual voz, saber que estaba bien...

Desde aquel fatídico viernes no había vuelto a hablar con ella, no había conseguido que le descolgase el teléfono, de hecho, ni siquiera lo tenía encendido, algo realmente extraño en ella.

El jueves por la tarde, casi una semana más tarde, decidió ir a verla. Pensó, durante todo el trayecto, qué decirle, como disculparse por haberla dejado de aquella manera, por haberla sacado de su apartamento y de su vida como si no fuera nada. Cuando llegó a las puertas del rancho tenía el pulso tan acelerado que incluso le temblaban las manos. No sabía cómo actuar cuando la tuviera delante, ni siquiera sabía qué debía decirle. Su coche estaba en la cochera, por lo que le pareció obvio que estaba en casa. Se acercó a la puerta con la mayor indecisión que había tenido nunca y dio un par de golpes con los nudillos. Şenay no abrió, ni la primera, ni la segunda, ni la tercera vez que llamó. Paseó un largo rato por delante de la casa, acercándose para mirar por las ventanas, pensando que la vería, yendo de atrás a adelante para evitar estar en el sitio opuesto al que estaba ella, pero entonces reparó en que el coche de Calvin tampoco estaba. Vivían juntos, tal vez habían ido a comprar, o al veterinario con el cachorro. Quizás habían ido juntos a algún lugar del rancho, como ya lo habían hecho el día que le había ofrecido el sobre con dinero para saldar parte de la deuda de Şenay. No quería irse de allí sin haberla visto, pero al llegar la noche no había habido señales de vida de ninguno de los dos, así que decidió marcharse.

Aquella noche dio mil y una vueltas en la cama, sin poder pegar ojo, pensando qué había pasado para que ninguno de los dos estuviera allí, para que su coche estuviera aparcado en el sitio de siempre pero no hubiera rastro de ella.

Al llegar a la oficina volvió a probar de llamarla, pero nuevamente su teléfono estaba apagado. Como última opción pensó en Calvin. Quizás él sabría dónde estaba. Nunca, nunca se le habría pasado por la cabeza llamar al ex-marido de su novia para hablar con él, desde la primera vez que se vieron mostró una gran aversión hacia él, pero en esta ocasión, aunque Calvin lo tratase con el

mayor de los odios, le llamaría, necesitaba, al menos, que él le dijera que Şenay estaba bien. Pidió a su secretaria que llamase a Howard Shaw y que de algún modo, le sonsacase el teléfono de su hijo. Le llevó dos horas obtener lo que quería, pero el fin consiguió lo que buscaba. Cogió el teléfono con unos nervios palpables y marcó.

—¿Calvin? —Dijo Tuck con desespero tan pronto como notó que descolgaba—. Menos mal que respondes.

—¿Quién es? —Justo al terminar de articular la pregunta supo la respuesta. Lo último que quería era que ese tipo le llamase, por lo que le tentó colgar y bloquear el número, pero había notado tanto nerviosismo en su voz que por un instante temió que hubiera pasado algo con Şenay o con el rancho—. Tucker... ¿Qué quieres?

—No es... No es nada. Solo quería saber si ella está bien. Hace unos días que la estoy llamando, pero no responde. Ayer estuve seis horas en el rancho, pero tampoco conseguí verla. Su coche estaba allí, pero ella...

—Hace casi una semana que no he pisado el rancho. —Dijo—. Discutimos y me fui. Tampoco puedo llamarla porque, a pesar de haber vivido allí todas estas semanas, no tengo su número.

—¿Está sola?

—Sé que estuvo en casa de sus padres. Si no está en el rancho quizás necesite un cambio de aire y esté allí.

Tucker se quedó en silencio, recordando las veces que Şenay le había contado que no tenía relación con su familia, que nunca iba a su casa y que tampoco hablaba con ellos por teléfono. Le pareció extraño que no estuviera en el rancho, al que se había mudado para estar tranquila, y en cambio estuviera con sus padres, aun así, después de lo que había pasado entre ellos, tampoco era algo imposible que sucediera, y Calvin parecía bastante convencido. No añadió mucho más a la conversación. Se despidió de él y se recostó en el asiento, pensando en que volvería al rancho por la mañana. Necesitaba asegurarse de que estaba bien, tuviera que ir una o mil veces más.

La llamada de Tucker dejó a Calvin pensativo. Se había ido de la forma más repentina posible y casi sin mediar palabra. La había dejado sola a pesar de saber que le daba miedo la soledad y lo peor, después una ruptura. Ella no era una chica de pensamientos suicidas, por muchas cosas malas que pasasen a su alrededor ella siempre, todas y cada una de las veces encontraba algo bueno en ello. Romper con el arquitecto, estaba seguro de que no era algo tan malo.



Aun así, Şenay pasó el día dando vueltas en su cabeza, y al llegar la noche, cuando quiso darse cuenta de sus propios actos, estaba montado en su coche y conduciendo como un loco con dirección al rancho.

Fue al pasar por una de las calles que vio el coche de Şenay, aparcó en uno de los huecos que había más adelante, uno que le obligó a maniobrar en exceso para poder estacionar y la buscó. Otra persona no tendría ni idea de dónde buscarla, pero de todos los sitios posibles, supo, casi con total seguridad, dónde encontrarla: el mismo pub al que fueron decenas de veces cuando estuvieron juntos. Y en efecto, allí estaba. Ella no era una chica bebedora, de hecho, en raras ocasiones la había visto con un vaso de alcohol en las manos, y estaba convencido de que, aunque hiciera años que no estaban juntos, en ese aspecto no había cambiado en absoluto. Pero se sorprendió al entrar y verla en la barra, riendo por algo que le había dicho el tipo que le acompañaba, y tocando el sombrero que le había quitado a ese tipo. Şenay llevó una mano al hombro de aquel tipo y se acercó a él, viéndose interrumpida, de pronto, por Calvin.

—¡Calvin! —Exclamó ensanchando aún más su sonrisa, notablemente ebria.

—Creo que se acabó la fiesta. Se te ha ido la mano. —Şenay empezó a reír mientras indicaba “un poquito” con los dedos.

La obligó a ponerse en pie y la rodeó por la cintura, pegándola a su cuerpo, luego cogió de la barra su bolso y su móvil y empezó a caminar con intención de marcharse de allí, pero se vio frenado de un brazo por una mano fuerte.

—Oiga, ella está conmigo.

—Ella es mi mujer —dijo alzando la voz, arrepintiéndose justo después de decir algo como eso—. Búscate a otra a la que puedas llevarte a la cama.

De un movimiento rápido Calvin le quitó el sombrero y se lo devolvió al hombre, acto seguido caminó hasta la entrada, puerta que una pareja de clientes les abrió amablemente para ayudarles. La guió hasta su coche, que estaba justo frente a la entrada y, tras abrirlo, la empujó al interior. De nuevo no estaba en buenos términos con ella, pero aun así, le importaba demasiado como para dejarla a su suerte, borracha y acompañada por un tipo cuyas intenciones eran claras. Rodeó el coche de Şenay para sentarse en el asiento del conductor, pero no llegó a arrancar el motor, justo al cerrar la puerta ella empezó a gimotear y terminó metiendo la cabeza dentro de su bolso, haciendo ruidos que a Calvin no le costó identificar.

—Joder, Seni. Eso es asqueroso.

—No he vomitado. Aún... —Se lamentó, rodeándose el estómago con los

brazos. Él negó con la cabeza, abriendo la ventanilla—. Creo que me voy a morir...

—Pues disfrútalo. ¿Creías que el alcohol iba a hacerte sentir mejor? ¿Pensabas que eso iba a hacer que te sintieras menos mal? Es que eres tonta. Eres realmente tonta.

—Ya vale. Además, ¿quién te ha invitado a mi fiesta?

—Adivina quién. Tu ex. —Dijo, a sabiendas que la palabra «ex» le haría sentir mal—. Al parecer lleva unos días sin poder contactar contigo y me ha llamado esta mañana para preguntarme por ti.

—Tuck..

Calvin no quiso escucharla lloriquear por otro, de modo que bajó del coche y, tras poner el seguro de las puertas cerró y se alejó de allí, dejándola entre gritos, en el interior del vehículo. Era evidente que no pretendía dejarla ahí sin más, que volvería poco después, pero eso le serviría de castigo por lo que había hecho, o por lo que pretendía hacer con el hombre del bar.

Regresó al coche minutos más tarde, cuando ella se había recostado sobre el respaldo del asiento y se había quedado tranquila.

Subió en el asiento del conductor sin decir una sola palabra, mirándola de reojo sabiendo que ella hacía lo mismo. Se giró para ajustar su cinturón de seguridad y, acto seguido arrancó el motor.

Tras su reencuentro no era raro que, cuando iban juntos en el coche, ambos fueran en silencio, por lo que no le extrañó el silencio sepulcral. Lo inusual era que llegase completamente dormida. La observó durante un largo minuto, preguntándose como actuó tras su ruptura, si también habría bebido hasta el borde de coquetear con un perfecto desconocido. Él lo había pasado realmente mal, pero fue él el abandonado, y ella la que se iba. Tomó una respiración profunda antes de bajar del coche y rodearlo para llevarla a casa en brazos.

Al entrar por la puerta se sintió, a pesar de todo, en casa. Todo seguía como una semana atrás, cuando se marchó. La mesa seguía teniendo los libros como los había dejado, las flores de lavanda del jarrón seguían en el mismo lugar, aunque en apariencia, más secas. Lo mejor de todo fue el cachorro, quien le recibió entre jadeos, lloriqueos y mordiscos en los pantalones.

Subió por la escalera con ella pegada a su pecho y avanzó por el pasillo, pasando por delante de la que había sido su habitación, hasta la de ella. Antes de llegar a abrir la puerta de su habitación Şenay se movió.

—Bájame, por favor —pidió con un tono de voz suave y serena, evidencia de que ese corto rato de sueño había esfumado las copas de más—. ¿Por qué me

has traído a casa? Podía haberme quedado en un hotel y volver por la mañana.

—Estabas borracha. No podía dejarte sola así sin más.

—Lo hiciste hace unos días, cuando te fuiste.

—Lo sé...

Permaneció uno frente al otro, mirándose sin decir nada, pero entonces a Calvin se le nubló la mente y se vio súbitamente tentado por sus labios. Sin pararse a pensar si era correcto o no, acortó la distancia entre ellos, sujetó su cara entre las manos y la besó. Al principio fue un beso simple, un roce de labios que no pretendía ser más que eso, pero ella respondió, y respondió rodeando su cuello con los brazos, pegándose a él y separando los labios para dejar a su lengua jugar libremente, profundizando ese beso dura e intensamente. Calvin la rodeó por la cintura, ajustándose aún más contra ella y la bloqueó contra la pared.

Poco a poco se detuvieron y Calvin se separó de ella lentamente. Se miraron a los ojos con la respiración aun entrecortada mientras él daba un paso atrás.

—Lo siento. Siento haberte besado. —Murmuró apartándose un paso más—. Me marcho.

—Es tarde. Quédate a pasar la noche. Si quieres irte, vete por la mañana.

—No sé...

—Yo sí sé. Gracias por cuidar de mí...

—¿Cómo no iba a hacerlo?

Şenay sonrió levemente y sin añadir nada más entró en su habitación, cerrando la puerta y apoyándose en ella con el pulso tan acelerado que le hizo marearse. En un momento, cuando pudo volver en sí, no supo darse cuenta de si lo que acababa de pasar había sido real o no. Se asomó al pasillo para comprobar si Calvin estaba ahí o no estaba, pero todo estaba a oscuras y en silencio, lo que le dijo que había sido una fantasía demasiado realista por culpa del alcohol.

Miró hacia la cama y caminó, tambaleante, hasta ella, luego simplemente se dejó caer de espaldas y se rindió al sueño.

Calvin había entrado en la habitación tentado de cruzar el pasillo y entrar con ella. La había besado. La había besado por primera vez después de muchos años, y después de muchos años había comprobado nuevamente el efecto que ella tenía en él. Deambuló por la habitación pensando en marcharse, esa noche no podía quedarse allí, no después de lo que acababa de pasar. No solo la había besado, ella también le había besado a él, también había actuado apasionadamente, le había abrazado... De pronto soltó la chaqueta sobre la

cama y corrió a abrir la puerta. Caminó hasta su dormitorio y entró en él silenciosamente. Al verla dormida sobre las mantas se sintió el tipo más estúpido al esperar algo que no volvería a repetirse. Se dio la vuelta para marcharse, pero por el rabillo del ojo vio, a los pies de la cama, una prenda que reconoció al instante. Se acercó a ella y cogió entre las manos aquella sudadera vieja y descolorida que habían compartido tantas veces, cuando eran novios. Suspiró al pensar que era cruel que aún la conservase y volvió a dejar la prenda donde estaba. En la mesita de noche había un montón de fotos y, con un dolor indescriptible en el pecho, se acercó a mirarlas. Eran fotos de ellos, de cuando se conocieron, de sus primeros cien días juntos, de su primer año, de los cumpleaños de ambos, del día que le pidió que se casara con él... Después de mirarlas todas detenidamente y de volver a dejarlas sobre la mesita, se acercó a Şenay y la metió, cuidadosamente, bajo las mantas.

—No tendría que haber entrado —dijo, volviendo a mirar aquellas trazas de su pasado—. Ni siquiera tendría que estar sintiendo lo que siento.

Al regresar, de vuelta al que había sido su cuarto hasta la semana anterior se planteó marcharse. Recogió la chaqueta de la cama y bajó al salón. El perro estaba acostado en un enorme cojín que no había visto al entrar, royendo un enorme hueso de tendón que debía llevar horas mordiendo. Se agachó a su lado y sonrió cuando el animal empezó a sacudir la cola, golpeándola contra la tela sonoramente. Tratando de no pensar en lo que había pasado o lo que había visto en el dormitorio de Şenay, cogió al perrito en brazos, y volvió a subir, metiéndose en “su” habitación y tendiéndose en la cama con el perrito sobre su pecho.

—¿Sabes que has crecido mucho en estos días? —Le dijo. En un gesto rápido el cachorro lamió su nariz, gesto que le hizo sonreír y suspirar mientras lo estrujaba en un abrazo.

Sí, definitivamente, solo cerca de ella podía sentirse «en casa».

Antes de darse la vuelta para tratar de dormir algo, buscó su teléfono. Pensaba que la relación entre Tucker y Şenay no era asunto suyo, aun así, escribió un mensaje al arquitecto, informándole de que se había encontrado con ella y que estaba bien. Aprovechando la oportunidad le pidió que no la llamase, que no fuera a verla, que le diera un tiempo para dejar que se recuperase.

Tal vez, si le daba el tiempo suficiente, se olvidaría de él y de lo que debía haber sentido al comprobar que él no era soltero mientras tenían su bonita relación, sino que en realidad él tenía una hermosa pero despreciable esposa.

## Capítulo 13

### *No puedo compartírte*

Aquella tarde había ido al lago, allí se sentía extrañamente cómoda y tranquila. El mar también le hacía sentir calmada, serena y sin preocupaciones, pero le recordaba a aquel paseo nocturno que había tenido con Calvin y al deseo que había tenido de besarle —no recordaba aquel beso apasionado que había compartido con él días atrás—. El lago era distinto. Había ido paseando, con un libro y con el cachorro. Le encantaba ver al perro jugar alrededor suyo cuando ella se sentaba a leer o a escribir, le encantaba que requiriera atenciones continuamente, además, curiosamente lo hacía más desde que Tucker la dejó. También Calvin se mostraba distinto con ella, hacía unos días que había vuelto al rancho y desde entonces se comportaba extrañamente amable con ella. Supuso que era una forma de compensarla por la forma en la que la había tratado cuando se fue, pero no le importaba, de hecho, le gustaba estar cerca de él, no por lo que habían tenido ni por los sentimientos remanentes que guardaba, sino por su compañía.

Apoyó la espalda en el tronco de uno de los árboles más cercanos y, mientras leía, ojeaba de vez en cuando al perro. A ratos, cuando no la miraba, tiraba pequeñas piedrecillas al agua, sabiendo que él se paraba a buscar creyendo que era un pez. Aunque no quisiera, se reía a carcajadas cada vez que lo veía chapotear con las patas delanteras en el agua y acercar la nariz para oler. Podría arrepentirse de muchas cosas de su pasado, pero salvarle la vida a ese perrito era de las cosas de las que más orgullosa y satisfecha se sentía.

—Al fin se te ve sonreír —dijo Calvin, quien llegaba en compañía de Lindsay.

—Supongo que no siempre voy a estar seria. Además, adoro a ese perro —dijo, levantándolo del suelo y besándolo entre las orejas sin que le tocara con las patas embarradas.

Sin poder evitarlo se fijó en como Lindsay ajustaba el agarre de sus manos. Podía mentir y decir que le daba igual ver a Calvin de la mano con otra, aunque sabía que Lindsay era una gran chica, pero era inevitable que recordase cuando ella era la que entrelazaba los dedos con los suyos, la que sentía el contacto de su piel en la suya... Y era peor esos días, en los que no tenía a nadie a su lado.

—Yo... Os voy a dejar solos. —Dijo, abrazándose al libro y poniéndose de pie—. Necesitáis tiempo a solas y a Lindsay le dan miedo los perros.

—Solo es un cachorro. No va a hacerle nada —dijo él, tratando de convencerla para que no se fuera.

—Insisto. Pasadlo bien —Şenay miró a Calvin, miró a Lindsay y tras dirigirle una sonrisa se dio la vuelta.

—¡Espera! Hay un buen trozo hasta casa. Te llevamos.

Calvin y Lindsay habían ido en coche hasta el lago. En realidad no estaba tan lejos, tal vez a un par de kilómetros y, tardase lo que tardase en llegar estaba en casa, el rancho era suyo y los únicos peligros que podrían existir era que un oso o un lobo se alejasen tanto de su reserva como para cruzarse en su camino, algo que, en el mes y medio que llevaba viviendo allí no había sucedido ni una sola vez. Es más, sabía que había ese tipo de animales en el rancho porque el abogado se lo había dicho y le había señalado en el plano del lugar las zonas en las que vivían.

—Estoy bien. Puedo caminar hasta casa. De hecho he venido andando. Pasadlo bien —sonrió amable, haciendo sentir mal a Calvin por esa expresión.

Otra persona habría mostrado frustración al ver a otra pareja enamorada a tan solo semana y media de su ruptura, pero en cambio actuaba como si no le importase lo más mínimo. Eso o se esforzaba en fingir como una verdadera actriz.

Se había alejado de ellos una treintena de metros cuando, intentando no pisar al perrito, tropezó, cayendo con las rodillas y las manos apoyadas en el suelo. Calvin soltó la mano de su novia como si quemase y se apartó de ella sin mirarla, corriendo hacia su ex como si realmente hubiera pasado algo grave.

—¿Estás bien? —Preguntó, tirando de uno de sus hombros para poder levantarla.

—Sí. Solo ha sido un tropiezo. Ya sabes lo mucho que le gustan los pies, y si no tenemos cuidado... —Respondió ella, desviando la mirada hacia Lindsay, quien los miraba desde la distancia—. Estoy bien. Vuelve con ella. —Calvin hizo caso omiso, la ayudó a incorporarse y se agachó para ver si se había herido en las piernas, pero ella dio un paso atrás—. Estoy bien... —Insistió—. Vuelve con ella, por favor.

Antes de que Calvin dijera nada en respuesta se dio la vuelta y retomó su vuelta a casa.

Después de ver juntos a Şenay y a Tucker, después de verlos bromear, de verlos reír, abrazarse y besarse, Lindsay se sintió, en cierto modo, celosa. Ellos tenían una relación que ella no tendría jamás, no por Calvin —que también—, sino porque ella no era capaz de ser tan abierta, de ser tan libre, tal vez por la severa educación que recibió, o por su entorno. Al enterarse de que su novio y ella habían estado casados empezó a sentirse un tanto insegura, no porque Calvin se mostrase especialmente interesado en su ex, o porque la estuviera dejando de lado a ella, a pesar de haberse mudado al rancho y, a pesar de saber que vivían bajo el mismo techo, su relación seguía siendo la misma que antes, pero Şenay era no solo preciosa, también era todo lo que ella no podía ser y si él la había amado, podía ser que en el fondo, y aunque lo negase, aun sintiera algo por ella. Ahora Şenay estaba soltera nuevamente, y de verdad se sentía mal por ella, eran una pareja envidiable, pero sus inseguridades habían aumentado, no por Şenay, sino porque Calvin se mostraba especialmente preocupado por ella, porque se había marchado del rancho pero no había tardado más de una semana en volver, con el pretexto de que ella estaba sola.

—Cabezota —se quejó él, sentándose al lado de Lindsay.

—Me da un poco de pena.

—A mí me desquicia. No soporto esa actitud. Si estás triste demuéstralo, no finjas estar bien, o feliz, o...

—Quizás lo hace por ti, para que no te preocupes por ella.

—Pero eso me preocupa aún más —protestó. Rápidamente se dio cuenta de que había dicho algo que no debía—. Es igual. Que haga lo que quiera. De todas formas, no es asunto mío. ¿Quieres dar un paseo y rodear el lago? — Propuso, poniéndose en pie y ofreciéndole una mano.

Caminaron de la mano, lentamente y en silencio, durante más de una hora hasta que rodearon todo el lago. Él con una actitud extrañamente pasiva, ella pensando en las palabras adecuadas para hablar con él sin que notase que

pasaba algo, llevaba varios días con algo en mente pero hasta ese momento aún no había encontrado cómo ponerlo en palabras. Habían compartido una bonita puesta de sol y un bonito silencio en plena naturaleza, pero ahora se encontraban en el punto de partida sin saber qué más hacer o cómo actuar.

—¿Te apetece cenar conmigo? —Propuso ella, rompiendo el hielo.

—¡Claro que sí! —Sonrió, ajustando el agarre de sus manos—. ¿En el restaurante de siempre o quieres probar uno nuevo?

—Hmm... El de siempre está bien. ¿Deberíamos irnos ya? Aún hay que llegar a la ciudad y me gustaría cambiarme... —se señaló el pantalón. Calvin asintió con la cabeza y, soltando su mano, la rodeó por la cintura, guiándola hasta el coche.

El trayecto de vuelta fue realmente corto, apenas diez minutos, pero había oscurecido tan deprisa que al llegar ya casi no se veía nada.

A medida que se acercaban a la casita de madera, les pareció que Şenay tenía visita, ya que había un coche aparcado en el camino de la entrada. Calvin temió que fueran nuevamente los abogados, temió que llegasen por sorpresa y la convencieran con amenazas de que firmase unos documentos que no debía firmar si quería quedarse allí, al menos hasta el final del plazo. Bajó del coche sin decir una sola palabra, atropellado por sus propios nervios, pero al acercarse lo suficiente se dio cuenta de que, quien había a pocos metros de la casa no eran los abogados, sino Tucker.

—¿Qué haces tú aquí? —Preguntó Calvin, sujetándolo por la pechera de la camisa y tirando de él hacia su coche para que Şenay no lo viera.

—Necesito verla. La quiero y no puedo vivir sin ella. —Dijo.

Su aspecto era deprimente, llevaba el traje con la camisa por fuera, iba sin afeitarse, despeinado y con unas ojeras que casi no parecía ni él.

—Pues tendrías que haber arreglado el divorcio con tu mujer. Tendrías que haber defendido lo que querías, no dejarla sin más.

—Ella lo es todo para mí. Mírame, Calvin. —A pesar de estar borracho y de no tenerse en pie, era plenamente consciente de lo que decía, de cómo lo decía.

—Lo que veo es a un cobarde que no supo lo que quería.

—Tú no conoces a Katrina. Separarme de ella fue la única manera de protegerla. —Tucker llevó las manos a los hombros de Calvin y lo apartó para dirigirse a la entrada de la casa, pero se vio nuevamente interrumpido por Calvin—. ¡Vamos!

—No. Şenay está pasando un mal rato por tu culpa y no voy a dejar que



empeores las cosas.

Tucker se agachó en el suelo y se cubrió la cara con las manos. Calvin se sintió mal por él, pero no podía dejar que se vieran, para protegerla a ella y para protegerse a sí mismo de unos celos que no podía evitar cuando los veía juntos. Él mismo había sentido en su propia piel el separarse por la fuerza de la mujer que amaba, había sentido ese dolor inconsolable, esa necesidad de verla aunque fuera por última vez, ese vacío inmenso. Había sentido lo mismo que Tucker con esa misma mujer y sabía exactamente lo que estaba sintiendo.

—Vamos, levanta —dijo Lindsay, sujetando su brazo y obligándolo a levantarse— Ayúdame, Calvin. —Pidió—. ¿Has conducido en este estado hasta aquí? —Tuck asintió.

—Así no puede volver, pero tampoco puedo dejar que entre.

—¿Y en tu cabaña?

—No puedo dejar que se quede aquí. Iremos en coches separados. Conduce detrás de nosotros.

Ayudó a Tucker a entrar en el asiento trasero y después de ajustar su cinturón de seguridad, subió al asiento del conductor, maldiciendo por lo que estaba viéndose obligado a hacer.

Estaba preparando la cena del cachorro cuando escuchó voces en el exterior de la casa y, temiendo que fueran nuevamente los abogados de Howard, se acercó a mirar por la ventana. Tucker estaba fuera, en bastante mal estado y Calvin y Lindsay lo llevaban tras los árboles que delimitaban el camino de la entrada. Supuso que, tal vez, habría dejado allí el coche y ellos le guiaban hasta allí. Se vio terriblemente tentada de correr tras él y de pedirle que hablasen, pero era consciente que, de hacerlo, sería aún peor para ella. Realmente quería a Tuck, no era como lo que había sentido o lo que sentía por Calvin, pero le quería, y realmente hubiera pasado su vida con él si se lo hubiera pedido. Ahora necesitaba tiempo, y él también lo necesitaba, sobre todo para solucionar el tema de su ex-mujer, si es que realmente se podía. Cuando escuchó los coches alejándose supo que no iba a poder verlo nuevamente y tuvo que contenerse casi hasta el límite, para no derrumbarse y ponerse a llorar. Aquello había sido lo más parecido a un adiós definitivo y nuevamente se sentía con el corazón roto.

Al llegar a la ciudad el arquitecto iba completamente dormido, por lo que se vio en la obligación de buscar su cartera y con ella su dirección. Curiosamente

vivía a solo dos calles de su apartamento, en un barrio pudiente de la ciudad, cosa que no era de extrañar, dado a que, posiblemente, ganase varios cientos de miles al año.

Había dado por hecho que Tucker vivía solo, sin embargo, al llegar arriba, se encontró con la puerta entreabierta y en el interior no solo había otros chicos, también había un par de chicas.

—¡Tuck! —Exclamó uno de los chicos al ver al arquitecto colgando del cuello de otro chico—. ¿Qué ha pasado?

—Ha bebido demasiado.

—Lleva unos días un poco descentrado. Vamos, te ayudo —dijo el chaval, agarrando a Tucker por el otro brazo.

Entraron en la habitación del arquitecto y lo soltaron encima de la cama. El muchacho salió como si tal cosa, dejando a Calvin con su compañero de piso. Éste miró a su alrededor, se fijó en los bonitos bocetos de edificios, en los diseños 3D y en las dos pequeñas maquetas que había sobre el escritorio, pero de todo, lo que más llamó su atención fue un dibujo de Şenay en el que se la veía mirando hacia abajo mientras se tocaba el pelo con una mano.

—Es preciosa, ¿verdad? —Dijo Tucker, al ver cómo Calvin tenía la mirada fija en aquella imagen. Calvin asintió con un sonido nasal, pero no dijo nada más. Le miró de reojo y se giró para salir del dormitorio—. De verdad la quiero, Calvin. Y sé que sabes lo que duele apartarse de ella. Es única.

—Lo sé. Sí, es única. No hay otra como ella.

—Es posible que no pueda verla en un tiempo, y es posible que para entonces haya perdido el rancho... —Se le veía somnoliento, cansado, pero su voz sonaba con toda serenidad, a pesar de su estado—. Debiste aceptar el sobre.

—No te preocupes por eso. Haré lo que pueda. Me voy. Cuídate.

—Tú también. Y por favor, cuida de ella mientras esté en tu mano.

—Descuida, lo haré.

Calvin salió de la habitación sorprendiéndose al encontrar tras la puerta a Lindsay. Ella no dijo nada, miró al interior un segundo mientras Calvin salía y acto seguido bajaron juntos a la calle, donde estaba coche de Lindsay. Había escuchado toda la conversación, que Tucker la quería, que no había otra como Şenay, que cuidaría de ella, y eso fue lo que la llenó de valor para decirle aquello que llevaba días pensando.

Los nervios de Lindsay iban en aumento a medida que se acercaban a su apartamento, se tocaba los dedos, movía las piernas frenéticamente en el asiento de copiloto mientras Calvin conducía y miraba por la ventanilla para

no verle a él y arrepentirse de lo que quería decirle. Cuando se detuvieron frente al edificio, Calvin pretendía quedarse esperando abajo, el coche no estaba bien aparcado y en teoría ella solo quería cambiarse de ropa. En todo el tiempo que conocía a Lindsay, nunca la vio tardar horas buscando qué ponerse, o gastando horas arreglándose el pelo, maquillándose o mirándose al espejo como si fuera hermosa y encima se lo creyera, siempre había sido la mejor en ir totalmente perfecta en el menor tiempo, por lo que creyó que subiría y en no mucho tiempo volvería a bajar tan radiante como siempre hizo. Pero esta vez Lindsay rodeó el coche y abrió la puerta del conductor.

—Tengo que decirte algo, ¿puedes subir? —Preguntó seria.

—¿Qué es? —Inquirió extrañado.

—Sube.

Calvin la siguió ceñudo temiéndose que, al llegar arriba le reclamase por lo que había oído en la habitación de Tucker, que le pidiera que dejase de a su ex, que se mudase... Ya le había dicho algo parecido no hacía demasiados días cuando le dijo que volvía al rancho. Temía que se lo repitiera y tener que decirle que no podía. Al entrar en el apartamento Lindsay rodeó su cuello y lo acorraló contra la puerta, besándolo intensamente, acariciándolo, abrazándolo como si no hubiera un mañana, él respondió sorprendido, pero de pronto ella se detuvo, casi sin aliento, cubriéndose la cara con las manos en un mar de lágrimas.

—¡Hey! Lins, por Dios, dime qué pasa. Me estás asustando...

—Te dejo, Cal. —Soltó, mirándolo a los ojos.

—¿Cómo?

—Lo que has oído. Te dejo. Lo tuyo con Şenay no ha terminado, lo veo en tus ojos cada vez que la miras. Estás enamorado de ella. No sé si para ella es igual, porque aunque creo que aún te ama, pienso que disimula muy bien.

—Lindsay, creo que estás...

—Déjame terminar. Sé que me quieres. Sé que me quieres mucho, pero no es lo que sientes por ella, a ella la amas. Ahora está sola y sé que quieres protegerla y estar con ella, esté o no yo en tu vida.

—No es lo que tú...

—No puedo permitirme esto, Calvin. Te amo. Te quiero de verdad, pero no puedo compartirte. No quiero compartirte. Quiero que si estás conmigo estés conmigo en cuerpo, alma y mente, pero no es así. Últimamente estás conmigo pero no lo estás. Y ahora ella está sola, y vivís juntos...

—Lindsay, yo...

—Dime que no piensas en ella ni un solo minuto del día. Dime que no te preocupabas cuando llegaba tarde a casa o las noches que pasaba con Tucker. Dime que no te ha molestado ni una sola vez cuando les has visto de la mano, o abrazados o besándose. Dime, dime que no has deseado ni una sola vez volver a estar como estabais antes de que te dejase.

—No puedo.

—Lo sé. Y por eso te estoy dejando, para que tengas la oportunidad de arreglar lo vuestro.

—¿Y tú? ¿Qué pasa contigo? ¿Cómo voy a dejar que me dejes y quedarte sola?

—Yo no estoy sola, Cal. Tengo amigas, tengo a mis hermanas, tengo a mis primos, tengo padres... No estoy sola. Tengo veinticuatro años no se acaba el mundo. Me va a costar reponerme, han sido los mejores meses de mi vida, pero eventualmente conoceré a alguien que me haga olvidarte, alguien para quien sea la única en el mundo, para quien... —De pronto su voz se quebró y lloró aún más desesperadamente, llevando a Calvin a abrazarla con fuerza.

A pesar de lo que pudiera parecer, le dolía ser abandonado por la única a la que había dado la oportunidad de estar con él después de Şenay.

Permanecieron abrazados hasta que Lindsay dio un paso atrás, apartándose de él. Tras darle un beso en la mejilla, se secó la cara con las manos y le pidió que se marchase.

—Por favor...

—Deseo que seas capaz de recuperarla. Que seas capaz de volver a tener con ella lo que una vez tuvisteis y que seas feliz. —Dijo, no era realmente sincera, pero era lo más humano que podía decirle en ese momento—. Vete ya, por favor. No me lo pongas más difícil de lo que es para mí.

—Lins...

—Por favor —suplicó.

Calvin se acercó a ella, tomó su cara entre las manos y besó su frente antes de que ella pusiera las manos en su pecho y lo empujase hasta sacarlo del apartamento. Lo miró una última vez, sintiendo como un nudo oprimía su garganta hasta casi cortarle la respiración, luego cerró la puerta. Permanecieron inmóviles durante un rato, ella llorando, él frustrado, dolido y sintiéndose, no como entonces, pero sí parecido.

Aquello era lo más difícil que Lindsay había tenido que hacer en toda su vida, y sabía que le iba a costar mucho reponerse. Calvin era perfecto, no solo lo era externamente, era un tipo afectivo, era atento, era generoso y amable. No era muy romántico, pero tenía detalles imposibles de olvidar, sencillamente,

era inigualable. Pero no era de ella, sino de otra.

Lo que sentía por Şenay era demasiado intenso, no podía negarlo, pero en ese momento maldijo su nombre, por causarle un sufrimiento como aquel, años atrás, y por estar haciéndolo de nuevo, aunque fuera inconscientemente.

No supo cuánto rato había estado frente a la puerta de Lindsay, ni siquiera se preocupó en mirar el reloj. Lo único que podía pensar ahora era en el desastre que la mujer de Tucker había causado, porque claramente, todo estaba sucediendo por su culpa.

Al llegar al rancho pensó en dormir en la cabaña, no quería entrar en casa, cruzarse con Şenay y hablarle de forma desconsiderada o maleducada, pero terminó entrando. La encontró tendida en el sofá, con el libro que había llevado por la tarde abierto sobre su pecho y con una lágrima deslizándose por el rabillo del ojo. Ella nunca lloraba y ver esa lágrima le hizo sentir aún peor de lo que ya lo hacía. Aunque se lo repitiera mil veces jamás podría odiarla, y por eso mismo era por lo que debería hacerlo.

Se acercó a ella, apartó la manta que le cubría las piernas y, con intención de subirla en brazos, le quitó el libro del pecho para dejarlo en la mesita. Se agachó a su lado, metiendo una mano por debajo de sus piernas y otra por su espalda.

—¿Calvin? —Preguntó tan extrañada como sorprendida.

—Si estabas despierta podrías habérmelo dicho antes —respondió, apartándose antes de llegar siquiera a levantarla.

—¿Ibas a llevarme a la cama?

—Iba. Pero estás despierta, así que me ahorras es esfuerzo —soltó de mala gana.

—¿Ha pasado algo? ¿Estás enfadado por algo?

—No es asunto tuyo —espetó, caminando sin detenerse hasta la escalera—. Si vas a dormir vete a la cama. Ahí te vas a destrozar la espalda.

—Tucker... —Dijo antes de que empezase a subir— ¿...está bien?

Calvin apretó los dientes y cerró las manos en dos puños, pero no respondió, empezó a subir la escalera y poco después se encerró en su habitación.

## Capítulo 14

### *¿Sufriste lo mismo por mí?*

Había estado observándola todo el día. Había pasado la mañana completamente sola en el jardín delantero, sumida en sus pensamientos, con su habitual expresión amable, pero con la mirada triste. Al llegar el mediodía no comió con él, de hecho no comió, subió a su habitación y se tendió boca abajo, con los brazos cruzados y la cara oculta entre estos. La tarde no había sido muy distinta, caminó entre las secuoyas, abrazándose a ellas como si los árboles pudieran proporcionarle más sosiego del que podría darle cualquier persona. Resultaba desesperante verla comportándose como si nada, pero con un aura triste y oscura a su alrededor, sonriendo por fuera cuando por dentro era todo lo contrario.

Salió una docena de veces con el perro, pretendiendo que le sirviera de distracción, cosa que no hizo. Solo consiguió que se agachase para acariciarle y luego seguía deambulando como alma en pena.

Calvin maldijo internamente al arquitecto por haber aparecido en el rancho inesperadamente. Si había roto con ella, si había tomado esa decisión, tendría que haberla asumido, y olvidarse de Şenay y todo lo que tenía que ver con ella. Sin embargo, había ido hasta allí y Şenay, aunque no había salido a hablar con él, le había visto a través de las ventanas.

—¿No vas a cenar? —Preguntó, a unos pasos de distancia, de espaldas a la casa.

No iba a intentarlo mucho más, estaba a punto de rendirse, si no quería comer, ya lo haría cuando el hambre amenazase con acabar con su estómago.

—No tengo apetito.

—Llevas comiendo mal desde que ese tío te dejó. Caminas de un lado para el otro como un maldito fantasma. ¿Tanto te hace sufrir esa ruptura? ¿Tanto te afecta? —Preguntó, notablemente molesto.

Detestaba verla mal, pero era peor saber que era así por otro.

—Tú no sabes nada, ¿vale?

—Me habría gustado ver si sufriste lo mismo por mí.

—No. No sufrió lo mismo. —Interrumpió una voz femenina tras ellos, haciendo que se girasen para mirar.

—¡Denisse! —Exclamó Şenay con cierto asombro.

Denisse, su hermana mayor, quien hacía más de una década que se había marchado para estudiar fuera y a quien había visto en persona únicamente en dos ocasiones.

—No tienes ni idea de lo que la tonta de mi hermana sufrió por ti. No comía, no dormía, parecía un muerto viviente. Lloraba todo el tiempo, peleaba con mi madre y hasta perdió peso. Mi madre la tuvo bajo llave...

—Cállate ya, ¿quieres? —Interrumpió—. Tú no tienes ni idea. Ni siquiera estabas aquí. —Soltó Şenay a su hermana, de quien no soportaba que opinase de todo como si todo le concerniese—. Además, ¿puedo saber qué haces aquí? ¿Cómo has entrado? No recuerdo haberte llamado.

—Vaya, cuanta amabilidad. —Dijo de mala gana—. Kailani me dijo dónde estarías. La puerta de la entrada está abierta. ¿Más preguntas?

Denisse tampoco se llevaba bien con Şenay, nunca lo habían hecho. Aunque tampoco podía decirse que tuvieran mucho trato.

Con ocho años se enteró de que iba a tener una hermanita y ya desde entonces empezó a detestarla. Cuando Şenay nació no cambió mucho la relación con sus padres, seguían consintiéndola tanto como requería, pero sí lo hizo con su tío, quien pasó a darle todas las atenciones a su hermana, a comprarle las mejores cosas, a llevarla de paseo, a... Ella se fue a la universidad, a otra ciudad cuando Şenay tenía solo 10 años y a partir de ahí solo se vieron en contadas ocasiones, siendo la última hacía seis años.

Su visita al rancho no era por deseos de ver a su hermana, ni mucho menos, ni por ganas de ver a su ex cuñado. De hecho le parecía un sitio solitario y deprimente, tan retirado de la ciudad, tan... sucio. Nunca le gustó el campo y tener que ir hasta allí para lo que iba, era para ella, lo más parecido a una tortura. Además, odiaba a los perros, y tener a aquel cachorro olisqueándole las piernas y los zapatos le resultaba lo más asqueroso del mundo, sobre todo cuando le rozaba las piernas con la nariz fría y húmeda.

—El tío Henry dejó esto para ti en O’ahu. —Le dijo a su ex cuñado—. No tengo ni idea de cómo sabía él que estarías aquí.

De su bolsillo sacó una carta y se la ofreció a Calvin, que miró a Şenay antes de aceptarla.

Henry creía fielmente en el destino y sabía que, juntos o separados, el destino de su sobrina y de Calvin era terminar juntos. Sabía que, cuando ella heredase su rancho, terminarían por verse y no dudó en escribir algo para él también.

“Hola chaval.

Tal vez es un poco tarde, pero espero que hayas recibido esta nota antes de que hayas cumplido cien años.

Sé que lo pasaste mal cuando Seni y tú os divorciasteis, supongo que tan mal como ella, pero sé, en lo más hondo de mi corazón, que aunque pase una eternidad, vuestro destino es estar juntos.

Cuando compré el rancho había otro interesado, con el tiempo supe quién era él. El trato con tu padre no lo hice porque necesitase el dinero, de haber sido así habría pedido la totalidad, no solo una fianza. Lo hice para que pudierais tener una oportunidad, por mínima que fuera, de veros, de hablar, de aclarar todo ese asunto vuestra separación, pero sobre todo, para que, siendo adultos y con la cabeza bien puesta, os deis cuenta de que sois el uno para el otro.

No sé en qué punto está ahora vuestra relación, pero te ruego que cuides de ella, que no dejes que su corazón roto se rompa aún más y que, si hay una mínima posibilidad de volver con ella, la aproveches. Sé que seréis la pareja más feliz del mundo porque ya lo fuisteis una vez.

Las segundas oportunidades existen para aclarar todo lo que deba ser aclarado.

Henry”

—¿Qué dice? —Preguntó Denisse, haciendo que Şenay negase con la cabeza como si no tuviera remedio.

—Nada importante. Que hizo un trato con mi padre porque necesitaba el dinero, pero que espera que le demos a su sobrina el tiempo suficiente para que pueda devolver ese dinero y mantener el rancho que compró pensando en ella —mintió.

—¿Puedo leerla?

—Supongo que tú también tienes una, ¿La has traído? Te dejo ver la mía si me dejas ver la tuya —propuso, a sabiendas de que, aunque la llevase encima, no dejaría que la leyese.

—Bah, en realidad ni siquiera me interesa. —Mintió, algo de lo que los otros dos se dieron cuenta rápido—. Sólo he venido a traer la nota de tu ex. No tengo nada más que hacer aquí, así que me voy.

Denisse se acercó a su hermana, le dio un manotazo suave en el hombro y sin decir nada más se alejó de ellos.

—¿Quieres quedarte a cenar? —Preguntó Şenay, ofreciéndole de mala gana



que se quedase un rato.

—¿Estás loca? ¡No! Ni te apetece a ti ni me apetece a mí. Además, solo me he desviado de mi camino para eso —señaló el sobre de Calvin—. Marco me espera fuera, así que me voy. Arrivederci.

No se llevaba bien con ella y la idea de permanecer más tiempo del necesario con esos dos, en un sitio lleno de tierra y con un perro rondándole las piernas no era muy grato para ella. Subió en el deportivo rojo en el que había un hombre con gafas de sol y de un acelerón se alejaron de allí, dejándolo una polvareda tras de sí.

—Arrive... ¿Qué?

—Su nuevo novio es italiano, o francés... No estoy muy segura.

—Veo que seguís llevándoos igual de bien que hace años.

—Sí. Ya sabes, siempre hemos chocado. Ella es hiper materialista, y yo soy más... No sé.

—Sentimental. —Dijo él, a lo que ella asintió.

Sin decir nada más, Şenay se agachó al suelo, cogió al perrito en brazos y acto seguido entró en la casa, con dirección a un dormitorio del que no tenía intención de salir.

Calvin se quedó en la parte delantera de la casa con la sensación de extrañeza más grande que había tenido en mucho tiempo, aquella inesperada visita había sido de lo más corta, absurda y surrealista, sin embargo, había servido para que Calvin supiera que su ex había sufrido por él tanto o más que por Tuck.

Por la mañana, Calvin había releído esa nota un centenar de veces. Él también había apreciado a Henry, las pocas veces que se habían encontrado se había comportado con él de la misma forma afable que con su sobrina, incluso le ayudó a elegir el anillo de compromiso con el que le pidió que se casaran. Henry sabía cuánto se querían y les apoyó más que nadie.

Bajó creyendo que Şenay estaría en la cocina, pero no fue así. Todo estaba intacto, al parecer no había desayunado nada. Salió al jardín y la vio caminando, lentamente, con una sonrisa en los labios, con el perrito mordiéndole los tobillos, y con una taza de café entre las manos. Suspiró aliviado, comprobando que, al menos bebía algo.

—Buenos días. —Saludó, acercándose a ella.

—Buenos días, Calvin.

—Me alegra ver que estás comiendo algo. —Ella sonrió levemente.

—Sí, bueno... —Dijo, moviendo la taza vacía—. No podía quedarme toda la

vida sin comer.

Sin decir nada más se dirigió a la casa y solo un par de minutos más tarde volvió a salir. Calvin estaba sentado en uno de los escalones de la entrada, jugando con el cachorro, tirándole de los bigotes para hacer que le enseñase los afilados dientecillos. Sonrió al verlos pero no dijo nada. Puso una mano en el hombro de Calvin, luego acarició al perrito y luego empezó a caminar, alejándose de ellos.

—¿Tardarás mucho? Necesito hablar contigo.

—Voy al lago un rato...

—¿Puedo ir contigo?

—¡Claro! —Sonrió—. Pero no has desayunado. ¿Te espero? —Él negó con la cabeza, señaló con una mano, como indicándole que podía ir yendo y acto seguido entró corriendo en la casa.

Calvin corrió a la habitación y, de la mesita de noche cogió el sobre que había estado manoseando toda la noche. Bajó, seguido por el perrito, que corría tras él, pero al salir, lo dejó encerrado dentro, no quería que se perdiera en un descuido, era mejor que se quedase en casa. Repiqueteó en la puerta para chincharle y sonrió al ver como el animalillo torcía la cabecita de un lado al otro como si no entendiera. Lo adoraba, era inevitable.

Corrió tras ella y, al darle alcance, caminó a unos pasos de distancia.

—Léela —le pidió, ofreciéndole la nota.

—Creo que no.

—Vamos, léela. Por favor. Lo que hay en esa nota también te concierne a ti. —Insistió—. Descubrirás algunas cosas que tampoco yo sabía.

Şenay tomó el sobre con reticencia, miró a Calvin y cuando él instó con la mirada, sacó la nota doblada del sobre, un sobre igual que el que había recibido ella. La desplegó cogiendo aire con fuerza y después de mirar nuevamente a Calvin a los ojos unos segundos, empezó a leer. Frunció el ceño cuando llegó a la parte del trato, ¿lo había hecho adrede? Su expresión se tornó triste cuando leyó que habían sido la pareja más feliz. Henry lo sabía, ella le había contado, después de su divorcio, que jamás amaría a nadie como a Calvin, y que los años con él habían sido los mejores de su vida. Dobló la nota y volvió a introducirla en el sobre, luego la puso entre sus manos y se alejó de él.

Calvin, quien la había observado mientras leía, se quedó inmóvil vio cómo se alejaba, pero no se quedó dónde estaba y corrió tras ella.

—He estado toda la noche pensando en ello.

—¿En qué pensabas?

—En ti, en esto, en que todo lo que ha pasado nos ha dado una nueva oportunidad...

La sujetó de los brazos y sin querer contenerse más la besó. Ella llevó las manos a su pecho y lo apartó despacio, mirándolo a los ojos, pero él volvió a atraerla, rodeándola esta vez por la cintura.

—Vamos Seni, bésame. Bésame como lo hacías entonces.

—No puedo. Nuestra oportunidad pasó. Tú estás con Lindsay y yo... —Se interrumpió a sí misma al darse cuenta de que ya no tenía a Tucker—. Lo siento.

—Dime que no sientes nada por mí y no insistiré nunca más. Dime que ni una sola vez has sentido celos al verme con ella y te dejaré tranquila. Dilo. Dime que en estas semanas no has pensado en los viejos tiempos, que no has querido ni una sola vez que fuera como antes, que te abrazase, que te besase. Dilo —dijo un poco más alto esta vez—. Yo no he dejado de quererte ni un solo momento —confesó—. Sí, dije que te detestaba, y que no quería pasar tiempo a tu lado, pero solo fue para hacerte daño, para que supieras que aún me duele que me dejases. —Llevó una de las manos de su cintura a su mejilla y mientras la miraba directamente a los ojos acariciaba su piel con el pulgar—. Bésame como entonces y sabrás que es cierto lo que digo —murmuró.

—¿Y qué resuelve eso?

—Nada y todo.

Şenay cerró los ojos con fuerza, tomó su cara entre las manos y le besó como él pedía, con todos esos sentimientos a flor de piel, con un deseo incontrolable por volver a sentir su boca, aunque fuera por última vez. Le besó como necesitaba hacer desde que le dejó y como había muerto por hacer desde que empezaron a pasar tiempo juntos de nuevo. Solo pasó un minuto hasta que ella se apartó despacio. Calvin la miraba con los ojos llenos de estrellas, pero ella no parecía compartir ese sentimiento.

—¿Y bien? —Preguntó en un murmullo, acercándose de nuevo a ella.

—Ha sido increíble, Calvin. Nunca pensé que volvería a sentir eso, estas cosquillas aquí... —Se tocó el abdomen—, Es... Pero aunque ha sido maravilloso, pero de verdad no puede volver a repetirse. Lindsay te quiere y no quiero que sufra como yo lo hice, como lo hiciste tú. La quieres, sino no estarías con ella y yo no quiero estar en medio de tu relación.

—En realidad... —Dijo, tentado de contarle la verdad, pero ella le interrumpió, poniendo los dedos sobre sus labios.

—Finge que nada de esto ha pasado y continúa tu vida como si no nos hubiéramos encontrado jamás desde entonces.

—Pero nos hemos encontrado, y ha pasado, y ahora quiero más, quiero mucho más. Te quiero a ti. —Confesó—. Te quiero a ti y a lo que soy cuando estás conmigo. ¿Es que no lo entiendes?

Ella se acercó a él, tomó su cara entre las manos y acercó su boca a la de él.

—Lo entiendo, créeme que lo entiendo. —Decía mirándole a los ojos—. En toda mi vida, jamás podré amar a nadie como a ti y será así hasta mi último aliento —dijo besándole con expresión de dolor—, pero no podemos hacer daño a otras personas por gusto. Somos responsables de lo que hacemos.

Se apartó lentamente de él, acarició su mejilla lentamente y tras mirarle a los ojos se alejó de él, dejándole con un dolor en el pecho que no podía describir con palabras. Se moría por decirle que había roto con Lindsay, pero con eso solo habría añadido más dolor a su dolor, porque sabía que ella pensaría que había sido por su culpa, y no podía dejar que sufriera por algo que no podía remediarse ni deseaba que se remediase.

No quería que lo que acababa de pasar les distanciase, de forma que corrió tras ella y se colocó a su lado. No volvería a mencionar ese beso, no volvería a forzar un acercamiento. Ella había confesado que le quería y el sentimiento era mutuo, por lo que dejaría que el tiempo los acercase nuevamente, esa era la mejor manera.

—Me encanta cuando amanece con esta niebla —dijo ella.

—A mí también, pero solo cuando no es demasiado espesa. Me gusta saber dónde pongo los pies.

Antes de que ella pudiera responder algo, el teléfono de Calvin empezó a sonar en su bolsillo. «Mi padre» gesticuló.

La llamada de Howard, no era para otra cosa más que para informar a su hijo de su intención de ir al rancho. Tenía intención de ver a esa mujer y convencerla por las buenas o por las malas de que se marchase de una buena vez.

Şenay lo miraba mientras hablaba con su padre y no le gustó el tono que usaba o la forma en la que le miraba con el ceño fruncido. Señaló hacia el camino por el que habían ido para indicarle que se marchaba, pero Calvin levantó una mano, como pidiéndole que esperase. Al cortar la llamada Calvin resopló molesto.

—Dice que llegará a la una.

—Yo me voy. Volveré cuando él se haya ido. Por nada del mundo quiero

volver a ver a ese hombre. —Dijo, repentinamente asustada.

—¿Por qué odias tanto a mi padre?

—No le odio, pero no quiero volver a verle jamás. Ese hombre me lo quitó todo y ni siquiera pude defenderme.

—¿Que te quitó qué?

—Supongo que no te lo ha contado, ¿no?

—¿Contarme qué, Seni?

—Nada. Olvídalo.

Calvin no iba a quedarse con la duda, la sujetó por un brazo y la frenó, obligándola a ponerse frente a él.

—Dímelo. Por favor. —Añadió.

Şenay tomó una respiración profunda y tragó con fuerza antes de empezar a hablar.

—¿Recuerdas aquella tarde en la que te dije que quería estar sola? Pasé todo el día en la cama y...

—Claro que me acuerdo. Fue la primera vez que te vi así, tan seria, tan...

—Tu padre me hizo ir a su oficina por la mañana y, como si de un negocio se tratase, me ofreció medio millón de dólares para que desapareciera de tu vida.

—Calvin alzó una ceja lleno de escepticismo.

—¿Que te ofreció dinero? —Preguntó incrédulo.

—El tenía planes para ti y no le importaba que jugaras conmigo, pero que nos casásemos no formaba parte de sus planes y me quería fuera de tu vida. —Explicó—. No acepté ni un céntimo de ese dinero. —Aclaró—. Rompí el cheque y lo dejé sobre su mesa, pero rellenó otro con el doble. Dijo que si yo no lo aceptaba, iría doblando la cantidad hasta que no pudiera resistir la tentación. Después de cuatro cheques estaba furioso. Gritó, golpeó la mesa y me amenazó con persuadir a mis padres para que fueran ellos quienes me convencieran, por las buenas o por las malas. —Calvin la miraba con el ceño fruncido—. Resistí cuanto pude, pero mi madre estaba furiosa y me presionó y presionó... Me dijo que no hacía nada con un niño rico, que sería una carga para ti toda la vida y que estaba privándote de un futuro brillante. Me dijo que tu padre había amenazado con conseguir el despido de mis padres, y que... Y encima te estaba imaginando sufrir por mi culpa... Sí, tu padre me lo quitó todo, porque tú lo eras todo para mí.

Calvin la miró completamente serio. No concebía lo que le estaba diciendo, a pesar de saber que su padre siempre estuvo en contra de esa boda. No podía asimilar que le hubiera ofrecido dinero a cambio de que le dejase, aunque

sabía que era capaz.

—¿Por qué no me lo dijiste? Podríamos haberlo arreglado. Podríamos haber hablado con él, demostrarle que nos amábamos por encima de todo eso del dinero o de...

—Tu padre es implacable. Sabes que no habrías podido convencerle. Lo único que lamento es no haber resistido un poco más. Haberle dejado retorcerse un poco más, aunque hubiera terminado de todas formas. Aunque... Ya da igual. El pasado es el pasado. Pero por favor, no me pidas que vea a tu padre, porque es lo último que quiero hacer. Inventa cualquier excusa por mí, por favor.

Calvin vio cómo se alejaba a toda prisa con dirección a la casa y frunció el ceño al recordar el día que le dijo que se marchaba, recordando su rostro ensombrecido por las ojeras, húmedo por las lágrimas... Alrededor de ella había el mismo aura que entonces y, sin poder evitarlo, se sintió impotente ante el poder que su padre ejercía sobre cualquiera a quien quisiera fuera de su camino, poder que, de ser cierto, le habría arrebatado la felicidad no solo a ella sino también a su propio hijo.

Howard llegó al rancho acompañado de dos de sus abogados, caminaba con autosuficiencia, con aires de grandeza, sintiéndose amo y señor de todo aquello.

—Y esos árboles también van fuera —le escuchó decir cuando les dio alcance —. Cal...

Calvin miró a Terry con cara de pocos amigos, pero éste miraba hacia la casa, como esperando ver a alguien a través de los cristales.

—Te has adelantado. Dijiste que a la una. —Le dijo a su padre con el ceño fruncido.

—¿Tiene tanto que hacer?

—No lo sé. Pero por ser tan impuntual ella no está.

—¿Dónde está?

—No lo sé. Yo no llevo el control de su agenda.

—Quizás deberíamos venir en otro momento, señor Shaw —le dijo el otro abogado.

—No. Me quedaré hasta que vuelva. La quiero fuera de aquí. La quiero fuera de aquí hoy mismo si puede ser.

Terry miró a Calvin y negó con la cabeza, como diciéndole que no sabía quién era la propietaria, cosa que hasta el momento, parecía ser cierto. Conocía a su

padre y tenía la absoluta certeza de que si se enteraba de que era ella la mujer a la que buscaba, no solo no estaría tan tranquilo, tampoco caminaría por allí con tanta parsimonia.

—Creo que Ryan tiene razón. Podríais venir en otro momento. O armarte de paciencia y esperar los pocos días que quedan. ¿Qué son, dos semanas?

Howard miró a su alrededor, luego a los abogados en busca de un gesto de aprobación, y cuando los dos picapleitos asintieron, Howard simplemente se dio la vuelta y empezó a caminar hacia la salida.

—¿Estás seguro de que se marchará cuando termine el plazo? ¿Sabes si tiene el dinero?

—No he hablado con ella sobre el dinero. No lo sé. Pero sí estoy bastante seguro de que si pasa el plazo y no tiene lo que debe, se irá sin más. Estoy aquí por eso, ¿recuerdas?

—Haz tu trabajo. —Ordenó, antes de marcharse.

«Me ofreció medio millón de dólares para que desapareciera de tu vida». Resonó en su cabeza. Sí. Su padre era perfectamente capaz de hacerlo, de hacer eso y mucho más.

## Capítulo 15

### *Asunto zanjado*

Hacía un par de días de la visita al rancho de su padre, y un par de días desde que descubriera la razón por la que Şenay le dejó. Había estado dándole muchas vueltas a un asunto que necesitaba zanjar cuanto antes y, durante un par de días pasó las mañanas en la ciudad.

Aquel viernes tenía todo listo y, con intención de estar el menor tiempo posible, fue al despacho de su padre.

—Aquí tienes. —Dijo Calvin, soltando un sobre encima de la mesa, frente a Howard.

Actuaba más raro de lo que lo hacía habitualmente, su voz sonaba más áspera, y su rostro no mostraba su habitual actitud, sino más bien enfado, infelicidad.

—¿Ha pasado algo? ¿Qué es eso?

—No ha pasado nada. Y eso es el cheque con los doscientos mil dólares de la fianza. Hemos conseguido que esa mujer añadiera el porcentaje de la multa.

El hombre abrió el sobre y miró el cheque antes de arrugarlo.

—¿El porcentaje de la multa? ¿En serio? Vamos Cal, ¿Para qué diablos quiero yo ese porcentaje? Lo que yo quiero no es ese dinero, sino el rancho. ¿Sabes las posibilidades que ofrece? Es inmenso, tiene petróleo, tiene el mar ahí mismo, lagos... Esa mujer no tiene ni idea, va a desperdiciarlo.

—Ella no iba a irse por mucho que la presionásemos. Estuvieron los abogados, la sentamos en una silla y le contamos quien eras y lo que pasaría si no se iba —decoró un poco la verdad para hacerla verse tan cruel como Howard hubiera querido—. Ella no ha tenido intención de irse en ningún



momento. Como dijo, ha devuelto la fianza. Me ha dado el sobre esta misma mañana.

—¿Tienes su número?

—¿Crees que nos llevábamos como para intercambiar números? He estado allí, viviendo en una cabaña de madera, en el jardín, a diez metros de su casa.

—Maldita sea. Era una oportunidad de oro. Ya era mío...

Howard tiró el cheque a la basura y dio un sonoro golpe en la mesa mientras maldecía a voz en grito.

—¿Puedo preguntarte algo? —Preguntó Calvin, con la mirada ensombrecida y con un monótono tono de voz.

Calvin se había dicho a sí mismo que no mencionaría nada, pero imaginar a su ex, pequeña e indefensa frente a la mesa de ese enorme despacho, siendo amenazada por su padre pudo con él.

—Habla —soltó el hombre de mala gana, sin ganas de escuchar lo que fuera que su hijo quería decirle.

—Ha llegado a mis oídos que ofreciste dinero a Şenay para que me dejase...

—¿Ah sí? —Preguntó divertido—. ¿Ha sido ella? ¿Ha ido a buscarte? ¿Le has dicho que tu vida es mucho mejor desde que te dejó?

—Mi vida se convirtió en un infierno precisamente porque me dejó.

—Oh, vamos, por Dios. No me vengas con cursilerías.

—La amaba. Puede que nunca te interesase, pero ella lo era todo para mí. Incluso teniéndola a mi lado me iba a dormir deseando que amaneciera para volver a verla. Ella... ¿Le ofreciste mucho?

—Más de lo que valía, pero no quiso nada. Entendió que solo era un lastre en tu vida y se alejó, eso es todo. —Calvin se echó a reír, maldiciendo internamente por haberse convertido en víctima de su propio padre—. Y mira si tenía razón. Con veintisiete años tienes inversiones que te proporcionan ingresos que te permiten vivir como quieras sin tener que trabajar. Eso lo has conseguido porque ella se fue. De haber estado a tu lado, ¿qué serías ahora? Serías un esclavo más, levantándote todos los días para ir a un sitio despreciable, gastarías tu vida en enriquecer a otro, yendo a un trabajo que te absorbería la vida a cambio de un mísero salario con el que no llegarías ni a final de mes. Sabes que con ella no ibas a llegar a ninguna parte.

—Tú no tenías derecho a decidir por mí. Has vivido tu vida como has querido, ¿Por qué tenías que decidir por mí? ¿Quién te ha dado ese derecho?

—Drama, drama, drama. Olvídate ya de esa chiquilla. Cásate con Lindsay, ella sí es un buen partido, bien posicionada en el bufete de su padre, bonita,

agradable, educada...

—Yo ya estuve casado, y lo mandaste por el retrete porque creíste que podías decidir por mí.

—Venga Cal...

El hombre miró a su hijo con una expresión risueña y estalló en risas al verle tan ofuscado. Aquello estaba siendo entretenido. Calvin nunca se había revelado y que le viniera ahora con un asunto de hacía seis años era gracioso, y más porque estaba convencido de que a esa chica no había vuelto a verla.

—Por cierto, Lindsay y yo rompimos hace días.

—¿Como? —Preguntó, cambiando su expresión burlona por una oscura—. Pues ve pensando la manera de arreglarlo. Necesitamos la conexión con el bufete de su padre. Si hace falta podemos ofrecerle dinero, acciones en...

Confirmado que ese hombre era tan despreciable como pensaba Şenay. Sin pretender escuchar una sola palabra más se marchó de allí, de un edificio que no debía haber pisado y que, para colmo, había diseñado el mismo tipo que había tenido dos años de relación con ella.

Se había encargado de dejar el asunto del rancho bien zanjado antes de entregarle el dinero a su padre. Los abogados le habían dado todo documento y acreditaciones que certificaban que la deuda de Şenay estaba liquidada. El rancho era de ella y solo de ella. Sin embargo, estaba demasiado frustrado con su padre como para correr con ella y darle la noticia, sobre todo, porque estaba convencido de que se sentiría mal si le decía que había estado en el mismo despacho en el que empezó su infelicidad.

Llegó de vuelta al rancho de notable mal humor. Estaba cabreado con su padre por ser como era y lo peor, cabreado consigo mismo por no haberse dado cuenta hasta ese día, que para su padre no era más que un objeto, una pieza de ajedrez que colocaba aquí o allá a placer.

Al entrar en casa fue directo a su habitación, pero Şenay estaba en su dormitorio, con la puerta entreabierta y hablando con alguien. No pudo evitar acercarse para husmear. Por la forma en la que se dirigía a la otra persona no le costó deducir quien era, pero terminó de darle la confirmación escucharla decir su nombre: Tuck. Le molestaba en exceso la idea de que pudiera pensar en volver con él, pero siguió escuchando sin decir nada.

—Sí, en serio estoy bien. Estoy dolida conmigo misma por no haberte preguntado cuando hablamos sobre mi divorcio. —Hizo una pausa leve y siguió—: Espero que puedas arreglar las cosas con ella. Que te deje libre, que

acepte que cada uno debe quedarse por su lado —volvió a hacer una pausa—. Pero eso es bueno, ¿no? Puedes proponerle un ultimátum, hazle firmar los papeles y si no cumple lo que promete, estarás libre. Las segundas oportunidades existen para arreglar las cosas...

Calvin sonrió al escuchar eso y, sin hacer el menor ruido se metió en su habitación. A pesar de lo ocurrido en el despacho de su padre no podía seguir de mal humor, y menos aún al escucharla alentar a Tucker para que volviera con su mujer. Katrina no era buena persona, pero prefería que el arquitecto volviera con ella antes que pensase en volver con Şenay.

Durante la tarde no se vieron, ella sabía que estaba en casa porque al sacar al perrito había visto el coche de Calvin, y no se había movido de allí.

A la noche, después de una cena extrañamente distante, Calvin se fue a su dormitorio, ella no tenía ni idea de lo que le pasaba, pero del mismo modo que días atrás fue ella la que necesitó espacio, creyó que Calvin buscaba lo mismo, así que no le dijo nada.

—¿Te apetece salir a pasear por las cercanías de la casa? Hoy no hace frío. — Preguntó Calvin de repente, apareciendo por la escalera como un fantasma.

—¡Qué susto! —Exclamó ella, llevándose una mano al pecho.

—No quiero estar encerrado en casa, quiero despejarme un poco... ¿Te apetece?

—Pretendía ver un par de pelis e irme a dormir...

—Está bien. Entonces saldré solo.

Calvin salió al jardín delantero y tomó una respiración profunda con los ojos cerrados. Luego empezó a caminar para ir al camino que se adentraba hasta el resto de la finca.

—Si no vas a tardar mucho voy contigo. —Gritó ella desde la puerta.

Él sonrió levemente y le señaló el suelo a su lado, indicándole que fuera con él. Şenay se asomó para comprobar que el cachorro seguía durmiendo en su enorme cojín y, acto seguido, dio una pequeña carrera hasta alcanzar a Calvin. Caminaban en silencio. Lo único que se oía eran búhos y otros animales nocturnos en la lejanía, sus pasos sobre la tierra y la hojarasca seca bajo sus pies.

—¿Recuerdas aquella acampada que hicimos un año antes de casarnos? — Preguntó ella.

—¡Claro que me acuerdo! Fue mágico. Además, nunca antes había visto luciérnagas.

—Mira —señaló Şenay, con una sonrisa.

Hacia la derecha del camino, en el pequeño claro que se hacía entre los árboles y entre la maleza, había decenas, cientos quizás, de luciérnagas, puntitos amarillo-verdoso, titilantes, que hacían de aquella estampa, una imagen mágica. Ambos miraron con la sonrisa dibujada en el rostro.

—Y pensar que hay gente que jamás las ha visto y jamás las verá...

—Seni... —Ella hizo un sonido nasal como pregunta—. Me muero por besarte.

—Soltó de pronto.

Şenay lo miró con los ojos abiertos de par en par, pero entonces él actuó. Tomó su cara entre las manos y la besó, guiándola lentamente hasta el tronco de un árbol cercano, donde profundizó aún más ese beso y donde, llevó las manos bajo su ropa para acariciar la piel cálida de su cintura. Şenay no solo no le puso frenos, estaba dejándose llevar, estaba besándole con la misma pasión. Rodeó su cuello con los brazos, atrayéndole. Poco a poco la pasión y el deseo de ese beso se convirtieron en una necesidad imperiosa de seguir. Pero fue cuando Calvin llegó con los dedos a uno de sus senos que ella le pidió que parasen.

—Oh Dios... —Dijo ella en un suspiro—. No hay nada en el mundo que pueda sentirse como estar en tus brazos... Pero tienes novia y ella no merece que le hagamos esto.

De nuevo Calvin no se atrevió a decirle que habían roto, sabía que habría preguntas, y sabía que se sentiría la causante de su ruptura.

—Por favor, no te alejes sin más. Y si lo haces, dame tiempo para desengancharme de ti. No he vuelto a sentirme así un una sola vez desde que me dejaste.

Şenay sonrió y, en lugar de apartarse, como él creyó que haría, le abrazó con fuerza, hundiendo la cara en su cuello y aspirando su aroma.

—Me encanta como hueles. —Confesó ella.

Calvin tomó de nuevo su cara entre las manos y se acercó nuevamente para besarla.

—Gracias por no huir. —Dijo sincero, mirándole a los ojos—. Vayamos a ver esa película...

Ella asintió con una sonrisa y acto seguido emprendieron el camino de vuelta a casa.

La tensión sexual no resuelta podía palpase en el aire, sin embargo, los dos hicieron por contenerse, tanto como para que cualquiera dudase, incluso de que hubieran salido de la casa.

Las películas que Şenay solía ver eran las de misterios con algo de romance, le encantaba Sherlock Holmes y películas del estilo, Calvin solía ver películas de acción, era el género que más le gustaba, sin embargo, con Şenay siempre le encantó ver películas de terror, sabía que a ella le costaba dormir por el miedo inducido con esas películas y, las noches que veían ese tipo de cine, terminaban quedándose toda la noche despiertos, hablando, él abrazándola... Al sentarse en el sofá con el enorme bol de palomitas y con las dos botellas de refresco, Calvin pensó que verían algo del estilo, sin embargo, al empezar la película frunció el ceño y la miró de reojo.

—No me mires así —rió—. Es una película.

—¿De dibujos?

—Es de dibujos, pero es preciosa.

—Más te vale que lo sea —dijo él, mirándola de reojo con una expresión graciosa.

A medida que iban pasando los minutos, Şenay miraba a Calvin, esperando verlo con cara de aburrimiento, sin embargo, le sorprendía cada vez, al ver como se reía, o como su rostro iba recreando tristeza, emoción... Había sido una de sus películas favoritas desde que había salido hasta ese día, y es que, a pesar de ser una película infantil, tenía la acción de los malos persiguiendo al protagonista, el drama de la protagonista al verse encerrada sin poder salir, la frustración al ver que la madrastra recurría a cualquier artimaña para mantenerla encerrada, como la había secuestrado...

Cuando al fin aparecieron los créditos Calvin estaba apoyado en el respaldo del sofá con cara de satisfacción, claramente le había gustado.

—¿Y?

—Vale, tenías razón, no me esperaba que fuera a gustarme...

—Aun no es muy tarde, ¿te apetece ver otra?

No iba a negarse a nada de lo que ella le propusiera, por lo que, aunque estuviera agotado, aceptó con gusto.

La segunda película empezó ajetreada, los coches corrían a toda velocidad por una carretera tras un camión, de repente los copilotos de los coches salieron por las ventanillas y... A ella le parecían películas demasiado irreales, demasiado estresantes, y ruidosas, sin embargo, a veces también disfrutaba de su acción. Se apoyó en el reposabrazos y se acomodó la manta para no pasar frío mientras pasaba el rato.

La pantalla del televisor estaba completamente negra, la película había terminado sin que se enterase y al mirar a su lado vio que Calvin también se había dormido. Sonrió al verlo.

En el exterior, el aire corría templado, pero dentro de la casa, sin hacer nada y con la chimenea apagada, hacía algo de frío. Ella no podía con él, ni tenía la fuerza, ni tenía la envergadura suficiente como para levantarlo en volantas y llevarlo hasta su cama, así que, sin intención de despertarle, le echó una de las mantas por encima. Se inclinó sobre él para besarle la frente e incapaz de apartarse de él, se sentó a su lado, en la alfombra, tomó una de sus manos y le contempló, tan tranquilo, tan relajado...

—¿Sabes? —Empezó a decir en voz baja un rato después—. No podía decírtelo el otro día, no era el momento y tampoco he sido capaz de ponerlo en palabras hasta ahora... Lo pasé realmente mal cuando me fui. Llegué a creer que me moriría. —Confesó—. Tenía crisis nerviosas casi a diario, lloré durante días, no era capaz de comer nada. Lo único que podía pensar era en ti y en la forma de correr a tu lado otra vez y suplicar que me perdonases por lo que te había hecho. —Hizo una breve pausa antes de seguir—. Mi madre llegó a encerrarme durante días en mi dormitorio para evitar que me escapase y corriera hacia ti... Cuando creyeron que me había recuperado me dejaron salir, fue entonces que me fui de casa y rompí toda comunicación con ellos, incluso con Henry —suspiró agónicamente—. Dejé la universidad porque no era capaz de concentrarme con nada. Durante unos meses mi vida fue un infierno, pero poco a poco terminé convenciéndome con sus palabras y pensando que era lo mejor para ti. —Hizo otra pausa antes de seguir—. ¿Sabes? No he podido olvidar la última mirada que me dirigiste aquella mañana. —Apretó ligeramente la mano de Calvin, tentada de entrelazar los dedos con los suyos—. Cuando te vi de nuevo después de estos seis años me di cuenta de que... de... de que solo he negado lo que en el fondo nunca ha desaparecido. Cuando te mudaste aquí y empezamos a vernos y a convivir... Dios, soy tan feliz solo con tenerte cerca... —Sonrió tristemente—. Quedan pocos días para que termine el plazo y me tenga que ir de aquí, ¿pero sabes? Me habría gustado poder disfrutar de este rancho para siempre contigo a mi lado. Sé que no debería decirlo porque tienes a Lindsay, pero me habría encantado que volviéramos a estar juntos, igual de enamorados, igual de felices, igual de...

De pronto, para su sorpresa, Calvin se incorporó, retirando la manta y sentándose en el sofá. Ella se sorprendió por ver que no estaba durmiendo pero no pudo articular palabra alguna. Calvin se agachó al lado de ella y la

levantó en brazos, volviendo a sentarse con ella sobre su regazo. No dijo nada, solo tomó su cara entre las manos y se acercó a ella para besarla. Como le había dicho, él también la quería, no había dejado de hacerlo ni un solo día desde que la conoció, a pesar del sufrimiento por el que le hizo pasar, a pesar de haberle condenado a estar solo, a desconfiar del amor. La amaba y le demostraría cuánto tantas veces como ella se lo permitiera.

Şenay no se apartó, deseaba ese beso tanto como había deseado el que se habían dado en el bosque, deseaba su contacto como lo había hecho desde que se vieron por primera vez, aunque tratase de no pensar en ello porque tenía a Tucker. Sin dejar de besarle se movió levemente, sentándose frente a él, a horcajadas. Lo notó sonreír entre sus labios. Las manos de Calvin apretaron sus muslos, pero no se quedaron ahí, las deslizó lentamente hasta su trasero y de un movimiento rápido y brusco la atrajo aún más. Introdujo las manos bajo la camiseta y subió por la espalda. Siguiendo la goma del sujetador, acunó sus senos, sintiendo la tela de algodón blanco, pero pese a la suavidad del tejido, no era lo mismo que el contacto de su piel en la suya. Con una ágil maniobra soltó el enganche de la prenda y acto seguido deslizó los dedos por debajo de ésta. Acarició los pezones con los pulgares mientras se llenaba las manos con sus pechos desnudos, apretándolos de una forma que la hizo gemir de placer. Şenay se apartó lo suficiente como para poder mirarle a los ojos, pero no tardó nada en volver a su boca. Con ardientes caricias y sonidos sugerentes Şenay terminó estirada en el sofá con Calvin entre sus piernas. Notó como todo él se tensaba cuando, acariciando su pecho por debajo de la camiseta, llegó al borde del pantalón. Introdujo la mano y se aferró a su endurecida masculinidad, acariciando lentamente y con la presión justa. Calvin dejó ir un gruñido mientras mordía su cuello cuando ella apretó la punta con los dedos. De repente la detuvo, sujetando su mano para que no siguiera.

—Me estás llevando al límite. Si no paras...

Şenay rió traviesa, pero sacó la mano. Rodeó su cuello con los brazos y lo atrajo para besarle, pero ahora fue él el quien, con un movimiento rápido, metió los dedos en sus braguitas. Presionó con los dedos por encima antes de colarse entre los pliegues de su intimidad. Sonrió con malicia al escucharla gemir ahogadamente en su boca.

—Hmm, para —pidió, apretando sus caderas contra el asiento del sofá, tratando de apartarse de él—. Para o... o...

Calvin introdujo un dedo en ella, arrancándole un gemido aún más excitante que el anterior. Estaba mojada y caliente, y sus dedos podían deslizarse

fácilmente, resbalando sin dificultad de fuera a adentro. De pronto ella echó la cabeza hacia atrás, con la boca entreabierta y los ojos cerrados, con una mano tras el cuello de Calvin y la otra en uno de sus pechos empezó a respirar pesadamente, gimiendo, Calvin notó en sus dedos cómo su sexo palpitaba y sonrió antes de inclinarse hacia ella y besarla en el cuello.

Şenay apartó de pronto su mano y lo miró. Sin mediar palabra tiró de su camiseta, dejándola caer a un lado y dejándolo desnudo de cintura para arriba. Acarició su torso con ambas manos antes de tirar de su propia camiseta. Como Calvin había aflojado el sujetador salieron las dos prendas a la vez. Levantó la cabeza para poder besarle de nuevo y prosiguió con el pantalón.

El sexo con Lindsay era demasiado conservador. Placentero y satisfactorio, pero limitante en cuanto a fantasías se refiere. Con Şenay era completamente distinto, podía tocarla, podía lamer cualquier parte de su cuerpo que deseara, podía llevarla al límite antes de hacerla explotar de placer, y eso en sí mismo hacía que fuera único. Lo mejor es que era completamente correspondido, ella también actuaba del mismo modo. Con ella era excitante y era la única con la que podía sentirse tan deseado, tan libre...

Ambos estaban prácticamente desnudos sobre la manta del sofá, tocándose y besándose, pero no habían llegado hasta ese punto para no seguir.

—Aquí no tengo preservativos...

—En mi bolso hay uno —gimió ella.

Él sonrió y, sin dudar, corrió adonde ella siempre tenía su bolso y rebuscó desesperado hasta encontrarlo.

Por un momento un pensamiento desagradable cruzó la mente de Calvin: ese preservativo lo llevaba para hacer el amor con otro. Sintió como su lívido caía en picado y se arrepintió de haber sugerido usar protección, por una vez de no usarlo no habría pasado nada. Sujetó el borde de la silla en la que estaba el bolso de Şenay pensando cómo decirle que no iban a poder seguir, pero de pronto sintió como ella pegaba su cuerpo al suyo, rozándole la espalda con los cálidos senos, rodeándole con los brazos, acariciando con las manos su abdomen y apoyando la cara en su hombro. No podía resistirse a aquello, así que cogió sus manos y giró en el círculo de sus brazos. Tomó su cara entre las manos y se inclinó para besarla.

—¿Y el...? —Preguntó, mirándole las manos.

—Lo siento, no puedo usarlo —confesó, haciendo que Şenay se sonriera—.

¿Qué pasa? —Şenay se cubrió la cara con las manos totalmente avergonzada —. Vamos, ¡dímelo!



—Lo cogí el otro día en la farmacia... Tenían un recipiente lleno, con un cartel para algo de las enfermedades de transmisión sexual y... No sé. Olvídalo. No sé en qué pensaba.

—¿Pensaste que podríamos necesitarlo? —Ella asintió con la cara aún cubierta con las manos.

Calvin sonrió ampliamente y la rodeó fuertemente en un abrazo antes de levantarla en volandas para llevarla de vuelta al sofá. Ahora sí que no había marcha atrás. La estiró lentamente y entre besos y caricias se metió entre sus piernas. Todavía llevaban puesta la ropa interior pero lentamente se deshizo de ella. Después de ponerse el preservativo se colocó en su entrada y se hundió en ella, lentamente, llegando hasta el fondo sin dejar de mirarla, sin dejar de disfrutar solo con la expresión de placer de su rostro; pero no se detuvo y salió despacio solo para volver a entrar, esta vez un poco más fuerte, un poco más rápido...

Hacía algo más de seis años que no habían estado juntos, sin embargo, sus cuerpos parecían recordar a la perfección el ritmo y la intensidad para hacerlo perfecto, cosa que no les pasó con ninguna de sus anteriores parejas. Encajaban como si hubieran estado hechos el uno para el otro y ambos se dieron cuenta. Llegaron al clímax con una intensidad que tampoco habían vuelto a sentir desde que rompieron y hasta aquel preciso momento.

Acalorado, con la respiración agitada y con el corazón aún latiendo con fuerza en su pecho, salió de ella, despacio, como si le doliera separarse así de ella. Se acomodó a su lado en el sofá y la atrajo, presionándola contra su pecho. Luego tiró de la manta con la que ella le había tapado y cubrió sus cuerpos desnudos.

Se había dejado llevar de tal modo que se había evadido de la realidad, de una realidad en la que creía que Calvin estaba con otra. Cuando Şenay pensó en lo que acababa de pasar, en lo que habían hecho, se sintió culpable.

—Oh Dios... —Murmuró, ocultando la cara en su pecho—. ¿Qué hemos hecho? Soy una persona horrible... Lindsay no se merece esto.

—¿Por qué la mencionas ahora? ¿Por qué te preocupas por eso?

—Porque...

—No te preocupes por ella. Me dejó hace unos días cuando supo que no podía frenar lo que sentía por ti.

—¿En serio? —Preguntó sorprendida—. ¿Cuándo?

—Hace unos días.

—¿Antes de pasear por el lago la mañana que vino tu padre? —Él asintió con la cabeza—. ¿Antes de que viniera mi hermana? —Preguntó ceñuda, de eso hacía al menos diez días, pero él asintió con la cabeza—. ¿Cuándo fue, Calvin?

—¿Recuerdas el día del lago, cuando estabas con el cachorro y te caíste...? —Ella asintió—. Fue al volver a la ciudad.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque estaba enfadado. Estaba enfadado con ella. Estaba enfadado contigo por verte sufrir por otro. Estaba enfadado conmigo mismo... Pero no hablemos de eso, Seni, no hoy, no ahora. Disfrutemos esto. —Se ajustó aún más contra ella—. No te imaginas lo mucho que deseaba volver a casa.

—A casa... Yo también lo deseaba —suspiró, cerrando los ojos y deleitándose con el contacto de su cuerpo, con su calor.

## Capítulo 16

### *No hay rosas sin espinas*

No estaba confirmado por ninguno de los dos, de hecho, ni siquiera habían hablado de ello, pero su relación había terminado siendo la que fue entonces, a pesar de ser más mayores, a pesar de haber tenido otras parejas, a pesar de no haberse visto en seis años. No podían evitar sonreír cuando se miraban, no podían evitar abrazarse y besarse cuando estaban cerca, no podían evitar que cada contacto provocase en ellos miles de sensaciones.

Después de aquella tercera maravillosa noche, Şenay despertó al lado del amor de su vida, y no pudo más que sonreír como una tonta al sentirse entre sus brazos un nuevo día. Lo miró mientras dormía y llevó los dedos a su cara para perfilar cada una de sus líneas. Pensó lo guapo que era la primera vez que le vio, pero ahora, era un hombre maduro y sus rasgos lo decían en cada una de sus líneas.

—¿Te gusto?

—No —respondió ella, cerrando los ojos y apartando la mano, como si no hubiera estado haciendo nada.

—Tu a mi sí —dijo él, acercándose para besarla—. Y, además, te quiero, y...

—Ella le calló con otro beso, lo que les hizo reír a los dos.

—No me gustas, estoy loca por ti. Si solo me gustases me conformaría solo con mirarte, pero creo que no puedo vivir sin ti.

—Dios mío, cariño, es lo más bonito que me ha dicho nunca nadie.

—Mentiroso. Si haces memoria, en el pasado te lo dije muchas veces.

—Pero me dejaste.

—Ya sabes por qué fue... Además, aunque te quería con todo mi ser, era demasiado inmadura, demasiado maleable. Me convencieron de hacer algo que no quería y lo hice.

—Ya no importa. Con que estés segura de lo que dices, con que realmente sientas lo que dices en el corazón... No necesito más.

—¿No? —Él negó con un sonido nasal—. Qué pena. Entonces debería... ¿Vestirme?

Traviesa como siempre fue, se escabulló de entre sus brazos y salió de la cama. Únicamente vestía la parte de arriba de un pijama de Calvin, cuyos botones estaban a medio abotonar y cuyo largo alcanzaba a cubrir solo hasta su trasero, era una prenda que, a los ojos de Calvin, la hacía verse no solo preciosa, sino tremendamente sensual. Corrió a la ducha, riendo al saber que la seguiría y emocionándose por lo que sabía que pasaría cuando estuvieran, desnudos, bajo el chorro de agua templada.

Después de un cálido desayuno, Şenay salió a sacar al perro para que hiciera sus necesidades. El perro corría de un lado al otro incansable, mordiendo la hierba, buscando como loco cada piedrecilla que ella tiraba, haciéndola reír. Simplemente lo adoraba. De pronto, de detrás de los árboles del camino salió un hombre, alguien que la hizo palidecer de repente, y quien provocó que un escalofrío recorriera su columna vertebral de arriba a abajo: Howard Shaw.

—Así que de verdad eras tú, pequeña zorra. —Dijo acercándose a ella con los ojos inyectados en furia.

Howard había mirado los documentos de los abogados en busca de un nombre, algo que le permitiera dar con ella rápidamente, pero el nombre con el que se había topado le explicaba mucho: el por qué su hijo se instaló tan alegremente en ese rancho aun diciendo no aguantar a la heredera, por qué sus abogados, siendo los mejores en extorsionar, amenazar y convencer por las malas, no habían conseguido que firmase, por qué su hijo había preguntado por el pasado o por qué había roto con un buen partido como lo era Lindsay. Y la culpable de todo eso era esa niña, esa niña con la que su hijo estaba obnubilado, por quien no era capaz de ver otra cosa que no fuera su supuesto amorío.

—No tuviste bastante con arruinar la vida de mi hijo una vez. Has tenido que hacerlo dos veces. —Şenay estaba completamente paralizada, no solo le inspiraba terror por como lo había visto en el pasado, ahora era incluso peor, y su actitud amenazadora le hacía temblar desde lo más hondo de su ser—. Tendría que haberme encargado de ti hace mucho tiempo, de esa forma esto no

habría pasado. No te habrías interpuesto entre mi hijo y su futuro, ni entre mi hijo y su preciosa novia, ni mucho menos entre mí y mi dinero.

La miró completamente enfurecido, esperando una respuesta para seguir hablando, pero ella solo alcanzó a balbucear algo que ni comprendió ni quiso entender.

De repente, con la mente oscurecida por el odio, se acercó a ella y sin mediar palabra, la abofeteó. Y volvió a hacerlo al ver que ella solo se llevaba una mano al golpe. Luego, insatisfecho, llevó las manos a su cuello y apretó, con intención de terminar de una buena vez con ese asunto. No le importaba ensuciarse las manos con una chiquilla insignificante si con ello iba a terminar con una piedra en su camino.

Calvin estaba terminando su café cuando escuchó a alguien fuera, siguió bebiendo tranquilamente, ajeno a lo que estaba sucediendo, hasta que algo en su interior le dijo que debía salir, así que soltó la taza sobre la mesa y sin pensarlo, corrió a comprobar que todo estaba bien. Se le heló la sangre al ver a su padre agarrándola del cuello con los ojos inyectados en sangre y una expresión de odio que jamás antes había visto. Şenay sujetaba sus muñecas con fuerza, haciendo un esfuerzo inhumano por tratar de respirar. Sin pensar en lo que hacía se acercó a ellos como un rayo y de pronto, estrelló un puñetazo en la cara de su padre, de forma que la soltó inmediatamente y cayó contra el suelo con violencia. Ella también cayó hacia atrás, visiblemente afectada por la agresión.

—Dios mío, cariño, ¿estás bien? —Ella asintió entre tosidos, aspirando con fuerza, tratando de recomponerse—. Maldito seas. —Gritó, acercándose a Howard y levantándolo del suelo de la ropa—. ¿Qué demonios intentabas hacer?

—¿Así que, estabas con ella? ¿Todo este tiempo? ¿El cheque...?

—Todo este tiempo. He estado con ella para protegerla de ti, y he estado con ella porque la amo. ¿El cheque? En realidad, no importa. Ella necesitaba devolver la fianza y ya está zanjado ese asunto. Ahora lárgate. Lárgate antes de que no sea capaz de razonar mis propios actos. Y jamás vuelvas a pisar aquí.

—¿No? Ya lo verás.

—No lo repetiré. Ella es mi mujer, antes no supe defenderla, pero si se te ocurre volver tocarle un pelo serás tú quien no lo cuente. Créeme, me has convertido en alguien que ya no conoces, y ni yo mismo soy capaz de imaginar hasta donde soy capaz por protegerla.

—Calvin... —Consiguió decir ella con la voz ronca por el apretón.

Ignorándola, Calvin agarró a su padre por la pechera y lo empujó hacia el camino. Hablaba completamente en serio cuando le había dicho que no lo contaría si volvía a hacerle algo a ella. Jamás permitiría que Şenay volviera a sufrir por su culpa, pero menos aún por culpa de ese hombre que debía desear lo mejor para su hijo pero lo que hacía era hacerle infeliz con sus fechorías y sus maquinaciones.

Cuando al fin Howard se alejó de allí, aun tambaleante por el puñetazo, llamó al perro y, tras ayudarla a levantarse del suelo, entraron en la casa.

La llevó hasta el sofá con un dolor indescriptible en la mano izquierda y en el corazón.

—¿Estás bien? —Preguntó, acariciando suavemente las gruesas marcas de dedos que tenía en la cara—. ¿Te ha abofeteado? —Ella no dio respuesta alguna, agarró su mano izquierda y acarició lentamente sus inflamados nudillos.

Se levantó del sofá, conteniendo las lágrimas y fue al congelador en busca de algo de hielo para ponerle en la mano. Había pegado a su padre, por ella. Se sentía despreciable por ser la causante de tan desafortunado hecho, sin embargo también se sentía feliz por ver la forma tan impulsiva en la que había ido a defenderla. Después de poner un puñado de cubitos en un paño, regresó al sofá y, sosteniendo nuevamente su mano herida, presionó suavemente con el frío para relajar la zona.

—Seni...

—Estoy bien. Es... Has pegado a tu padre, por mi culpa.

—No. Le he dado un puñetazo a un monstruo que pretendía... ¿Qué habría pasado si no hubiera salido a tiempo? —Preguntó horrorizado—. Te estaba...

Sin dejar que dijera nada más, tomó su cara entre las manos y se acercó a sus labios para besarle. Ese simple gesto alejó sus demonios. Calvin soltó el paño en el sofá y acto seguido la atrajo, profundizando ese beso. Luego lentamente se separaron para terminar abrazándose.

—Olvidemos lo que ha pasado, ¿De acuerdo? —Propuso ella, apartándose lo suficiente como para poder mirarle a los ojos, él asintió y la estrechó de nuevo entre sus brazos.

Pasaron el día sin mencionar lo ocurrido, sin embargo Calvin no podía quitarse de la cabeza lo que su padre había intentado hacer. Maldecía, gritaba, golpeaba la mesa de su despacho cuando estaba furioso, amenazaba con enviar a sus matones, con parar los pies a quien le molestase o darle un susto de

muerte para que jamás volviera a pensar, siquiera, en ponerse delante de él, pero nunca había tocado a nadie, y ni qué decir de tratar de quitarle la vida con sus propias manos. Cada vez que la miraba la recordaba peleando contra él, intentando respirar, con expresión de miedo y angustia.

Estaba atardeciendo y, con ganas de despejarse y de olvidar el mal trago, propuso que fueran al lago grande para ver la puesta de sol. Podrían sentarse en el embarcadero, meter los pies en las cristalinas aguas y estar allí, a solas, hasta que anocheciera.

Dicho y hecho. Dejaron al cachorro en casa, entretenido con uno de los enormes huesos de tendón que Şenay siempre le compraba y caminaron, de la mano, hasta el Maserati de Calvin. Dejaron el coche donde lo habían hecho la vez anterior y, como entonces, caminaron hasta la escalera que daba al lago.

—Dios mío, es precioso. —Dijo ella.

—Es precioso, pero por alguna razón, hoy me gusta más que cuando vinimos aquella vez. ¿Quieres que te cuente un secreto? —Preguntó tras una pausa, ella asintió con la cabeza—. La otra vez, si no hubiera estado Tucker al llegar... Casi me dejo llevar. No sabes lo mucho que deseé abrazarte, besarte...

—Vaya... —Dijo ella con cara de fastidio—. ¿Quieres que te confiese algo? —Ahora fue él el que asintió con la cabeza—. El día que pintamos la habitación... Deseé con todas mis fuerzas poder besarte, que me besaras. ¿Y quieres saber más? Por la noche, cuando paseamos por la playa, busqué una excusa creíble para hacerlo.

—El día que pintamos la habitación hubiera parado el tiempo para poder estar para siempre contigo. Lo pasé genial. Lo estropearon las visitas, pero terminó de arreglarse por la noche. No quería dejarte ir, y si no hubieras entrado en casa...

Şenay se echó a reír al imaginar lo que él decía y se giró para abrazarle. Adoraba el tiempo que habían pasado juntos esas semanas, aun habiéndose enfadado en ocasiones, le encantaba comprobar como todo había ido alineándose para terminar como el destino había decidido que debía ser, sin importar el tiempo que pasaron separados.

Se sentaron en la orilla, Calvin se apoyó en el tronco y la atrajo, colocándola entre sus piernas y apoyándola sobre su pecho. Şenay apoyó la cabeza en él y acto seguido cerró los ojos, recreándose en el sonido de su corazón acompasado con el de su respiración. Se rodeó con sus brazos y acarició el dorso aun inflamado, de su mano izquierda.

—Siento mucho lo que ha pasado esta mañana con mi padre.

—No hay rosas sin espinas. No las puedes eliminar, pero las puedes evitar para que no te hagan daño. Hay veces que no puedes evitar que te hieran.

—Pero no así... —Se lamentó—. Te quiero. Te quiero y te juro que te protegeré hasta el fin de mis días.

—No ha sido tu culpa. Tú no has tenido nada que ver. No te tortures, no pienses más en ello.

—Claro que pienso en ello. Te ha agredido. Jamás pensé que llegaría a hacer algo así... —Su tono de voz volvió a ser angustioso, como por la mañana.

—No hablemos de él. Sólo quédate así, conmigo. No hay nada que pueda afectarme de verdad si estás a mi lado.

Calvin la estrechó en un abrazo. Era imposible que no la amase más cada segundo que pasaba, y más con esas palabras.



## Capítulo 17

### *Dime que sí*

Llevaba varios días más nerviosa de lo habitual, y a Calvin no le costó adivinar por lo que era: el plazo para devolver la fianza terminaba esa noche. Ella apenas había logrado ahorrar mil quinientos dólares por la venta de los libros, y era plenamente consciente de que en cuanto amaneciera tendría que largarse de allí, con lo que eso suponía. Se vio tentada de ir al despacho de Howard y rogarle que le diera algo más de tiempo, pero hacer eso significaba enfrentarse otra vez a ese hombre, exponerse a que volviera a agredirla y a que esta vez sí se saliera con la suya de quitarla del medio solo para salirse con la suya y volver a separarlos. Calvin llevaba varios días queriendo confesar que había pagado la deuda, pero por más que lo pensase no encontraba ni el momento de decirlo ni la forma en la que decirle algo tan grande como que el rancho era suyo.

Şenay había clavado unas estacas en el terreno, en un trozo un poco más elevado que el resto, un trozo desde donde, por un lado se veía el mar y por el otro uno de los lagos en el lado. Calvin llevaba un rato sin verla y no dudó en ir a buscarla cuando, a través de la terraza, la vio a lo lejos, sola, mirando hacia el mar con una expresión triste, como despidiéndose de él.

—¿Qué haces? —Preguntó Calvin, rodeándola desde atrás por la cintura y apoyándose en su hombro derecho.

—Éste es el punto exacto en el que me hubiera gustado hacer mi oficina. No solo la energía aquí es la mejor, mira que vistas... —Su voz sonaba afligida,

aunque su cara no lo mostrase—. Mañana tendré que irme de aquí...

—Bueno... —Dijo mirando a su alrededor, como disimulando, con una expresión simpática—. Quizás no tengas que ir a ninguna parte... Es más, creo que vas a tener que ir haciéndote a la idea de que tu habitación es ahora también mi habitación.

—¿Puedo saber de qué hablas? ¿Cómo que quizás no tenga que irme?

—De que ya han pasado dos meses. Ha terminado el plazo y no has pagado los doscientos mil dólares... —Şenay se llevó las manos a la cara sin saber qué decir. ¿Cómo diablos podía hacerlo para que le permitieran quedarse?—... No has prestado atención a lo que te he dicho, ¿verdad? —Dijo, apartándole las manos de la cara para que le mirase de frente—. Seni, no vas a ir a ninguna parte. La deuda está pagada y eres la dueña de este rancho.

—¿Cómo? ¿Quién...?

—Yo devolví la fianza hace unos días. No podía permitir que mi padre te quitase lo que Henry te compró para unirnos de nuevo. Así que te doy los próximos cien años para que saldes tu deuda. —Ella lo miraba sin saber qué decir—. Debes saber que con el dinero de mi padre no he sido muy pesado, pero ahora ese dinero es mío, y pienso pasar día y noche pegado a ti como una lapa hasta que consiga un reembolso completo. Es más, pienso mudarme definitiva y oficialmente mañana mismo. —Sonrió—. Habrá que hacer espacio para todas mis cosas. Oh, y también debes casarte conmigo y pagarme con felicidad cada día del resto de mi vida. —Del bolsillo del pantalón sacó un anillo de prometida que ella conocía bien y de repente, Şenay empezó a llorar —. ¡Hey...! —Se acercó a ella, le puso la joya en el dedo correspondiente y la abrazó con fuerza—. Vamos, cariño, no llores... —Susurró—. Solo déjame hacerte feliz el resto de tu vida.

—Pero tu padre...

—Él solamente es una espina —dijo, haciendo referencia a días atrás, cuando ella mencionó lo de las rosas y las espinas—. Olvidémonos de él. Él no va a vivir nuestra vida por nosotros, no dejemos que la maneje como si le perteneciera. Solo dime que seguirás llenando mis días de luz y que me dejarás que yo haga lo mismo. —La apartó ligeramente y cogió su cara entre las manos—. Dime que sí.

—¡Sí! ¡Claro que sí!

—¿Y esa cara?

—Calvin, te quiero. Te quiero y lo único que deseo en la vida es pasarla contigo.

—Lo sé, cariño, lo sé. Yo también te quiero a ti. No he dejado de hacerlo ni siquiera en el peor momento de mi vida.

Se abrazaron durante un minuto infinito, sintiendo como sus vidas empezaban a tener sentido otra vez, sabiendo que habían vuelto a ese camino del que nunca debieron desviarse. Ahora ambos eran adultos, eran más maduros y tenían el suficiente valor como para no dejar que otros interfirieran o decidieran por ellos.

Al llegar de vuelta a casa todo parecía brillar con otro color. Şenay apretó la mano de Calvin con fuerza y sonrió ampliamente al entrar. No esperó a que él cerrase la puerta, inmediatamente se abalanzó sobre él, rodeó su cintura con las piernas y su cuello en un abrazo y acto seguido, le besó.

Lo mejor de esa relación, además del intenso amor que les unía y de parecer estar hechos el uno para el otro, era la espontaneidad, el que ninguno de los dos rechazaba los gestos de amor del otro, que ambos se conocían como para saber cómo, donde y cuando podían actuar, y que ambos los disfrutaban por igual.

Era apenas mediodía, sin embargo Calvin no quiso contenerse a la ola de deseo que Şenay provocaba en él y, apretándola contra sí, y sin separar sus bocas, la llevó hasta el sofá. Ella sonrió en sus labios cuando sintió que metía las manos bajo su camiseta y subía hacia sus pechos. Pero ahora no eran solo dos, y el perrito también estaba ansioso por un poco de atenciones, así que, ni corto ni perezoso, dio un brinco y se subió con ellos en el sofá. Calvin trató de hacerle bajar, pero metió la cabeza entre los dos y la apoyó, dejándoles claro que no iban a poder librarse de él fácilmente.

—Dios, eres... Pero te adoro —Dijo él, separándose de su prometida y estrechando al can entre los brazos—. No sé qué vamos a hacer contigo.

Şenay sonrió totalmente conmovida por los dos amores de su vida y, entendiendo que no iban a poder seguir, se incorporó, se adecentó la ropa y se fue con dirección a la cocina.

—Hey, hey, espera... ¿Dónde crees que vas? —Preguntó él, mirándola, gesto que imitó el cachorro. Şenay no pudo evitar echarse a reír por la escena.

—He supuesto que no podríamos... Así que voy a preparar algo de comer.

—¿Y me vas a dejar así? —Se miró la zona abultada del pantalón.

—El pequeñajo no nos va a dejar, y no quiero dejarlo solito...

Calvin soltó al perro en el sofá y corrió hacia ella, rodeándola por detrás y apretándose contra ella para que notase lo que estaba dejando pasar. Şenay se

giró en el círculo de sus brazos, tentada de responder a sus reclamos, pero el cachorro volvió con ellos, mordiendo los tobillos de Şenay.

—Vale. Ahora me aguanto. Iré a darme una ducha fría. Ya sabes —sonrió—. Pero a la noche... Puedes ir preparándote para esta noche, porque no pienso dejarte ir aunque el perro salte encima de la cama con nosotros.

Con una graciosísima expresión de frustración, cogió en brazos al animal y subió a la habitación para darse una ducha y relajarse antes de comer.

\* \* \*

Caminaban de la mano por un sendero, entre las enormes secuoyas, el perro jugueteaba travieso con un palo que Calvin se había encargado de buscar especialmente para él. Avanzaba unos metros y se detenía para ver si iban tras él, haciéndoles reír cada vez que lo hacía.

—Anoche soñé con Henry —soltó él.

Şenay lo miró con una ceja arqueada, ella también había soñado con su tío esa misma noche.

—¿Ah sí?

—Sí... —Sonrió—. Me dijo el nombre de nuestras futuras hijas.

—¿Futuras hijas? —Preguntó ella con una expresión graciosa. Él asintió con la cabeza y le mostró la mano izquierda con tres dedos levantados—. ¡¿Tres?!

—Tres —sonrió al ver la cara que ponía—. Incluso llegué a verlas en mi sueño. Eran tan bonitas como tú, eran tiernas, simpáticas, cariñosas... Y estábamos locos por ellas.

—Cualquier cosa que haga contigo me vuelve loca —confesó ella.

—Sabes que a mí también, ¿no? —Şenay hizo una mueca y alzó una ceja—. ¿No?

—No sé...

—No lo sabes...

Calvin soltó su mano y se alejó de ella unos pasos, sabiendo exactamente lo que haría ella justo después. Y así fue. Şenay corrió hacia él y de un salto se colgó en su espalda.

—Te quiero. —Susurró en su oído antes de besar su mejilla.

—Dios... Yo también a ti, cariño. No te haces una idea de cuánto.

—Sé cuánto. —Dijo aflojando el agarre de sus piernas y poniéndose de pie, le hizo girar, quedando uno frente al otro, rodeó su cuello con los brazos y se acercó a su boca—. Sé cuánto —murmuró, rozando sus labios con los suyos.

Calvin puso las manos en su cintura y la atrajo, rodeándola con los brazos y profundizando ese beso que deseaba que no terminase jamás.

Tal vez ella hubiera llegado a ser feliz el resto de su vida con el arquitecto, tal vez él habría llegado a disfrutar de una vida con Lindsay a su lado, sin embargo nada podía compararse a lo que sentían estando juntos, a la sensación de poder hacer cualquier cosa estando uno al lado del otro, a la certeza de saber que nadie podría amarlos como lo hacía el uno al otro.

*Fin*